THE UNIVERSITY OF ALBERTA

Personajes religiosos en la obra de Mariano Azuela

by

Cecilia Novella

A THESIS

SUBMITTED TO THE FACULTY OF GRADUATE STUDIES AND RESEARCH

IN PARTIAL FULFILMENT OF THE REQUIREMENTS FOR THE DEGREE

OF MASTER OF ARTS

IN

HISPANIC LITERATURES

DEPARTMENT OF ROMANCE LANGUAGES

EDMONTON, ALBERTA

Fall 1986

Permission has been granted to the National Library of Canada to microfilm this thesis and to lend or sell copies of the film.

The author (copyright owner) has reserved other publication rights, and neither the thesis nor extensive extracts from it may be printed or otherwise reproduced without his/her written permission.

L'autorisation a été accordée à la Bibliothèque nationale du Canada de microfilmer cette thèse et de prêter ou de vendre des exemplaires du film.

L'auteur (titulaire du droit d'auteur) se réserve les autres droits de publication; ni la thèse ni de longs extraits de celle-ci ne doivent être imprimés ou autrement reproduits sans son autorisation écrite.

ISBN 0-315-32398-1

THE UNIVERSITY OF ALBERTA

RELEASE FORM

NAME OF AUTHOR Cecilia Novella

TITLE OF THESIS Personajes religiosos en la obra de Mariano Azuela

DEGREE FOR WHICH THESIS WAS PRESENTED MASTER OF ARTS

YEAR THIS DEGREE GRANTED Fall 1986

Permission is hereby granted to THE UNIVERSITY OF ALBERTA LIBRARY to reproduce single copies of this thesis and to lend or sell such copies for private, scholarly or scientific research purposes only.

The author reserves other publication rights, and neither the thesis nor extensive extracts from it may be printed or otherwise reproduced without the author's written permission.

(SIGNED) Novella

PERMANENT ADDRESS:

12120 103 AVE.
Edmonton - Alberta
T5N 0P9

DATED July 11, 1986

THE UNIVERSITY OF ALBERTA

FACULTY OF GRADUATE STUDIES AND RESEARCH

The undersigned certify that they have read, and recommend to the Faculty of Graduate Studies and Research, for acceptance, a thesis entitled Personajes religiosos en la obra de Mariano Azuela submitted by Cecilia Novella in partial fulfilment of the requirements for the degree of MASTER OF ARTS in HISPANIC LITERATURES.

.....

Supervisor

.....

.....

Date July 11, 1986

Abstract

The importance attached to religion by Mariano Azuela is suggested by the frequency with which it is associated with characters of one type or another in his novels and forms part of the predominantly realistic view of Mexican society that emerges from his work. In the light of these circumstances and the absence of comparable studies, our thesis is intended to convey an account of the presence of religion in Azuela's narratives by focussing on the role of clergy and lay persons, especially the devout ("los beatos"), and describing both how they are portrayed as characters and what significance they obtain as elements of plot of the novels in which they appear.

Our study contains three chapters, organized primarily according to affinities among the novels studied. Chapter I, however, is intended to provide a general context. Thus, we review Azuela's work chronologically in the first part of this chapter, in order to provide a brief summary of each of the novels in which religion plays a role and to relate them to their historical context. With similar purposes in mind, the second part of the same chapter consists of a brief account of the Church in Mexico during the period in which the novels are set. Chapter II then describes the role of the clergy in the novels, while Chapter III is devoted to a comparable description of the lay community, with particular attention given to "los beatos".

Our discussion permits the conclusion that Azuela is more concerned with the social impact of the religion than with its importance *per se* as a system of beliefs. It is clear that the role played in the novels by clergy and lay believers alike places on them a considerable burden of responsibility for the ills endemic to Mexico during the period of which Azuela was writing. At the same time, his rejection of extremism of all forms appears to argue in favour of a form of ethical conduct based on respect for individual rights and freedoms.

Resumen

La importancia que Mariano Azuela le atribuye a la religión está sugerida en sus novelas por la frecuencia con que se asocia y con personajes de uno u otro tipo y forma parte de la visión predominantemente realista de la sociedad mexicana que surge de la obra del autor.

A la luz de estas circunstancias y ante la ausencia de otros estudios comparativos, nuestra tesis intenta llevar a cabo un registro de la presencia de la religión en la obra narrativa de Azuela, subrayando el rol de la clerecía y de los laicos, especialmente los "beatos", y describiendo la forma en que se encuentran representados como personajes con la significación que les cabe como elementos de la trama de los relatos donde aparecen.

Nuestro estudio se divide en tres capítulos organizados básicamente de acuerdo a las afinidades entre los muchos aspectos que surgen en las novelas analizadas. Sin embargo, el Capítulo I, apunta a la enmarcación de un contexto general. De este modo, en la primera parte de este capítulo, se intenta una revisión cronológica de la obra de Azuela con el objeto de proporcionar una reseña breve de cada una de las novelas donde la religión desempeña un papel relevante, relacionándola con el contexto histórico. Teniendo en consideración un objetivo similar, la segunda parte del capítulo primero consiste en un somero recorrido por la historia de la Iglesia Católica en México durante el período comprendido en los relatos. El Capítulo II describe la función de los clérigos en las novelas, mientras que el Capítulo III está dedicado a una descripción semejante de la sociedad laica, con atención especial en los "beatos".

Nuestro estudio nos permite concluir que Azuela está más interesado en el impacto social de la religión, que en la importancia de ésta per se, como sistema de creencias. Es evidente que a los roles desempeñados en las novelas por el clero y los laicos les endilga una carga significativa de responsabilidad en los males endémicos del México en el cual él escribía.

Al mismo tiempo, el rechazo de Azuela a toda forma de extremismo parece indicar su inclinación a favor de un modo de conducta ética basada en el respeto por los derechos y las libertades del individuo.

Mi reconocimiento y gratitud a la profesora Daniele Musacchio, por la supervisión de esta tesis y una mención especial de gratitud al profesor Richard Young.

Table of Contents

Chapter	Page
I. Introducción	1
II. Breve panorama de las obras de Azuela	5
III. Los clérigos en la obra de Azuela	36
IV. Beatos y beatería en la obra de Azuela	61
Conclusión	98
Bibliografía selecta	101

I. Introducción

El innegable aporte que el nombre de Mariano Azuela representa para el panorama literario mexicano nos ha motivado a profundizar en la obra de este autor, para extraer de ella un aspecto que nos parece interesante por lo inexplorado, y por la frecuencia con que se presenta en la mayoría de sus escritos; nos referimos a la religión y al rol de la Iglesia Católica vistos a través del clero y de los laicos.

Cuando en la conversación surge el nombre de Mariano Azuela, se le relaciona de inmediato con la más conocida de sus novelas, *Los de abajo*, considerada la más representativa de la época álgida de la revolución. Sin dejar de reconocer los méritos y la importancia de esta obra, que aunque hubiera sido la única de este autor bastaría para considerarlo el escritor de la Revolución por excelencia, resulta injusto olvidarse del resto de su producción literaria, sobre todo porque, tanto en las obras escritas antes de 1910, como en las que produce luego, se encuentra una vasta gama de personajes y tipos que son testimonio elocuente de la época, de sus instituciones, de las costumbres de la sociedad, de las virtudes, de los vicios, en una palabra, de la vida.

Este es uno de los aspectos interesantes de un estudio como el que emprendemos aquí. Las obras, al proporcionarnos la información sobre una época, un lugar, un tipo de sociedad, cobran el interés humano de la vida real. Estudiar, en una novela, un aspecto social en todas sus direcciones, agrupando los más mínimos detalles que así cobran sentido, es entrar en lo más vivo de la obra, fijarse mejor en temas y puntos que venían esparcidos, diseminados, difundidos y así pasaban más o menos inadvertidos. Al descubrir que se repiten a lo largo de la obra varios temas e ideas, la obra entera del autor adquiere un significado total de conjunto.

Es evidente que los datos encontrados en la obra no deben tomarse como la representación de hechos históricos, sino como testimonios de la opinión del autor y su manera de interpretar la realidad. Precisamente por haber sido seleccionados, agrupados, puestos en evidencia e interpretados por el autor constituyen, al mismo tiempo, testimonios de una realidad social y de una visión estética de la sociedad. Los datos sociales proporcionados por la novela son, por tanto, doblemente interesantes. Descubrir cual es el testimonio y la visión del autor es, naturalmente, un modo de leer una obra literaria, muy ameno y gustoso, que nos acerca a la concepción del creador de la obra.

Dejando a un lado los trabajos biográficos, los estudios críticos sobre la obra de Azuela son bastante numerosos. Dada la importancia de la obra total, sería de esperar encontrar entre ellos un mayor número de estudios sobre las novelas consideradas en conjunto. Sin embargo, la crítica sobre Azuela es fragmentaria; es decir, no abarca todas sus obras, sino que se centra, en general, en algunas novelas en particular. No son pocos los estudiosos que coinciden en análisis conceptuales de las obras más representativas; hay, por ejemplo, diversos estudios sobre *Los de abajo*. La mayoría de las investigaciones apuntan a la profundización de un aspecto social, algunas estudian las tendencias estéticas reveladas en la obra (realismo, costumbrismo, naturalismo), mientras otras enfocan la ambientación, los tipos humanos o los grupos sociales. La diferencia del presente estudio, pues, radica en dos puntos esenciales: primero, se centra en la religión, tema vital apenas estudiado por los críticos, y, segundo, abarca toda la obra de Mariano Azuela.

De un total de veintitrés novelas escritas por Azuela entre 1908 y 1956, la religión desarrolla un papel importante en diecisiete de ellas. Nuestro trabajo consiste primero en recoger todo lo que concierne a la religión, ensamblarlo, agrupándolo en categorías coherentes. De este modo, encontramos que Azuela, en las diecisiete novelas que estudiamos, se interesa a veces por el clero, a veces por el comportamiento religioso de sus personajes y de vez en cuando emite directamente juicios personales por boca del narrador. Esto nos dictaba entonces el plan de estudio; por una parte el clero, por otra los creyentes, terminando con algunos pocos, pero

muy importantes, juicios. Nos conducía también a comentar las obras según el tema estudiado en vez de analizarlas una por una en un orden cronológico estricto y exhaustivo. De esta manera, se impuso un primer capítulo en el que, con el fin de entender más claramente el tema y la situación de cada una de las novelas analizadas en parte en los capítulos subsiguientes, se hace un breve resumen de cada novela, esencialmente desde el punto de vista del papel de los personajes religiosos. Esta somera relación de cada obra tiene también por objeto situarla en el momento determinado de la historia de México en que ocurre la acción, para así poder cotejar la realidad que Azuela describe con la realidad histórica. Por eso, en una segunda parte del primer capítulo, se ofrece un panorama esquemático de la historia de la Iglesia Católica mexicana, sus relaciones con el pueblo y su quehacer frente a los acontecimientos de la Revolución de 1910 y después, es decir, en el período abarcado por las novelas de Azuela que estudiamos. Por otra parte, además de ubicar las obras en su tiempo, también se intenta aludir de paso a lo que Azuela hace y piensa en el momento en que concibe cada novela y como participa en el proceso que vive la sociedad mexicana de esos días. En el capítulo segundo se analizan los representantes del clero que aparecen en las obras. Después de determinar el número que hay en cada novela, los agrupamos por categorías de importancia jerárquica en la Iglesia. Luego, los clasificamos según su función en cada novela y su relevancia en la acción central. Puesto que esta clasificación se centra en el clero según la importancia de su rango eclesiástico y, sobre todo, su importancia en la dinámica de la obra, resulta que el orden en que se estudian las obras obedece solamente a estos criterios. Nos interesa determinar el rol del clero en las obras, ya sea como personaje principal "per se", o al servicio de la burguesía como instrumento de poder de las clases privilegiadas, o al lado del pueblo con una acción social reivindicadora.

En el tercer capítulo nos dedicamos a la sociedad en general, los fieles y creyentes perfilados en las obras, especialmente los beatos. Hemos respetado los mismos criterios de clasificación ya mencionados con respecto al estudio de los representantes del clero, empezando por los personajes de índole religiosa que tienen una función importante en la dinámica de la

obra. De ahí que la selección y el orden de las obras estudiadas en este capítulo no son necesariamente los mismos que seguimos en el capítulo anterior. Por otra parte, algunas de las obras permiten un estudio más acabado de los beatos retratados en ellas y, naturalmente, insistiremos más en aquéllas.

Al final de los Capítulos II y III podemos entregar una visión de conjunto de la representación tanto de la actuación del clero, como de la fe de los creyentes en la obra de Azuela y constatar que la religión se presenta en ella con un perfil muy claro, con rasgos intencionalmente muy acentuados, lo que justifica ampliamente el estudio que hemos llevado a cabo.

Cuando no señalemos otra fuente, nuestras citas están tomadas de las *Obras completas* de Azuela, publicadas en tres tomos en México por el Fondo de Cultura Económica en su edición de 1958.

II. Breve panorama de las obras de Azuela

En este capítulo se intentará determinar qué período de la historia de México enfoca Azuela en las obras que se analizan en nuestro estudio. Al mismo tiempo haremos un resumen del tema central de cada una de las obras que vamos a estudiar, el que nos servirá como punto de referencia más adelante cuando analicemos solamente ciertos aspectos de estas obras. Seguidamente, presentaremos un breve esquema de la historia de la religión en México en ese mismo período; dicho esquema nos permitirá, en los capítulos siguientes, cuando nos refiramos a los varios aspectos de la religión en la obra, enfocar una situación concreta y así evaluar el papel que desempeña ésta en las novelas de Mariano Azuela. Como Azuela vivió inserto en su tiempo y en su sociedad, participando de los conflictos múltiples, no esquivó su responsabilidad social y política y su obra literaria es parte de ese compromiso. Los valores, las ideas, las concepciones que Azuela plasma en sus obras no están ajenas a la realidad, sobre todo cuando ocurren sucesos políticos que trastornan completamente la vida del país.

Naturalmente, también sería útil investigar las circunstancias personales en las que Azuela compone sus obras. Sin embargo, este tipo de investigación, que puede conducir a un estudio biográfico, e incluso psico-analítico de la obra, nos llevaría fuera del marco de este estudio. Nos limitaremos, entonces, a tratar de determinar para cada obra considerada, la fecha de su composición y la de su publicación, y a mencionar, muy de paso, lo que Azuela hace y opina en esa época. Para cualquier interés más profundo sobre este aspecto, el lector puede consultar las biografías de Mariano Azuela que señalamos en nuestra bibliografía, así como la correspondencia de Azuela, su breve autobiografía[1] y sus conferencias.

---

[1] Esta autobiografía se titula *El novelista y su ambiente* (II), y la escribió Azuela en 1949.

Cuando, en 1887, Mariano Azuela se trasladó desde su pueblo nativo, Lagos de Moreno, a Guadalajara, tenía apenas quince años. Proveniente de una modesta familia católica de comerciantes, tenía numerosos hermanos, y parece haber recibido en su pueblo una educación mediana, sin ninguna orientación particular, en el Liceo de Varones, situado en un antiguo convento de capuchinos bajo la dirección del viejo cura del pueblo, el padre Guerra. La familia de Azuela frecuentaba también a otro clérigo, el Padre Agustín Rivera, sabio de ideas liberales, de quien Azuela escribirá más tarde una "biografía novelada".[2] Por ser más biografía que novela no la analizamos aquí, pero nos ayuda a entender cuál fue la formación ideológica de Azuela.

En Guadalajara ingresó primero en el Seminario donde estudió un curso de Moral y Religión, pero no se adaptó a la vida de ese plantel:

> Un día -cumplía quince años- amanecí entre cuatro paredes blancas y frías con el corazón en un puño. [...]
>
> En los corredores vi graves menoristas imberbes, de sotana negra, cómicamente austeros y solemnes, absortos en sus breviarios [...].
>
> No bien terminé el curso de "Moral y Religión", deserté del Seminario. La carrera sacerdotal nunca me atrajo y mi estancia en ese establecimiento fue meramente accidental. (III, 1127)

El segundo año de su estancia en Guadalajara, se inscribió en el Liceo de Varones del Estado y fue a vivir a una casa de huéspedes vecina:

> En esa casa el ambiente del Seminario seguía imperando. Casi todos los asistidos eran seminaristas, estudiantes de Teología. Se observaba la más estricta disciplina: al alba todo el mundo debía estar en pie para ir a misa a Santa Mónica [...]. (III, 1127)

Así, a los dieciséis años, Azuela ya tiene no sólo una formación teológica, sino también una experiencia íntima, personal, de la vida clerical, vivida evidentemente con espíritu crítico,

---

[2] Se trata de la biografía titulada *El padre don Agustín Rivera*, obra escrita en 1942 en memoria del destacado sacerdote y reconstruída a partir de las notas personales, la correspondencia particular y las obras escritas por el padre Rivera.

dado que la rechaza al punto de no poder cohabitar con los jóvenes seminaristas. Además, su elección de la carrera de médico parece indicar un interés por las realidades terrestres más que por las disquisiciones espirituales. Sus lecturas del momento están consagradas especialmente a los grandes novelistas franceses realistas y naturalistas, Balzac, Daudet, Maupassant y Flaubert:

> Y fue en una tarde de junio, al ponerse el sol cuando "para ejercitar mi francés siquiera" abrí *Ursule Mirouet* y salí a leer en el balconcito de mi cuarto. A la primera página siguió otra y otra más hasta que oscureció totalmente. Encendí mi aparato de petróleo reanudé la lectura y cuando a medianoche me metí en mi cama y extinguí la luz, mi corazón estaba muy alborotado y mi cabeza caliente. (III, 1129)

Aquellas primeras experiencias personales de Azuela en Guadalajara, se reflejan en su primera obra: *Impresiones de un estudiante*, concebida entre 1892 y 1896 (viene firmada así: "Guadalajara, 1896"), y publicada por primera vez ese mismo año en la revista de la Ciudad de México, *Gil Blas Cómico,* bajo el pseudónimo de Beleño.

La obra, breve (sólo 17 páginas en las *Obras Completas*), se compone de siete relatos cortos, numerados de I a VII, sin otros títulos con excepción del I, "*Dia del Refugio*", y del V, "*Página Negra*". Es interesante ver cómo varios de estos textos primeros enfocan precisamente un aspecto de la vida religiosa, la vida interior de un joven sacerdote, con un punto de vista claramente satírico. Esto lo realiza en los relatos II y III a través de un protagonista central que es un joven seminarista:

> Rechinan los goznes de la ventana que abre la blanca mano de mi amada; oigo luego su voz suave dulcemente embriagadora, ¡Oh!, con qué placer pronuncia mi nombre! ¡Qué sonoro, qué argentino se oye salir de su boca:
>
> -Buenaventura, Buenaventura.
>
> -Allá voy, encanto mío.
>
> Pero, ¿ qué me pasa? No puedo moverme, no veo, mis piernas están tiesas y pesadas como plomo. ¡Dios mío! ¡Qué desesperación tan horrible! Y ella sigue llamándome,

repitiendo mi nombre con pasión:

-Buenaventura... Don Buenaventura.

¿Eh? ¿qué es eso? ¿Don Buenaventura?. ¿Se burla de mí? Un esfuerzo supremo, y abro un ojo, luego el otro; despierto por fin...(II, 1016)

Estos sueños vagamente eróticos del joven seminarista en "vacaciones, recién tonsurado de menorista [que] viene a pasearse a su pueblo" (II, 1016), no pasan de una traviesa observación del autor -muy de paso- acerca de los disturbios que crean los mandatos de castidad de la Iglesia Católica en los cuerpos y en las mentes de estos muchachos jóvenes. Azuela no volverá a enfocar este problema en sus futuros escritos.

La escena que sigue al despertar del seminarista parece no tener otra intención que la de introducir una situación cómica, ridícula, a expensas del joven sacerdote, pero sin fines satíricos profundos. En esta escena, una buena mujer trae a su hijito de diez años a saludar al seminarista -quien resulta ser padrino del muchacho-. La euforia de la mujer por mostrar al seminarista todo lo que su chico sabe de catecismo, la hace irrumpir incluso en el dormitorio del primero, cuando aún el futuro sacerdote viste sus prendas interiores:

-¡Ah!, dile que se espere, que estoy dormido todavía.

-Pues si aquí está también doña Saturninita.

-¿Mi comadre también? ¡Dios me ampare!

-Corre muchacha y díles a Concha y a Lupe que se estén con ella mientras me visto. Anda, vé, antes que venga a meterse aquí.

No acabo de pronunciar estas palabras cuando oigo la risa sonora de mi comadre que pregunta dónde estoy y de rondón se mete a mi cuarto, y sin preámbulos ningunos me da un abrazo tremebundo. (II, 1016)

Hay que notar, sin embargo, los numerosos impulsos instintivos del joven sacerdote, que luego se encoleriza fácilmente e incluso se ha emborrachado hasta el extremo de rodar inconsciente por tierra. La intención general no queda clara y posiblemente, más que la sátira, el relato tiende a mostrar una realidad, la presencia del adolescente bajo la ropa del sacerdote.

Es evidente, en todo caso, que estas impresiones las experimentó Azuela, a través de sus compañeros de seminario. En cambio, en el cuarto relato, Azuela se refiere, sin afán de ironía ni sátira, a las impresiones de esos mismos estudiantes del Seminario, en un día de fiesta religiosa durante los servicios litúrgicos de la Catedral, lo que permite al lector imaginar que la acción transcurre en una ciudad y no en un pueblo pequeño. Todo el relato es una descripción de sensaciones y sentimientos de los jóvenes seminaristas ante la solemnidad de la celebración litúrgica. Los tres relatos restantes de este conjunto no abandonan la fórmula inicial de apuntes o impresiones recogidas al pasar, y no hay en ellos tema religioso alguno.

A las *Impresiones de un estudiante* siguen otros relatos breves (el más largo ocupa unas cinco páginas), escritos a partir de 1897, entre los cuales destacaremos *Pinceladas*, escrito en Lagos de Moreno en 1903, una vez que Azuela, en 1900, ha regresado a su pueblo natal con el título de médico y su inalterable amor por la literatura. *Pinceladas*, firmado así: "Lagos, Agosto 1903", se publica ese mismo año. El relato es una brevísima historia de una joven beata y viuda que se enamora a tal extremo del sacerdote oficiante a quien ella ha escogido como sustituto del marido muerto, hasta el punto de tener una crisis histérica al escuchar su voz varonil durante el sermón. El tema de la frustración sexual en la joven beata podría considerarse como un complemento de la historia del seminarista del relato anterior. Se puede decir que éste es un tema favorito de Azuela, y en los variados retratos de beatas que contiene su obra señala, como veremos más adelante, los efectos nefastos de esta frustración.

En este relato la crítica es más aguda que en los relatos anteriores acerca del seminarista, porque encontramos ya una ironía intencional en los menores detalles de la descripción de la beata:

> Apagados por extática emoción, sus ojos se ocultaban detrás de sus párpados incoloros, como hojas de rosaté: su nariz afilada, de griego perfil, caía en amoroso beso sobre su boca sonrosada, abierta como un fresco capullo primaveral sobre las palideces mates de su tez de gardenia mustia. (II, 1031)

Por otra parte, Azuela no sólo elige a un sacerdote varonil y guapo: "irguió su artística cabeza de rizados cabellos, que un rayo de luz, cayendo de una vitrina, envolvía en palpitantes reflejos de oro" (II, 1031), sino que insiste también no sólo en el aspecto sensual de la liturgia católica, sino en el del texto citado por el sacerdote en su sermón:

> "Mi amado es blanco y colorado y señalado entre diez mil. Su cabeza como oro fino, sus cabellos crespos negros como el cuervo. Sus ojos como de palomas junto a los arroyos de las aguas que se lavan con leche, y a la perfección colocados." (II, 1032)

En el resto de estos relatos breves de esa época inicial, *Esbozo* (1897), *Víctimas de la opulencia* (1904), *En derrota* (1904), *Nochistongo* (1904), no figura el tema religioso, razón por la cual no entraremos en detalles sobre ellos. Hay que destacar sin embargo, que *De mi tierra*, premiado en los Juegos Florales de 1904, es el pilar donde descansa *Mala yerba*, novela que el autor escribirá años más tarde y a la cual le prestaremos atención más adelante.

Azuela continuará escribiendo narraciones breves, hasta más allá de 1940, con un total que sobrepasa los veinte relatos. Entre todas estas narraciones cortas, que abarcan más de cuarenta años de trabajo, solamente otras dos (aparte de las ya mencionadas), incluyen una pintura de algún aspecto religioso; ellas son: *Lo que se esfuma* y *Avichuelos negros*.

Lo que se esfuma, firmado en 1907 y publicado por primera vez en *Ocios Literarios*, revista de Lagos de Moreno, en 1909, es un relato algo más largo que los anteriores (alcanza a unas nueve páginas). Este relato, que condensa en pocas páginas muchos años de acción, es una especie de apólogo con una función de crítica moral y social muy claramente expresada. En él la sociedad, y con ella la Iglesia en primer plano, consagran con el esplendor de una misa de bodas, el éxito social de una pareja de pasado moral poco limpio: él ha matado a un rival, ella se ha enriquecido mediante un matrimonio con un viejo que le producía repulsión y que, por suerte, ha muerto luego. En la descripción que Azuela hace de la ceremonia religiosa de la boda de esta pareja introduce dos temas favoritos suyos: 1) la vanidad social y moral de los feligreses con su beatería hipócrita, y 2) la corrupción de la misma Iglesia que se suma al juego,

consagrando oficialmente este triunfo de la deshonestidad. Estas dos denuncias del papel de la religión las encontraremos más desarrolladas en las obras posteriores.

Esta crítica aún moderada de la hipocresía de las beatas, se convierte en ataque feroz de parte de Azuela en ***Avichuelos negros***, escrito, firmado y publicado en 1909. Aquí ya no se trata de una acusación implícita en una descripción, sino de acusaciones directas. Las beatas son viejas y feas: "una vieja desdentada de mirar estúpido" (II,1063), "una cincuentona gangosa, de carcomida nariz y más arrugas en el rostro" (II,1063); viejas entrometidas, como "la que más sabe, como presidenta de la "Sociedad de Arrepentidas", bajo cuya vigilancia corre la misión de hurgar vidas ajenas" (II,1063). Estas mujeres aprovechan su superioridad de burguesas a la cabeza de instituciones "huecas" o de nulo valor social (Sociedad de Arrepentidas), para "dejar en orden" (II,1063), las vidas de los pobres. A esas "damas bien vestidas [...] esas damas que tienen razón" (II, 1066), Azuela las persigue con verdadero odio que seguirá manifestándose en toda su obra posterior, y que es ya evidente aquí, incluso en el título. Estos "avichuelos negros", negros por los vestidos, las intenciones y las acciones, interfieren en la vida de una joven pareja de enamorados no casados, en el momento de la muerte del muchacho, víctima de la tuberculosis. Alegando la salvación del alma del paciente, de lo contrario "el hombre se irá al infierno" (II, 1066), se llevan lejos a la joven dejando solo al moribundo. La crueldad de tal acción viene subrayada por la insistencia del autor sobre la ligereza de la conducta de las beatas: "Ahora cuchichean con un mancebito ensotanado, radiantes todos de alegría, y como parvada de avichuelos negros se desbandan" (II, 1067).

En la horrorosa escena final, en la que una rata roe el cadáver que las beatas dejaron solo durante la noche, unos comentarios del narrador muestran cómo el sacrilegio no consiste en la convivencia de los enamorados, sino en la utilización perversa que las beatas hacen de la religión para fines carentes de toda caridad. Ellas resultan peores que la rata, porque roen hipócritamente el corazón de sus víctimas:

> Esa rata no sabe lo que significa la palabra sacrilegio. ¿Por qué no se habrá vestido de negro? ¿Por qué no huele a sahumerio? ¿Por qué esa rata sólo ha roído los

piés y no el corazón? ¿Por qué, Dios mío?. (II, 1068)

En el terreno de las obras más largas, la primera novela que vamos a considerar, *Los fracasados*, la escribe Azuela en 1905, y se publica dos años después, en 1907. *Los fracasados* refleja las primeras incursiones de Azuela en la sociedad pueblerina de Lagos de Moreno, luego de su regreso al pueblo natal después de doce años de ausencia. Esta experiencia del autor que, en un principio, postulaba las virtudes pueblerinas en oposición a la corrupción de las grandes ciudades, le hace convertirse en un crítico severísimo que saca a relucir la maldad y la imbecilidad de la gente. La ausencia de Azuela de su pueblo natal durante todos esos años que estudió en Guadalajara dejó en la mente y en el recuerdo del autor una imagen idealizada de los habitantes del pueblo a los que él creía conocer bien. Por ello es que *Los fracasados* surgió de la sorpresa abismante que produjo en Azuela el descubrimiento de que la sociedad del pueblo, su pueblo, había cambiado:

> Pero si en las cosas lo encontré todo como lo esperaba, las gentes fueron muy otras de las que yo había llevado en imágenes en mi mente. El pueblerino tiene virtudes muy estimables, pero adolece también de defectos que desazonan, sobre todo en ciertos elementos de las clases acaudalada y media. No todos se mantienen en el plano de la franqueza, cordialidad y desinterés que con tanta fuerza atraen al que va de paso. Cierto individualismo cultivado hasta la deformidad, se revela con inaudita nitidez en cuanto el más leve incidente los hiere o lastima en su persona o en sus intereses. (III, 1048)

El tema de esta novela es sencillo. El Licenciado Reséndez abandona Guadalajara luego de terminar sus estudios y se dirige a ocupar un puesto público como Secretario de Ayuntamiento, en un pueblo del interior, Alamos. Lleno de ideas liberales y justicieras el joven se enfrenta a una burguesía ferozmente conservadora y sin escrúpulos, preparada a matar si es necesario para defender sus privilegios. La simpatía de Azuela por su protagonista liberal es evidente. Al final, el Licenciado fracasa y debe abandonar el pueblo y renunciar a su novia. El clero y la religión desempeñan un papel importante en la novela por ser parte íntegra de esta

sociedad conservadora pero, como lo examinaremos en el capítulo siguiente, existe también la figura de un cura que, aunque conservador, es justo y tan idealista como Reséndez, de modo que los dos se verán reunidos en el fracaso de sus ideales:

> Alucinados, perseguidos por el ideal y carentes en absoluto del sentido de la vida vulgar. Arrojados por sus propias convicciones a la nulificación de su yo: odiados, vilipendiados por la fuerza bruta de la mediocridad que detesta todo lo que mira por encima de ella. Aquél, encerrado en una prisión por haber tenido el pudor de predicar su doctrina religiosa íntegra, luchando por un ideal incomprensible para un alma mezquina: la resolución de la dicha humana conforme al Evangelio. El otro herido, no por el proyectil de un imbécil, sino herido de muerte en sus más altos ideales, por aquella misma sociedad para quien hubiese llevado anhelos de la más pura justicia. Y la ola de los mediocres irritada, hinchada hasta derribarlos y hundirlos. (I, 110)

La acción parece transcurrir en el lapso de unos meses que casi llegan al año, y se sitúa en los últimos tiempos del gobierno de Porfirio Díaz, lo que se puede deducir de algunas alusiones a su mujer:

> [...] "el que cura a Carmelita, sí, Carmelita, la esposa de don Porfirio... Agapito nos dió recomendaciones para relacionar con toda la aristocracia... No logramos hablar con Carmelita porque el tiempo allí se le va a uno en nada; pero tenemos correspondencia muy familiar". (I, 28)

El nombre de Carmelita corresponde aquí al nombre real de la esposa de Porfirio Díaz, entonces presidente de México aludido ya en el párrafo anterior.

En 1909, Azuela escribe dos novelas: *Mala yerba*, que se publica ese mismo año en Guadalajara, y *Sin amor*, que se publicará solamente en 1912. La religión está representada en un nivel de trasfondo en el argumento central de *Mala yerba*, novela que refleja la experiencia que el joven médico está adquiriendo de la sociedad rural de aquellos años. La novela presenta a una plutocracia de tipo colonialista, conservadora, violenta, corrompida y decadente, en la que ricos terratenientes degenerados abusan de los peones con la doble ayuda de la Justicia y de la

Iglesia. En este relato, la crítica de Azuela va dirigida esencialmente contra la corrupción de los terratenientes y de la Justicia y como hemos dicho, la religión no desempeña un papel en la acción principal. Sin embargo, nos interesa porque está presente la impronta del catolicismo en los tiranos tanto como en sus víctimas, aunque de modo muy diferente.

El asunto de esta novela, lo toma Mariano Azuela de un caso real cuyos detalles conoció en su profesión de médico. Se trata de un expediente que cae en sus manos como médico legista oficial, y que desde un comienzo llama su atención; son las fechorías de un hacendado que da muerte a un rival y luego a la esposa de aquél. Todos vienen de una región vecina a Lagos de Moreno. La heroína de *Mala yerba,* es la típica joven, víctima del abuso del "amo", cuyo destino no puede ser otro, puesto que como "hija de ese medio campesino" no hay para ella ninguna posibilidad de un futuro mejor; el "amo" enamorado, tiránico y violento mata a un rival, un joven vaquero, sin que la Justicia se atreva a castigarlo. Al final de la novela, siempre movido por sus celos, mata a la muchacha. Una breve conclusión nos permite entender que tampoco en ese crimen va a ser castigado por la ley.

Este tema, el abuso patronal sobre los peones y la vida de éstos, el ejercicio de la violencia del poderoso desde tiempos remotos, entra totalmente en los cánones del naturalismo, que interesaba tanto a Azuela en aquellos años. Azuela volverá a tomarlo para escribir una especie de continuación de la historia de esta familia de terratenientes, los Andrade, destinada a dejar bien sentado el exterminio sin pena ni gloria de la misma.

Esta especie de segunda parte está ubicada temporalmente muchos años más tarde y se titula *Esa sangre*. En los capítulos siguientes volveremos sobre ella cuando veamos en detalle clero y beatos. *Sin amor*, escrita en el mismo año que *Mala yerba*, ofrece cierto paralelismo con *Los fracasados* en cuanto a la ambientación y a la descripción de los personajes representantes de la burguesía. Lo que Azuela quiere enfatizar en *Sin amor*, es el arribismo de los pequeños burgueses de un pueblo minúsculo, su afán de figurar entre la "flor y nata" de la aristocracia lugareña, cueste lo que cueste. La historia parece situarse en los años de hegemonía del porfiriato. Tiene una heroína central, Ana María, quien se ve ante la disyuntiva de elegir una

vida simple con un hombre amado, o una existencia "sin amor" de su parte, al lado de un terrateniente burdo pero rico que puede proporcionarle la vida muelle de una señorona de la burguesía local. A esta situación llega Ana María conducida por su propia madre, Lidia, quien en su juventud habría vivido esperando la oportunidad de desposarse con un rico para figurar ella en esa sociedad a la que tanto admira. Como esa ocasión no se presentara en la vida de esa mujer -en cambio tuvo que conformarse con ser la esposa deslucida de un hombre humilde que vivía de su trabajo-, Lidia proyecta sus ambiciones sociales sobre su hija Ana María. El sueño de Lidia se cumple, pero a costa de la felicidad y de la dignidad de la muchacha, quien termina convirtiéndose en una mujer burda y poco atractiva, pero disfrutando del bienestar y respeto de la sociedad pueblerina. En cambio, su amiga de la infancia, Julia Ponce, quien elige casarse con un militar que vive de su sueldo, salva su integridad moral y vive feliz, serena y realizada.

El aspecto religioso en *Sin amor* no tiene tanta importancia como en *Los fracasados*, pero está muy presente, aunque desde otra perspectiva, porque se destaca la hegemonía de la Iglesia a través de la educación. Una escuela católica para las hijas de los burgueses acomodados, la *Santa Escuela*, es la personificación del control "clasista" que la Iglesia ejerce sobre la educación, reservándose incluso el derecho de rechazar a una niña como alumna porque no pertenece a una clase social elevada. Escolástica Pérez, secretaria perpetua de la *Santa Escuela*, es la guardiana fiel y celosa de esos preceptos clasistas y exclusivistas de la educación; ella y la Escuela son una misma cosa, pétrea, inflexible, carente de sentimientos humanitarios, con un soberbio desdén e indiferencia por los pobres. De nuevo en esta novela la intención satírica de Azuela para con el papel de la Iglesia se expresa clara y directamente como lo estableceremos en el capítulo siguiente.

Estas tres obras de Azuela, *Los fracasados, Mala yerba,* y *Sin amor*, las escribió el autor algunos años antes de la Revolución: hay en ellas un serio intento de descripción de la realidad social contemporánea y una severa crítica de todas las instituciones poderosas. Así es como, por el papel trascendental que desempeñan en esas obras -particularmente en *Los fracasados* y en *Sin amor*- el tema religioso y el retrato del clero constituyen material

importante para nuestro análisis. Pese a que en ciertos momentos de las novelas el aspecto social se pierde de vista frente a la trama de la historia o a la mayor profundidad en el estudio de los personajes, es posible advertir el grado de comprensión que Azuela tiene del ambiente y de la sociedad rural y el criterio que aplica para describir el rol de la Iglesia.

En los últimos meses de 1909 y comienzos de 1910, Mariano Azuela funda un club maderista, en Lagos de Moreno, con la colaboración de su amigo José Becerra, personaje en quien se inspiró Azuela para crear al protagonista Reséndez de *Los fracasados*. La fundación de este club se produce cuando Francisco I. Madero emite su Plan de San Luis de Potosí, en el que invita al pueblo mexicano a levantarse en armas para exigir un cambio en el gobierno y terminar con la permanencia demasiado prolongada de Porfirio Díaz en el poder; es por lo tanto, un club anti-porfirista, y se llamó Club Máximo Serdán. Por ello, en Mayo de 1911, una vez que la revolución maderista ha triunfado y cuando aún Azuela ejerce su profesión de médico de los humildes, es designado Jefe Político de Lagos, cargo que ocupa durante dos años y al que debe renunciar porque el gobierno no responde a los ideales que él tiene de la Revolución.

A partir de esta experiencia personal, que le deja un sabor de desilusión a la par que una sensación de que la Revolución ha sido un fracaso, el genio de Azuela da vida a *Andrés Pérez, maderista*. Los hechos que habrían de cambiar la vida de México ya están a las puertas de su historia, y son imposibles de ignorar. *Andrés Pérez, maderista,* pués, es una novela más polémica y de más actualidad que las novelas anteriores y trata, a la vez sutil y apasionadamente, de los varios problemas del compromiso político y del oportunismo. Pero los problemas religiosos no están presentes en ella, razón por la cual no será considerada en estas páginas. Sin embargo, después de la muerte de Madero, y a través de las desilusiones sucesivas, Azuela continuará considerándose partidario de la Revolución. Una segunda novela que trata de la Revolución, escrita durante los años de guerra revolucionaria, *Los caciques*, es concebida por Azuela en 1914, pero sólo se publica en 1917.

La hegemonía caciquista que había imperado en México desde la conquista española, parecía no haber sufrido cambios significativos con la nueva fase de hechos relevantes que se

habían sucedido desde 1910. Nos dice Azuela que quiso "dar la historia de una casta imperando en cada centro grande o pequeño" (III, 1074). "La verdad es que estábamos cansados de esta gente decente que consagra la mañana a la misa y a sus devociones y por la tarde compra maíz al tiempo, celebra contratos de venta con pacto de retroventa [...]" (III, 1075).

En *Los caciques*, Azuela recurre menos a las descripciones costumbristas que observamos en las novelas anteriores *(Sin amor, Mala yerba)*, y, en cambio, relata una serie de acontecimientos. La novela transcurre en una ciudad anónima de provincia, entre 1910 y 1914, es decir, desde la llegada al poder de Madero, hasta la entrada de Villa en la ciudad. Los caciques pertenecen a la familia del Llano, ricos comerciantes que basan su poder ecónomico en el control de los precios de productos básicos para el pueblo, y en negocios nada limpios de préstamos de dinero a cambio de hipotecas ventajosas para la familia. Los del Llano no sólo controlan el comercio local, sino también la voluntad de algunos bienaventurados que son inducidos a legar sus bienes a la Iglesia a la hora de su muerte, labor de convicción que le corresponde al cura Jeremías del Llano, uno de los "caciques" de la familia. La caridad cristiana es uno de los pretextos que usan los del Llano para encubrir sus negocios deshonestos. Gozando de la ayuda incondicional del poder eclesiástico, su religiosidad hipócrita impone respeto mientras que aseguran su autoridad con su dinero. Entre otras fechorías, los del Llano arruinan sin escrúpulos a la familia de Juan Viñas, apoderándose, gracias a la confianza que él tiene en ellos, de sus humildes ahorros, acumulados penosamente durante veinticinco años de trabajo honrado. Símbolo de la mediocridad honrada de la pequeña burguesía, el hombre admira ciegamente a sus explotadores y muere de pesar sin haberse desengañado totalmente. La Iglesia desarrolla también un papel en la novela en el conflicto plebe-caciques y mientras los trabajadores se organizan en un club maderista, el "Club 20 de Noviembre de 1910", los poderosos se agrupan en el "Gran Partido Católico Nacional", patrocinados por el padre Jeremías.

Esta novela muestra la imposiblidad del pueblo revolucionario de obtener mejores resultados en los primeros años de la Revolución, frente al poder inamovible de los caciques

-entre ellos la Iglesia- y frente a la corrupción de los políticos e intelectuales. La única figura sincera y lúcida a la vez es la de un periodista, Rodríguez, de quien todos se desolidarizan, incluso los maderistas, porque se levanta en contra de los caciques y de la religión: "ha dicho que la propiedad es un robo, la religión un mito..." (II, 840) .

Rodríguez es un ser inteligente e inofensivo, amante de la naturaleza y de los animales, a quien los caciques -para perderlo- representan como la encarnación de todas las herejías capaces de derrumbar el orden del "catolicismo". "Es impío, masón, protestante, ateo y anarquista" (II, 850). Lo persiguen hasta que lo hacen detener y fusilar.

Tanto *Los fracasados*, como *Los caciques* constituyen la antesala o la puerta de entrada a *Los de abajo*, la tercera novela de la Revolución Mexicana y una de las mejores obras de Azuela, según opinión de muchos críticos.

En 1914 Azuela, que ha adherido al villismo, se incorpora al Estado mayor como médico de Julián Medina, quien le designa Jefe del Servicio Médico, con el grado de teniente coronel. Azuela permanece con Medina en Irapuato por más de un mes; luego se trasladan a Guadalajara, donde Azuela es designado Director de Instrucción Pública del Estado de Jalisco.

Es en los campos mismos de batalla donde Azuela inicia las notas preliminares de lo que más tarde constituirá su novela del período álgido de la Revolución: *Los de abajo*. En sus páginas autobiográficas nos cuenta como, mientras un grupo de carrancistas sorprendía a las fuerzas de Julián Medina, él, "en una zona infestada de carrancistas, paisaje espléndido" (III, 1268), al amparo de un covachón abierto en una peña, tomaba apuntes para la escena final. Cuando Francisco Villa es derrotado en Celaya por las fuerzas de Alvaro Obregón, se produce la dispersión de los villistas y Azuela busca asilo en El Paso, Texas; estamos en octubre de 1915; Azuela tiene ya escritos dos tercios de *Los de abajo*. A fines de 1915 la novela queda terminada y se publica en un diario de El Paso, *El Paso del Norte*. A partir de 1916, se publica por entregas en otros periódicos. Sólo en 1924 se publica como libro.

En *Los de abajo*, al revés de lo que sucede en las novelas anteriores, especialmente en *Sin amor*, *Los fracasados* y *Los caciques*, ni el clero ni la Iglesia tiene un rol decisivo en el

relato. Sin embargo nos interesa porque muestra la confusión que se crea en la mente de "los de abajo" quienes, sojuzgados desde tiempos remotos en una sociedad tradicionalmente católica, de pronto tienen que servir causas anticlericales de las cuales no entienden gran cosa.

En 1918 Azuela ya está de regreso en México, luego de un exilio voluntario en El Paso, y se ha retirado de la política. Continúa ejerciendo su carrera de médico y dedica mayor tiempo a su familia.

El ciclo revolucionario en la obra de Mariano Azuela llega a su fin con la composición y publicación, en ese mismo año de 1918, de *Las tribulaciones de una familia decente*. Es una novela de gran originalidad en el conjunto de la obra del autor por estar escrita, en la primera parte, en primera persona. Sin embargo no ofrece gran interés desde el punto de vista de la religión. Relata las peripecias de los Vásquez Prado entre 1916 y 1920 más o menos; es decir, abarca todos los años del gobierno de Carranza, incluyendo hechos históricos como la toma de Ciudad Juárez y Torreón, y los combates de Tierra Blanca.

En la capital donde ha venido a refugiarse, la familia protagonista se empobrece paulatinamente, sin dejar de soñar con la recuperación de los bienes perdidos si alguna vez regresan a su pueblo natal, puesto que no logran superar su condición de trasplantados e inadaptados; pero ese regreso no se produce jamás.

La segunda parte de la novela -ya no en primera persona- no tiene la perspectiva de la primera. La acción se centra en el arribismo de algunos miembros de la familia ante el nuevo gobierno de Carranza. La madre es una mujer inconformista, católica, "decente", que tiene poca afinidad con su marido "voltairiano". Los cuatro hijos son respetuosos de la educación recibida y de la fuerte autoridad de la madre aún si cada uno tiene su total independencia de espíritu. Esta situación conduce a Azuela a introducir temas originales e interesantes como el instante en que César, el narrador de la primera parte, indaga en sus sentimientos religiosos en un momento en que cree que va a morir. Sin embargo Azuela no desarrolla estos temas y ellos quedan en un nivel de impresiones pasajeras.

Después de estas novelas, se distingue en la obra de Azuela un ciclo post-revolucionario. En él se incluyen obras como *Domitilo quiere ser diputado*, publicada también en 1918, *La Malhora*, escrita y publicada en 1923, *El desquite*, escrita en 1924 y publicada al año siguiente, y *La luciérnaga*, escrita y publicada en 1927.

Domitilo quiere ser diputado, además de ser una novela de ambiente citadino, es una novela de corte político. Más que una novela es una narración corta. La acción central gira en torno a Serapio Alvaradejo quien quiere, para su hijo Domitilo, un sillón parlamentario. El viejo Serapio es el típico oportunista que piensa que "vivir es acomodarse a las circunstancias" (II, 940). Serapio sabe que su joven hijo es un pusilánime e inepto, pero considera que los líderes carrancistas no son mejores y que, por lo tanto, la aspiración del muchacho a un puesto público de envergadura es normal.

No iremos demasiado lejos en esta breve descripción de la novela porque el tema de la religión aparece representado por un único cura en el pueblo El Perón, cuyo quehacer, aunque importante en un momento de la novela, no es suficiente para cambiar drásticamente el curso de los acontecimientos en la trama o influír en ella de modo decisivo.

De estas tres novelas mencionadas, *La Malhora* y *La luciérnaga* nos interesan en forma especial por la relevancia que adquiere de nuevo el tema religioso y el rol que juega el clero en la vida de un sector de la nueva sociedad rural.

El tema de *La Malhora* se centra sobre una muchacha del mismo sobrenombre que fue violada cuando jovencita, resultando que el violador es también el asesino del padre de la muchacha. Marcelo -el asesino- tiene una amante, la Tapatía, quien resulta enemiga acérrima de la Malhora. Durante mucho tiempo, la Malhora lleva una vida más o menos normal, retirada de los bajos fondos donde creció, olvidada incluso de su búsqueda de venganza por la muerte de su padre. Es entonces cuando conoce a las Gutiérrez, un par de beatas fanáticas con las cuales la Malhora, llamada ahora Altagracia -nombre recuperado de su infancia- pasa varios años. Un día, a la salida de un templo, Altagracia encuentra a la Tapatía y se enreda con ella en un duelo cuerpo a cuerpo, para vengar lo que creía olvidado. De este modo echa por tierra todo esfuerzo

de regeneración. Sin embargo, al ver el deterioro que los años de vida miserable y licenciosa han dejado en su rival, Altagracia le perdona la vida a la Tapatía. La acción de esta novela transcurre en Ciudad de México en la época del gobierno de Carranza.

En lo que se refiere a *La luciérnaga*, es una novela que tiene como escenario la capital mexicana, donde han venido a vivir Dionisio y su familia, desde el pueblo de Cieneguillas donde quedó José María, el hermano beato de Dionisio. Toda la acción transcurre en los tiempos del gobierno de Alvaro Obregón, según lo indica el mismo texto: "Obregón acababa de fusilar a dos desertores villistas sorprendidos por la soldadesca en un jacalucho del pueblo" (I, 599). La trama de esta novela es la siguiente: un provinciano, Dionisio, y su familia van desde Cieneguillas a la capital luego que aquél ha recibido como parte de la herencia de su padre, quince mil pesos. El hermano de Dionisio -José María- ha recibido las propiedades y se queda a vivir en el pueblo. Por desconocimiento del medio capitalino, Dionisio se ve envuelto en una serie de asuntos de los que resulta estafado por sus pseudo-socios. La ruina de la familia no es solamente ecónomica, sino que coincide con una degradación moral: la del padre, que se ha vuelto alcohólico y se mete en asuntos cada vez menos honrados, aún si lo hace con cierto grado de inocencia, y la de la hija mayor, quien, para sustentar económicamente a la familia, se prostituye y finalmente muere asesinada. Después de la muerte del segundo hijo -Sebastián- que muere de tuberculosis por desatención, la mujer abandona a Dionisio, huyendo de vuelta al pueblo natal con sus dos hijos menores. Esta mujer nos ofrece un ejemplo interesantísimo por ser escaso en la obra de Azuela; es una beata con una fé en Dios sincera y eficaz, la que analizaremos luego. Frente a este tipo de religiosidad tenemos en la novela un retrato detalladísimo de un beato rico y avaro; José María el hermano de Dionisio, a quien encontramos en los últimos trances de su vida, entregado a una serie de autoconfesiones y actos de contrición ocasionados por la enfermedad y por el temor a la muerte próxima e inevitable. Así se nos revela que el beato se ha apoderado de los tesoros de la Iglesia a raíz de un pánico creado por las luchas de la Revolución; que ha robado gran parte de la herencia de su hermano y sin embargo se niega a ayudarlo materialmente; en fin, que tiene un hijo ilegítimo que vive en

una miseria y abandono total y es desconocido por su padre.

Otro aspecto de la religión en esta novela es la presencia, a la cabecera de José María, de un cura ávido de apoderarse de los bienes del beato.

Con posterioridad a estas obras, Azuela escribe otras novelas que alcanzan cierta popularidad: entre ellas *El camarada Pantoja, Regina Landa* y *Nueva Burguesía.*

El camarada Pantoja, escrita en 1928 y publicada en 1931, con un fondo ambiental citadino, enfoca su atención hacia la lucha de intereses personales de algunos individuos para obtener un cargo gubernamental, en un período que corresponde a la administración de Calles, período caracterizado por la inestabilidad política y la corrupción. Volveremos sobre esta novela más adelante porque en ella Azuela describe el comportamiento religioso tradicional del que los mexicanos no logran desprenderse a pesar de las prohibiciones de las prácticas religiosas impuestas por el gobierno. También encontramos ejemplo de la persecución contra los cristeros.[3]

En *Regina Landa*, escrita y publicada en 1939, tenemos otro ambiente citadino cuyo hilo central se ata en torno a las características burocráticas del gobierno y a la corrupción de los funcionarios públicos durante la época del presidente Lázaro Cárdenas. La religión está

---

[3] El movimiento cristero o revolución cristera es un movimiento terrorista que se desarrolla en México entre los años 1926-1929, instigado y dirigido por militantes católicos en respuesta a la política anticlerical del régimen de Plutarco Elías Calles.

El nombre "Cristero" se deriva del grito de batalla de estos grupos, "Viva Cristo Rey". El gobierno mexicano aplica la fuerza para sofocar a este movimiento que dinamita las líneas férreas y atenta contra la vida de los representantes del gobierno y de maestros rurales laicos. A medida que este movimiento se extiende en el Estado de Jalisco y los Estados del Centro y del Oeste -las principales regiones agrícolas- el gobierno intensifica su campaña anti-clerical; la clerecía responde suspendiendo las misas y los actos de otorgación de sacramentos, pero no consigue cambiar la actitud del gobierno.

Desde Julio de 1926 hasta Julio de 1929, durante tres años consecutivos, la rebelión cristera, llena de incidentes, trastornó la vida de las poblaciones rurales de los Estados de Michoacán y Jalisco.

El asesinato del general Alvaro Obregón, el 17 de Julio de 1928, cometido por el católico fanático José de León Toral, decidió al gobierno a obrar de una manera implacable. El presidente de la república, Emilio Portes Gil, sucesor de Calles, puso fin al conflicto entre el clero y el Estado. De este modo terminó este cruento conflicto entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia se comprometió a acatar incondicionalmente la Constitución y las leyes en vigor, aceptando que el gobierno no reconocía personalidad alguna a la Iglesia, puesto que la Carta Magna es terminante en ese sentido.

esbozada apenas como una tradición, un fanatismo al que los gobiernistas quieren poner fin de uno u otro modo. Hay una crítica de la religión a través de la protagonista de la historia, quien, sin ser católica ni creyente, acusa a los católicos declarados de prestarse a las farsas impuestas por el gobierno en escarnio de la religión.

En 1939, Azuela escribe *Nueva burguesía*, y la publica en 1941. En ella el autor continúa los ataques al gobierno cardenista y a la corrupción de los funcionarios públicos de la época, pero centra su interés en la descripción de una nueva clase social que ha surgido a la vida pública mexicana. La religión está ausente de toda la acción central y de pronto al final, en forma inesperada, Bartolo, uno de los personajes de la clase social más humilde, busca refugio en sus creencias y en su fe abandonadas por largos años, ante el dolor que le aflige por la muerte de un hijito suyo.

Ese mismo año de 1939, Azuela publica además *San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena* y, en 1940, *Avanzada*, novelas en las que el autor regresa una vez más al ambiente rural.

En *San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena*, el argumento medular es el litigio entre campesinos y agraristas del gobierno que dividen y reparten la tierra y aprovechan la situación para adueñarse de los mejores terrenos. Tal es el quehacer de Saturnino Quintana, quien intenta covertirse en un nuevo cacique. La oposición corre a cargo de Ciriaco Campos, joven hijo de un ranchero, quien antes ha combatido en contra de Huerta y de los federales. Ciriaco es anti-cristero, pero al combatir a los agraristas debe aceptar la ayuda del cura Martínez López y de su grupo de cristeros atrincherados en los cerros de las cercanías del poblado donde se desarrolla la acción.

Algún tiempo después, en 1949, Azuela escribe *La maldición*, novela publicada póstumamente en 1955 donde repite el tema del éxodo de una familia rural a la ciudad, y de su destrucción moral y exterminio. La historia, sin embargo, se desarrolla en dos ambientes, la capital mexicana y el pueblo de Celaya donde queda don Carlos, el tío de los emigrados, viviendo como espectador del drama que experimentan sus parientes en la metrópoli, drama que

se desencadena a raíz de una maldición que el viejo pronuncia cuando aquéllos parten. La historia transcurre en un lapso de cinco años más o menos, y se ambienta en los años del gobierno de Miguel Alemán.

Un año después de la publicación de este relato, en 1956, aparece otra novela póstuma, *Esa sangre*. Ya dijimos antes que ésta constituye una continuación de *Mala yerba*. La acción se sitúa unos veinte años después de la acción de aquélla, es decir, durante el gobierno de Cárdenas, y transcurre ahora en San Francisquito, escenario final de *Mala yerba*, pueblo que ha crecido en número. Julián Andrade, débil, viejo y achacoso, regresa al suelo natal después de todos esos años de ausencia. De su pasado de ranchero rico y caprichoso quedan solamente recuerdos. Su hermana Refugio, a quien encuentra sola, es también una ruina viviente en el aspecto físico. Se ha convertido en una mujer humilde y vive modestamente de un trabajo honrado. En su papel de beata inofensiva y sincera, con verdadero temor de Dios, representa un raro ejemplar en la obra de Azuela, por su genuina bondad, su vida inocente dedicada a la penitencia, su espíritu generoso y su clara conciencia del pasado delictuoso tanto de Julián como del resto de los varones de su familia. En el momento en que encontramos a este personaje, se nos ofrece una Refugito muy ubicada en la realidad que le corresponde vivir. Ella trata de disuadir a Julián de su empeño en litigar con el gobierno con el fin de recuperar sus tierras; quiere que su hermano acepte las cosas tal como están y busque un trabajo para sustentarse. El carácter pendenciero de aquél aflora apenas se entera de que han perdido sus posesiones a manos de los antiguos peones. Julián lucha por controlar la violencia de "esa sangre" de raza maldita que le corre por las venas, pero no lo consigue en absoluto. Por el contrario, se ve envuelto en una serie de escaramuzas y rencillas que le dejan en vergüenza y en ridículo frente a la gente del pueblo y a otros desconocidos. Esa sangre ardiente e incontrolable será al fin la causa de su perdición y, a la postre, de su muerte y de la muerte de su hermana Refugio.

Hemos visto que, entre la primera obra que nos ocupará en este estudio, escrita por Azuela en 1887, y la última perfilada en esta páginas, transcurren más de cuarenta años de

labor literaria del autor. En forma muy somera y rápida hemos señalado a qué momentos diferentes de la vida del escritor corresponden estas obras, y es posible constatar que ellas reflejan con fidelidad las preocupaciones de Azuela en aquellos momentos, tanto en su vida personal, como en su concepción de los acontecimientos políticos que afectaban al México en que le tocó vivir. Si consideramos el tiempo total abarcado por las obras descritas en estas páginas, constataremos que responden exactamente a los cincuenta años durante los cuales fueron concebidas por Mariano Azuela.

A continuación expondremos brevemente la situación de la Iglesia Católica, del clero y, en general, de la religión católica en México, en la primera mitad del siglo XX. Esperamos que este breve panorama nos permita luego, al conocer mejor la realidad sobre la que se fundaba Azuela, apreciar con más exactitud el significado de la pintura de la religión en su obra.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, la población de México es mayoritariamente católica, de acuerdo con los datos estadísticos del Censo de 1895. La población total de México era de 12.632.425 habitantes, de los cuales el 99.9 por ciento eran católicos.

En el gobierno de Porfirio Díaz, que abarca treinta y un años, desde 1876 hasta 1910, teóricamente la Constitución de 1857 se mantiene en vigencia. En dicho documento queda en evidencia el conflicto Estado-Iglesia que había surgido tres años antes, en 1854, cuando se enunció, en el Plan de Ayutla, la nacionalización de los bienes de la Iglesia y cuando, en 1855, se concretizó este conflicto mediante la Ley Juárez, que "con motivo de reorganizar la administración de justicia en los tribunales de la nación se suprimía el fuero eclesiástico".[4] Finalmente, en 1856, el presidente Commonfort ordenó la incautación de los bienes de la Iglesia y privó a las corporaciones religiosas del derecho de adquirir bienes inmuebles en el futuro.

Todos estos pasos previos habían conducido a la aprobación de la nueva Constitución, la que se conoce como Constitución de 1857, que intentaba dejar a la Iglesia Católica al márgen

---

[4] Véase Antonio Rodríguez Pedrezuela, *La legislación mexicana en relación con la Iglesia* (Pamplona: Colección Canónica de la Universidad de Navarra, 1965), p. 35.

del escenario político de México. Los artículos que aparecían reformados totalmente eran los que legislaban sobre aquellas materias en las cuales la Iglesia había mantenido una hegemonía; de ahí que la Constitución de 1857 fue considerada como "anti-clerical".

Sin embargo, la legislación vigente hasta antes de 1857, estuvo basada en la Constitución de 1824 de la cual no vamos a citar artículo alguno porque era reformada cada cierto tiempo de acuerdo con las necesidades de los gobernantes o con el grado de simpatía o de aversión que aquellos mostraban hacia la Iglesia Católica. Diremos sí, que desde aquellos años, los gobiernos mexicanos desarrollaron diversas y continuas estrategias para limitar el poderío del clero y su ingerencia en los asuntos del Estado. Finalmente, en 1835, por encima de los desórdenes políticos de la administración de Santa Ana, de las guerras,[5] las revoluciones, y algunas conspiraciones masónicas según algunos historiadores, había una pugna interna en las esferas de gobierno para lograr las reformas político-religiosas propuestas. Un grupo de legisladores propuso concretamente:

1.- Revocación de la Constitución de 1824.

2.- Todos los obispos y todas las personas que se sospeche son adversas a las Reformas serán desterradas del país inmediatamente.

3.- Todos los Cabildos catedralicios dejarán de existir inmediatamente y todos los vasos y joyas serán entregados al Gobierno.

4.- Todos los monasterios y conventos de monjas y frailes, junto con sus bienes raíces y bienes muebles, caerán en poder del Gobierno. Los edificios e iglesias de los conventos servirán de hospicios, instituciones de caridad, hospitales, cuarteles, talleres, y algunos serán vendidos para sinagogas o templos de otras denominaciones religiosas.[6]

---

[5] Las guerras aludidas aquí fueron las siguientes: primero, las guerras de Texas (1835-1836 y 1840-1848), en la que México perdió más de la mitad de su territorio; segundo, la guerra con Francia (1838-1839); tercero, el movimiento separatista de Yucatán (1839-1843).

[6] La *Ley Juárez*, aprobada en 1855, suprimía los fueros eclesiástico y militar, disolviendo con ello los tribunales respectivos.

Estas cuatro proposiciones forman parte de un paquete de siete en total, cuyo espíritu es evidente. El centro de estos ataques reformistas era la Iglesia Católica; pero fueron etapas. Y estas etapas se cumplieron en épocas diversas a través de cien años, con las constituciones de 1824, la de 1857 y, posteriormente, la de 1917.

Con los puntos propuestos con el ánimo de crear la necesidad de reformar la Constitución, se pavimentó el camino hacia transformaciones más profundas destinadas a excluír a la Iglesia de situaciones de poder extraordinario. La base de estas intenciones consideraba que el mayor obstáculo para la prosperidad del país era la concentración de la propiedad de la tierra en manos de la Iglesia. La verdad parece ser que las leyes se inclinaban definitivamente por la tendencia liberal y antieclesiástica que se arrastraba de los años anteriores. La Iglesia se mostró altamente descontenta con aquellos Artículos de la Constitución de 1857 que lesionaban el campo de la educación, la propiedad y los fueros:

> Artículo 5o. La ley no puede autorizar ningún contrato que tenga por objeto la pérdida o el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre, ya sea por causa de trabajo, de educación, o de voto religioso.[7]

Con este Artículo se pretendía la preservación de las libertades individuales; al mismo tiempo se desautorizaba los votos religiosos con el artículo siguiente:

> Artículo 13o. En la República de México nadie puede ser juzgado por las leyes privativas, ni por tribunales especiales. Ninguna persona, ni corporación puede tener fueros, ni gozar de emolumentos que no sean compensación de un servicio público y estén fijados por la ley.[8]

De esta forma se aseguraba el entierro de instituciones como el Antiguo Tribunal de la Inquisición y se reforzaba la decisión de poner fin a los privilegios eclesiásticos.

> Artículo 27o. Ninguna corporación civil o eclesiástica, cualquiera que sea su carácter, denominación u objeto, tendrá capacidad legal para adquirir en propiedad o

---

[7] Citado por Rodríguez Pedrezuela en *La legislación mexicana en relación con la Iglesia*, p. 64.
[8] Rodríguez Pedrezuela, *La legislación mexicana*, p. 65.

administrar por sí bienes raíces, con la única excepción de los edificios destinados inmediata y directamente al servicio u objeto de la institución.[9]

Artículo 123o. Corresponde exclusivamente a los poderes federales ejercer, en materia de culto religioso y disciplina externa, la intervención que designen las leyes.[10]

A partir de la promulgación de esta Constitución, el clero adopta una posición de desacato a las leyes civiles y se empeña en una lucha denonadada y sistemática por recuperar lo perdido.

El gobierno de Porfirio Díaz no hace intento alguno por modificar esta Constitución, pero por varios motivos, entre otros las ideas extremadamente religiosas de la esposa del presidente Díaz, no se aplica con todo el rigor establecido, e incluso, desde un principio, mantiene relaciones cordiales con el alto clero, al punto que en los últimos diez años de la dictadura porfirista puede producirse un brote de fuerte reacción del clero, el que se sintió apoyado no solamente por el gobierno, sino por los grandes terratenientes e industriales y por toda la oligarquía del país, cuyos privilegios, heredados del régimen virreinal, se fortalecen significativamente. Sin embargo, la Iglesia aún continúa en una posición inestable y ambigua, sin amparo ante cualquier eventual e inesperado cambio de gobierno, como efectivamente queda en evidencia a la caída de Porfirio Díaz.

Cuando el maderismo irrumpe en la escena política de México, en 1910, la Iglesia como institución se encuentra en una posición en la que aún tiene muchos intereses que defender, y frente a un estado de cosas que va a cambiar la faz y la historia de la nación.

La revolución de Madero se inicia muy lentamente y nunca alcanza un nivel nacional; es una sublevación parcial cuyo éxito accidental se debe al momento histórico en que tiene lugar y a las circunstancias de ese momento: errores y debilidad del prolongado gobierno de Díaz, incapacidad del ejército mexicano para sofocar los brotes revolucionarios. La Iglesia aprovechó este caos político del momento para organizarse, a pesar de las leyes vigentes, en un fuerte partido político: el Partido Católico Nacional cuyo ideólogo e impulsador fue Monseñor Mora

---

[9] Rodríguez Pedrezuela, *La legislación mexicana*, p. 65.
[10] Rodríguez Pedrezuela, *La legislación mexicana*, p. 66.

y del Río, arzobispo de México en 1911. Según los fundadores de dicho partido, éste se inspiró en varios partidos católicos europeos tales como el Centro Católico Alemán, el Partido Católico Belga, la Unión Electoral Católica Italiana, la Liga Democrática Cristiana Belga, y su objetivo declarado era, extrañamente, "romper la tradición de los treinta y un años de Díaz". En efecto, la situación política del Estado y de la Iglesia en México en aquellos años era tan caótica, que el Partido Católico Nacional llegó a apoyar a Madero como su candidato a la presidencia de la República.

Madero había prometido aplicar "con prudencia y buen juicio" las leyes de la Reforma,[11] y una vez instalado en el gobierno, en 1911, garantizó la libertad de expresión de la Iglesia, porque en los tiempos de Porfirio Díaz existía una censura de los actos religiosos. Sin embargo, una serie de circunstancias políticas hizo que el clero, que en un comienzo aparecía mirando con buenos ojos esta revolución, se volviera enemigo del gobierno maderista. Al lado del clero naturalmente, y entre los grupos de oposición al movimiento social, se encontraba la mayor parte de la oligarquía rural y urbana que controlaba los ferrocarriles, los bancos, las grandes industrias, las empresas comerciales, la agricultura y los bufetes importantes.

Madero tampoco modificó los artículos de la Constitución que se referían a la situación legal de la Iglesia, de modo que en la práctica, la inestabilidad que la afectaba aún continuaba latente. Sin embargo, el Partido Católico Nacional se fortalecía y prosperaba en forma significativa y en 1912 fundó un vocero propio, *La Nación*, a través del cual se lanzaban serios y violentos ataques al liberalismo y al Partido Constitucional Progresista, pero evitando, con bastante astucia, cualquier injuria u hostilidad hacia la persona del presidente Madero. Por su parte, los candidatos postulados por el Partido Católico Nacional resultaron triunfantes en las elecciones de 1912, puesto que los peones y campesinos votantes eran instruidos, con indicaciones emanadas de las altas jerarquías eclesiásticas, para que favorecieran a dichos candidatos. El Partido llegó a tener setenta y cinco diputados.

---

[11] Carlos Alvear Acevedo. *La Iglesia en la Historia de México.* (México: Editorial JUS, 1975), p. 281.

Junto a este Partido Católico Nacional hubo otros instrumentos eclesiásticos, pero inconstitucionales, que interferían en el gobierno. Uno de ellos eran los Círculos Católicos de Obreros cuya consolidación se había iniciado en los últimos tiempos de Porfirio Díaz, en 1910, con la venia y anuencia de Pío X, desde Roma. Estos Círculos Católicos de Obreros eran hijos de la Acción Católica, organismo cuyo origen se remontaba al año 1905, fecha en que se había publicado *Il Fermo Proposito*, encíclica del mismo Pío X, cuyo objetivo fundamental era el de impulsar la creación de nuevos Círculos Católicos de Obreros, para hacer que los trabajadores perseveraran en sus deberes y se conservaran inmunes a las acechanzas y tentaciones socialistas a la vez que recomendaba que se debía motivar a los trabajadores al ahorro, animándoles a que fueran capaces de atender a sus necesidades con sus propios medios.

Es pertinente explicitar aquí que los proletarios y el campesinado mexicanos de los años de la Revolución, no sólo estaban sojuzgados por su servidumbre y por la opresión a que los sometía el caciquismo local, con todas las lacras que ello implica, sino que incluso psicológicamente dependían de la clase opresora; el peón mexicano era un siervo pasivo con una creciente renuncia o abdicación de su voluntad en beneficio de la de su amo, con muchas limitaciones que lo alejaban cada vez más de la posibilidad de convertirse en ciudadano consciente de sus derechos y de su responsabilidad. La relación peón-patrón era un vínculo que para el peón conllevaba seguridad y protección. El peón recibía un salario miserable, insuficiente para mantener a su familia, por lo que debía endeudarse con el mismo patrón, en cantidades que jamás podría pagar, y estas deudas pasaban a constituir herencia para los hijos, los que continuaban su condición de sometidos y de esclavos. Este endeudamiento le otorgaba al peón comida y vivienda durante toda su vida y de este modo le parecía que evitaba enfrentar situaciones de despido y de emigración, en busca de sustento. La emigración era considerada por el peón, como una aventura indeseada.

De este conformismo servil, tenía gran parte de responsabilidad la actitud de la Iglesia que había sembrado esa semilla de conformismo entre las clases sociales más postergadas, aprovechando los poderes de persuasión de que gozaban los eclesiásticos en las sociedades

fanáticamente religiosas, la facilidad de oratoria de sus miembros, y la eficacia de su palabra para sugestionar a sus oyentes. Esta actitud de la Iglesia prevalecía en el país desde los tiempos coloniales, en el siglo XV, y se mantenía aún en los años del decenio trágico de México, entre 1910 y 1920, cuando el arzobispo de Guadalajara, Monseñor Orozco y Jiménez, con la misma actitud, dirigiéndose a los fieles en una Pastoral, pedía a los ricos amor, y a los pobres, resignación. Por ello es que a todo un sector católico le pareció muy bien la subversión de Huerta cuando en 1912, mandó asesinar a Madero, y vió con júbilo la caída y muerte de éste. La Iglesia pensó que una gestión gubernativa más conservadora, con Huerta a la cabeza, era la que mejor serviría sus intereses y propósitos. Por ello le brindó a Huerta su más irrestricto apoyo.

Esta adhesión alcanzó su máxima expresión en 1914, con un homenaje a Cristo Rey en la Ciudad de México, cuando se trató de dar una imágen herética del movimiento revolucionario, mostrándolo vinculado al protestantismo y a la masonería. Este mito difundido por la Iglesia Católica, unido a la denigración que frecuente y sistemáticamente ésta hacía de los revolucionarios, sólo consiguió aumentar el carácter anticlerical de la Revolución. De este modo, el movimiento revolucionario que se iniciara en 1910 con escaso anticlericalismo, incubó en su seno una hostilidad que se acrecentó con el tiempo. El mismo Huerta, cambiando de conducta, durante su gobierno se mostró abiertamente anticlerical, especialmente cuando deportó al presidente del Partido Católico Nacional y al director del periódico oficial del Partido. Además, disolvió el Congreso, con lo que cesaron en sus funciones los diputados del Partido Católico Nacional.

En medio de esta situación, surge Venustiano Carranza en oposición política a Huerta, y paulatinamente la rebelión carrancista se convierte en declarada lucha antirreligiosa con destierro de eclesiásticos, cierre de iglesias y conventos, condenas a los jerarcas de la Iglesia por el incumplimiento en el pago de indemnizaciones al país.

De esta forma, el camino para una nueva Constitución Política Mexicana se había venido preparando lentamente. En 1916, Venustiano Carranza, ahora a la cabeza del gobierno,

convocó a un Congreso Constituyente para elaborar una Constitución más adecuada a las necesidades del país, que reemplazara a la conflictiva legislación de 1857. Este Congreso Constituyente excluía a los partidos políticos que llevasen nombre o denominación religiosa. El resultado fue la Constitución de 1917, que era una revisión, con varias adiciones, de la de 1857. La mayor diferencia consistía en la inclusión de artículos abiertamente hostiles a la Iglesia. Para la Constitución de 1917, la Iglesia no es reconocida como una sociedad jurídica y legal separada y distinta del Estado, sino supeditada a éste. La enseñanza sería libre, pero laica la que se diera en los establecimientos oficiales de educación; los institutos religiosos quedaban excluidos de la instrucción primaria. Quedaba prohibido el establecimiento de órdenes monásticas cualquiera que fueran sus objetivos. Las asociaciones religiosas no tenían capacidad legal para la adquisición, posesión ni administración de bienes raíces. Todos los bienes materiales destinados al culto público fueron declarados de propiedad del gobierno federal. El matrimonio fue considerado un contrato civil dependiente exclusivamente del Estado, y posteriormente el divorcio también fue introducido en el Código Civil.

Ante esta nueva legislación, la Iglesia protestó vehementemente por lo que consideró atropello y menoscabo de los derechos que le habían pertenecido por años, y logró que en 1917 se creara la Unión de Padres de Familia, como organización cívica con el objeto primordial de luchar por la reconquista de la libertad de enseñanza. Legalmente esa reconquista nunca fue posible, pero la obligatoriedad de enseñanza laica tampoco se aplicó rigurosamente.

Desde 1920 a 1924, años que corresponden al gobierno de Alvaro Obregón, la situación de privilegio de la Iglesia no fue recuperada y aunque Obregón no fue drástico en exigir el cumplimiento total de las normas de la Constitución, hizo hincapié en una enseñanza de corte socialista que por supuesto estaba en oposición a los intereses y objetivos de la Iglesia. Durante este gobierno continuaron las pugnas entre Estado e Iglesia, aunque sin mayores consecuencias.

En 1923, la Iglesia se declaró víctima de los ataques del gobierno mexicano basándose en la expulsión del Delegado Apostólico, Monseñor Ernesto Filippi, quien se encontraba en México para presidir los actos de colocación de la primera piedra del monumento a Cristo Rey,

ceremonia que contravenía las disposiciones legales vigentes en relación a los actos religiosos públicos.

Entre el 5 y el 12 de Octubre de 1924, la Iglesia convocó a un Congreso Eucarístico, el que fue suspendido por infringir las normas establecidas.

La llegada al poder de Plutarco Elías Calles en 1924, suscitó el temor de los fanáticos religiosos mexicanos que veían en él a un tenaz persecutor de la Iglesia. Pero la Iglesia no abandonó su actitud beligerante y continuó luchando por recuperar lo que creía perdido. Durante el gobierno de Calles se produjo un cisma entre la Iglesia y el Estado. Plutarco Elías Calles, en 1926, dictó nuevas leyes destinadas a someter a la Iglesia a la obediencia, regulando la disciplina externa de aquélla y el número máximo de ministros de culto permitidos. En consecuencia, se expulsó a los sacerdotes extranjeros, y se cerraron todas las escuelas y colegios particulares católicos que aún existían. La vigencia de la "Ley Calles", como se denomina a la ley que reforma el Código Penal, exigía que todos los sacerdotes se registrasen ante las autoridades civiles; ningún miembro del clero o de orden religiosa podía ser director de una escuela primaria particular, libre o incorporada.

En reacción, la jerarquía eclesiástica mexicana, después de consultar a la Santa Sede en Roma, suspendió todos los actos de culto público, con el pretexto de que los mexicanos cayeran en un confusionismo conducente a la pérdida de la fé.

Hubo una reacción también de parte de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, la que invitó a las demás organizaciones católicas a levantar un bloqueo económico consistente en no comprar nada que no fuera absolutamente necesario, y comprarlo sólo a los católicos, para obligar al gobierno a levantar la opresión contra la Iglesia. El resultado de esta campaña fue parcial, dado que el país no estaba preparado para una campaña de este tipo, a nivel nacional.

Puesto que la acción de los católicos no era lo bastante fuerte como para obligar al gobierno a cambiar de actitud frente a la Iglesia, ésta promovió un movimiento armado a partir de 1926, llamado "Cristero" y dirigido por la Liga. Este movimiento puso en armas a más de la

mitad de los católicos en todo el país, causando problemas al gobierno. Pero el pueblo no confiaba mucho en los cristeros y en sus objetivos.

Ni Calles logró derrotar a este movimiento, ni los cristeros lograron derribar al gobierno, lo que creó en el país situaciones difíciles, hasta el extremo de que en el año 1928, el embajador de los Estados Unidos, T. Morrow, en forma extraoficial, medió en el conflicto Gobierno-Iglesia, para solicitar a Calles que entrara en conversaciones con la jerarquía eclesiástica. Al año siguiente, el presidente interino, Emilio Portes Gil, fue el encargado de entablar conversaciones con el clero, para poner fin al conflicto desatado por los Cristeros. Luego de las conversaciones entre Portes Gil y el Arzobispo de Morelia, Leopoldo Ruiz y Flores, nombrado como representante del clero, se acordó que los servicios religiosos serían reanudados y los templos reabiertos. Los Cristeros depusieron sus armas, pero en el período de gobierno siguiente entre 1934 y 1940, con Lázaro Cárdenas, las limitaciones impuestas a la Iglesia, continuaron.

En 1934, se modificó el Artículo tercero de la Constitución, señalando que toda la educación debía ser socialista, excluyendo toda doctrina religiosa y prohibiendo todo fanatismo. El Estado sería el responsable de impartir la educación primaria, secundaria y normal. No prohibía la educación particular, siempre que respetara las normas vigentes en cuanto a las exigencias generales sobre exclusión del fanatismo religioso. La educación pública adquirió el carácter de un servicio social, controlado por el gobierno. De nuevo se insistió sobre la expropiación de bienes inmuebles de iglesias, conventos u otras instituciones religiosas, por parte del Estado. Sin embargo, Lázaro Cárdenas permitió la libertad de culto en casi todo el territorio, y dejó el terreno abonado para facilitar el gobierno de su sucesor, Avila Camacho, en 1940.

Avila Camacho detuvo toda persecución contra la Iglesia, y trató de unificar a los mexicanos. Introdujo reformas al Artículo tercero de la Constitución sobre las normas de la educación, suprimiendo la orientación socialista de aquélla.

Con los gobiernos posteriores a Avila Camacho, se han suscitado discordias entre la Iglesia y el Estado, pero ya no con la fuerza de los años precedentes. Aún hoy día, la Iglesia en México no tiene personería jurídica y está imposibilitada para adquirir bienes de ningún género ni celebrar actos de ninguna índole que tengan carácter legal. La enseñanza es libre, sin ninguna orientación específica, pero por sobre todo ello, México conserva una fuerte tradición religiosa adquirida durante la época colonial, en el siglo XVI, la que a través de más de cuatro siglos aún ejerce una influencia significativa en la vida del pueblo mexicano.

III. Los clérigos en la obra de Azuela

Son dieciséis las obras de Mariano Azuela en las que encontramos figuras clericales[12] de cierta importancia, prescindiendo por una parte de las adaptaciones teatrales que el mismo autor hizo de algunas de ellas (porque son meras duplicaciones de las novelas, desde nuestro punto de vista), y, por otra, de las biografías, aún cuando una de ellas se titula "biografía novelada."[13] En estas dieciséis novelas se registra un total de treinta y cuatro curas. Aún si algunas de estas figuras desempeñan un papel secundario, estas cifras serían por si mismas significativas para demostrar la importancia del rol del clero en el conjunto de la obra de Azuela. Sin embargo, aquí, estudiaremos solamente las nueve obras en las que doce clérigos están bastante caracterizados y con un significado claro en la acción de las novelas.

Es notable también que entre estas treinta y cuatro figuras, solamente dos son importantes prelados; Monseñor Ridolfi, Arzobispo de México, en *Los fracasados*, y el Obispo de Zacatecas, en *Las tribulaciones de una familia decente*. Ambos aparecen como los dos únicos representantes del clero de la gran ciudad. Pero, dado que la mayoría de las obras de Azuela, como ya lo hemos señalado, ubican su acción en un medio rural, no es de extrañar que el clero representado en ellas corresponda a ese medio. Eso explica también que Azuela haga de estos dos prelados una referencia muy rápida. En el caso del Arzobispo Ridolfi, éste ni siquiera aparece directamente, sino que se le menciona de paso por el mero hecho de ser atendido por un

---

[12]Las obras en cuestión son: *Los fracasados, Las tribulaciones de una familia decente, La luciérnaga, Los caciques, La maldición, El camarada Pantoja, Sin amor, Mala yerba, Domitilo quiere ser diputado, San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena, Regina Landa, Nueva burguesía, Avichuelos Negros, Impresiones de un estudiante, Pinceladas* y *Lo que se esfuma*.

[13] Se trata de *Pedro Moreno, el insurgente (biografía novelada)*, dedicada por Azuela a la memoria del padre don Agustín Rivera, gran admirador de Pedro Moreno. En esta obra aparecen treinta y tres figuras de clérigos representativos de todo tipo de personalidades en el ámbito eclesiástico

médico-oculista, a cuya consulta acuden las protagonistas y luego lo comentan otorgándole categoría al científico -y de paso otorgándosela a sí mismas- en dos niveles: social y económico (por descontado que si se trata del médico de un jerarca de la Iglesia, es bueno y además oneroso).

Tampoco aparece directamente el Obispo de Zacatecas en *Las tribulaciones de una familia decente,* sino que viene mencionado por César, uno de los protagonistas principales de la novela. Sin embargo, el Obispo de Zacatecas desempeña cierto papel en la acción por ser el consejero moral de Agustinita, la madre de César. De los antecedentes que César entrega, se desprende que lejos de aconsejar una actitud sana, inteligente y conciliadora a Agustinita, para con Procopio -su marido- a propósito de la conveniencia de enviar a los hijos varones a estudiar a los Estados Unidos, el obispo apoya la actitud negativa de la mujer y la provee de argumentos para oponerse tenazmente a la sugerencia del marido. Con esta intromisión del Obispo se triza la armonía del hogar y de la familia.

Aparte de estas dos personalidades eclesiásticas citadinas de alto rango, no encontramos otras; y el resto de los clérigos que aparecen en las obras corresponden al clero provinciano, ya sea de ciudades pequeñas, o de pueblos y aldeas. Estos, por ser tan numerosos, ofrecen cierta variedad. Los de más alta jerarquía en la Iglesia son los curas párrocos, o a la cabeza de alguna orden religiosa; los que tienen cierto relieve son: el cura Cabezudo, párroco de Alamos, en *Los fracasados*; el padre Romero, párroco de Cieneguillas, el escenario rural de *La luciérnaga*; y el cura Jeremías del Llano, en *Los caciques*. Cada uno de ellos tiene una función de líder espiritual de la comunidad en la cual está inmerso. La sociedad pueblerina consulta a estos prelados, les pide su opinión, ya sea en asuntos de familia, como en *Los fracasados,* en asuntos políticos, como en *Los caciques,* o en asuntos financieros y morales como en *La luciérnaga.*

En *Los caciques,* novela cuya acción se sitúa en los años del gobierno de Madero, el cura es un personaje central y el retrato que podemos reconstruir de él, es bastante detallado. El padre Jeremías del Llano pertenece a la familia de los caciques pueblerinos y comparte con ellos sus ideas autocráticas. Conservador feroz de la sociedad colonialista, a sus ojos los privilegios

de los burgueses son justos, mientras que las justas aspiraciones del pueblo a mejorar su suerte y su condición de vida, son abusivas:

> Yo no sé quien ha despertado tantas ambiciones en la plebe, que nadie quiere conformarse ya con la suerte que Dios le ha dado.(II, 825)

El temor que el cura Jeremías siente ante el comunismo:

> ¿ Quien ha de ser si no el bandido ese de Madero que promete a los pobres hacerlos ricos?... ¡Naturalmente, con el dinero de los ricos! Una propaganda de bandolerismo se levanta por todas partes. Puesto que la tierra Dios no la hizo para éste ni para el otro, sino para todos, pues vamos todos a repartírnosla.
>
> -¡El comunismo! -dijo lúgubre el padre Jeremías. (II, 825)

y su odio irrefrenable por cualquier forma de socialismo le hacen proferir palabras que llaman la atención por su falta de caridad cristiana:

> -Está usted en un error juzgando como un crimen la ejecución de Madero -intervino el padre Jeremías-. El mismo regicidio está aprobado por la Iglesia, como puedo demostrarlo. Los sapientísimos padres de la Compañía de Jesús han sostenido brillantemente esa tesis... Pero, ¡qué digo!, todos ustedes, como perfectos católicos cultos, conocen la primorosa obrita del padre Sardá y Salvani. Se puede lastimar, herir, matar, todo lo que uno quiera, si eso redunda en nuestro propio bien y *ad majorem Dei gloriam*. (II, 849)

El mismo no tiene reparos en atentar contra la vida del prójimo si es preciso para proteger los intereses de su clase. Confabula en contra de los ciudadanos que pretenden organizar un movimiento reivindicativo de sus derechos, y su odio persigue al bondadoso e inofensivo Rodríguez, anarquista e intelectual, hasta conseguir que sea fusilado.

A la par que el temor y el fanatismo político, es la codicia la que explica la conducta del cura Jeremías. Abusa de su condición de clérigo, de su autoridad eclesiástica para usurpar las fortunas ajenas. Así persuade a las beatas que no tienen herederos directos o que quieren desheredarlos que elijan a su hermano Ignacio como heredero, lo que se desprende

indiscutiblemente del texto:

> Ya hablé con el padre Jeremías del Llano. Ya quedamos en que el camino más seguro es escriturarlo todo a favor de alguna persona acomodada y de buena moralidad; sobre todo que tenga temor de Dios. ¿Quién puede igualar en esto al señor don Ignacio del Llano? Así, pues, los dineritos escaparán de caer, sea en manos del gobierno, sea en las de unos parientes que están en ansia de que yo estaque la zalea, [...]. No soy la primera por cierto -usted lo sabe mejor-, así lo han hecho las muy reverendas madres Sor Inés y Sor Catalina de Jesús, poco más que millonarias; don Nicomedes de la Peña y tantos y tantos más. (II, 811)

A la sombra de su prestigio de clérigo, se amparan otros negocios deshonestos de la familia, tales como los préstamos de dineros con intereses subidos y especulativos.

Codicioso, violento y cruel, hay aún otro rasgo de su personalidad que no puede pasarse por alto: el libertinaje de que hace gala. Su conducta inmoral no es secreto para algunos allegados a la familia, los que, lejos de reprocharle esta conducta liviana al cura Jeremías, la alientan y la secundan:

> El Padre Jeremías dejó su asiento para venir junto a su amigo el de "La Carolina". Se sentó a su lado y le recitó al oído con gran calor: "¡Sustentadme con frascos de vino, corroboradme con manzanas, que estoy enfermo de amor!"
>
> Y el dueño de "La Carolina" le aseguró que tenía unas amiguitas muy "faines" y que bien podrían ir a visitarlas en seguida.
>
> [...]
>
> Se despidió y del brazo del dueño de "La Carolina", salió a la calle, encendidos los carrillos y trémula la voz, recitando otra vez: "Sustentadme con frascos de vino...(II, 835)

A través de él, Azuela acusa a la Iglesia de corte clasista, reacia a aceptar el fin a sus privilegios anteriores, y más reacia aún a renunciar a tomar parte en el terreno político.

Encontramos otra pintura clerical, similar a la del padre Jeremías, en el padre Romero en *La luciérnaga*. El retrato psicológico de este cura Romero, es menos detallado que el del padre Jeremías, porque lo vemos siempre en la misma situación. Sabemos que "gasta un genio endemoniado antes de decir su misa de siete [...]" (I, 600), o que está "enfurecido imprecando y amenazando" (I, 620), o "frenético de impotencia y humillación"(I, 620). Disponemos además de detalles físicos que contribuyen a hacerlo antipático:

> Su risa, sus dientes largos y amarillos tras el cobertizo de sus cerdas negras y untuosas, son más que una revelación. El topo ensancha sus pupilas y las clava con ferocidad en el guiñapo de hombre. (I, 601-602)

Así, al igual que el padre Jeremías, este cura es un ser cruel e hipócrita. Pero, sobre todo, al igual que el otro, el padre Romero es un codicioso, que, en nombre de la Iglesia, se apodera sin escrúpulos de los bienes de los fieles. Al moribundo José María, el avaro enriquecido deshonestamente y a expensas de su hermano, el cura le aconseja desheredar a ese hermano empobrecido, cuya hija se ha prostituido para mantener a la familia. Al mismo tiempo, el cura Romero demuestra su impaciencia por apoderarse del caudal del avaro:

> -Por fortuna ese dinero, don José María, está fuera de peligro, desde el momento en que va a donarlo usted a la Iglesia.
>
> [...]
>
> -Lo más conveniente es que me lo entregue de una vez.
>
> [...]
>
> -Vea usted, nuestra vida está pendiente de un cabello. Le aconsejo que, para tranquilidad de su alma, me entregue ese dinero. En manos de la Iglesia no correrá peligro. (I, 601)

Como ya hemos mencionado anteriormente, al padre Romero lo vemos solamente en una situación, frente al lecho de un enfermo. Sin embargo, las confesiones del moribundo y las respuestas del cura nos permiten enterarnos de varios aspectos de su personalidad. Como en el caso del padre Jeremías, su conservatismo político lo lleva al odio y todo aquél que no tiene las

convicciones del fraile es vilipendiado. Se ve pues que la ética del cura Romero se acomoda a las circunstancias. José María, moribundo, quiere conocer su opinión sobre un negocio que le pesa en la conciencia desde hace mucho tiempo. Tenía hipotecado su rancho, El Capulín, en diez mil pesos oro o plata del cuño nacional. Cuando levantó la hipoteca lo hizo pagando en papel moneda de nulo valor. El fiador se sintió estafado: "Parece que don Onofre dijo mal de José María, de los beatos, del clero y hasta de Dios"(I, 620). El padre Romero, creyendo haber convencido al campesino de donar sus bienes al curato, trata de justificar la deshonestidad del moribundo que le pide opinión, en perjuicio de la reputación del ya fallecido don Onofre:

> -¿Dígame, don José María, ese don Onofre de que me habla no fue presidente municipal cuando las hordas villistas?
>
> -Precisamente...
>
> -¡Sí, un jacobino!... Enemigo de Dios y de la Iglesia, verdugo de los sacerdotes... ¡Don José María, lo que usted hizo con él ni a pecado venial llega!...
>
> [...]
>
> -Plata fuerte, entendido, y pagó con bilimbiques de Carranza, con la moneda creada por ellos con la moneda que ellos hicieron circular a balazos, con la que han aruinado a México... ¡Los enemigos de la Religión! Esto quiere decir que usted sólo ha sido un instrumento del Altísimo para aplastar la soberbia de Satanás! ¿Entiende?. (I, 604)

En cambio, el cura Cabezudo, en *Los fracasados*, resulta ser una figura clerical de matices diferentes; es un genuino defensor de la religión, de la fe, del bien y de las virtudes:

> [...] era, en el recogimiento de su estudio y en el silencio de sus habitaciones, un hombre sencillo, de alma pura, rezumando amor cristiano. Un soñador irreductible en la dicha humana, realidad en la vida futura [...] (I, 66)

La sinceridad del cura Cabezudo y su afán de virtud le confieren un aspecto particular de viejo santo: "apareció en la penumbra la rígida silueta de un hombre pálido y demacrado, de líneas hieráticas, ojos brillantes y con vaguedades de vidente" (I, 65).

La autenticidad de su fe, la conformidad de su conducta con el dogma, hacen de él un ser excepcional, mal comprendido por los fieles:

> Un visionario que predica la religión católica sin tapujos ni componendas, que no pide sino el cumplimiento de las leyes legítimamente dimanadas de ese credo. ¿Y qué ocurre? Que los católicos más cultos protestan vivamente. Acostumbrados a los acomodamientos y transacciones de su clero (habilísimo para ocultar que no hace sino obedecer a fuerzas que le son impuestas por los tiempos), se asustan de que se les desenmascare y se les muestre su falso catolicismo. Apenas aparece un hombre valiente y honorable que les predica su religión en toda su pureza, surge el conflicto: incompatibilidad de las reglas con su conducta, incompatibilidad del dogma con su ciencia. (I, 56)

Sin embargo, como predicador y director de conciencias de la mayoría de las señoras del pueblo, es capaz de imponer con fuerza su autoridad: "Señora, soy su párroco y tiene obligación de obedecerme" (I, 69), contesta a doña Recareda, en un momento de fuerte conflicto doméstico. En realidad, el cura Cabezudo es una figura más compleja y más acabada que la del padre Romero o la del padre Jeremías. El cura Cabezudo es un anti-liberal fanático, tanto como los ya mencionados. Y a pesar de su bondad innata y de su rectitud, ese fanatismo lo lleva a la violencia, al odio. Se muestra "impetuoso, terrible, desbordante de odios en el púlpito" (I, 68). Ese fanatismo le conduce a la incomprensión de los conflictos que desgarran su país:

> [...] hundido voluntariamente en un claustro durante dos décadas, había nutrido su cerebro de ciencia medieval y le era imposible, por consiguiente, comprender un siglo que había derrocado a Dios para proclamar nuevos dioses: la Verdad y la Justicia, y buscar su salvación en el Trabajo. Por otra parte, torturábale la flagrante contradicción entre las ideas y las costumbres; la inmensa mayoría del pueblo profesaba la religión católica, cumplía con sus ritos puntualmente, respetaba a sus ministros y, con todo y eso, el soplo huracanado de las revoluciones reformistas había

orientado los espíritus con una fuerza satánica hacia el libre pensamiento. [...] Por eso creía ciegamente en que la regeneración de la humanidad era obra exclusiva de los pastores de Cristo, por un esfuerzo sostenido y constante. (I, 94-95)

Ese fanatismo, subrayado intencionalmente por su apellido caricaturesco, que nos invita a ver en él un ser testarudo, lo priva de un humanismo armonioso:

[...] su pálida figura, fría y severa, adquirió la rigidez del mármol; sus ojos resplandecían a la triste luz del fanatismo. (I, 96)

Su anti-liberalismo lo conduce, al final de la novela, a ser encarcelado, puesto que las autoridades civiles lo consideran como el responsable de una manifestación religiosa prohibida por la ley, una procesión pública que se realiza en las calles del pueblo.

Sin embargo, no se trata en él de un odio político nacido de un deseo pedestre y egoísta de conservar sus privilegios, como en el caso de los curas del Llano y Romero, sino de un idealismo que lo ciega. Cuando se da cuenta de que la realidad es otra, entiende también que es un "fracasado":

Por primera vez se dió cuenta de lo problemático de su labor, del enorme escollo que se levantaba frente a sus doctrinas y que antes no había sospechado siquiera. No eran por cierto el liberalismo, ni la herejía, ni la impiedad: era algo más poderoso, inmensamente más grande, de una fuerza incontrastable lo que se oponía a la realización de sus ideales: era la imbecilidad y la eterna maldad humanas. (I, 69-70)

El fracaso del cura Cabezudo consiste en no ver el mundo en su dimensión real y, al igual que el Licenciado Reséndez, libre pensador, fracasa por haber sido un idealista:

Dos ideales: uno corriendo ciegamente tras de algo que lo alucina; una sombra que no se ve, una sombra que se quedó allá muy lejos; otro pletórico de esperanzas y de juventud, que en el triunfo de la ciencia sigue otra sombra que se le escapa, que huye delante de él y a la que jamás llegará. Y en torno la fuerza bruta, arrasadora; las multitudes absurdas que ríen primero, que se enfurecen después y los aplastan sin haberlos comprendido jamás. (I, 110)

Lo que condena al cura Cabezudo es su intolerancia, su fanatismo político y religioso que lo convierten en un ser peligroso. Azuela nos lo hace comprender a través de una anécdota divertida:

> -Figúrense ustedes que el cochero y ... _____
>
> -¿Pero qué vas a contar, Rupertita? -interrumpió la señorita Godínez mayor, empurpurada de verguenza. [...]
>
> -Pues sí, es muy cierto. Figúrense que encontramos al cochero y a la cocinera... como unos liberales... ¡Indecentes!...
>
> Nadie sonrió siquiera; aunque en el salón no había sólo padres y beatas. Además, tal era la enseñanza prodigada por el cura Cabezudo en el púlpito, en el confesonario, en el seno del hogar y en todas partes: el incontinente lo era por ser liberal, el asesino por liberal, el ladrón por liberal, el ebrio por liberal. No carecía, por tanto, de razón la buena señorita Godínez al pensar que la intemperancia de sus criados se debiera no más que al liberalismo y que, en consecuencia, debía castigárseles semejante crimen con arrojarlos de casa. (I, 23-24)

Hemos analizado en particular el retrato de los tres prelados que tienen, por su rango en la jerarquía eclesiástica, un cargo especial. Pero, en realidad, se distinguen poco de los demás clérigos. Lo que sí caracteriza a los eclesiásticos en la obra de Azuela y nos permite clasificarlos es su personalidad, su carácter y sus actos, los que tienden a ser muy blancos o muy negros, muy simpáticos o muy antipáticos. Este maniqueísmo, que es el de la mayoría de los protagonistas de Azuela, coloca su obra en una perspectiva literaria romántica al lado de la fuerte impronta del realismo francés y divide la sociedad en opresores y oprimidos, en verdugos y en víctimas. Los clérigos no escapan a esta regla; el padre Romero en *La luciérnaga*, por su maldad y su codicia, destruye a una familia honrada, que, a pesar de la lucha valerosa de cada uno de sus miembros se deshace en la miseria.[14] Del mismo modo en *Los caciques*, el cura

---

[14] La familia en cuestión es la de Dionisio Bermejillo, hermano de José María el beato pueblerino presionado por el cura Romero para legar su dinero a la Iglesia en vez de reconocer a su hermano como heredero legítimo. En la Ciudad de México, Dionisio se da a la bebida acosado por las deudas luego que ha pedido ayuda

Jeremías del Llano es el responsable principal de la ruina de toda una familia honrada, honesta, trabajadora y esforzada cuyo único error es su confianza en la familia del Llano.

Al lado de estas dos figuras, el cura Cabezudo, aunque pertenece a un grupo político visto generalmente en forma negativa en la obra, el de los conservadores, es una figura digna de respeto y de piedad, si no de admiración, y es una víctima de la maldad y de la imbecilidad humanas.

Entre los malos, una figura de bastante relieve en *Los fracasados*, es la del padre Gutiérrez. "Flacuchón, escrofuloso y estrábico" (I, 21), tiene, además, la mayoría de las características del mal sacerdote, tal como lo hemos visto definirse. Como el padre del Llano y el padre Romero, es anti-liberal por oportunismo. Como ellos, también es ambicioso y codicioso. En el "asunto Godínez" tiene un papel importante, aunque mal definido:

> El viejo millonario Godínez legó a los pobres de la ciudad toda su fortuna, poco antes de la independencia de México. De tiempo inmemorial los más listos del pueblo se repartieron el dinero dizque a título de préstamo; con la serie ininterrumpida de revoluciones, después de la guerra de Independencia, el Gobierno dejó de tomar cartas en el asunto, y llegó tiempo en que nadie sabía en manos de quienes se encontraban los dineros, con excepción de sus propios poseedores. Se los disputaron los gobiernos civil y eclesiástico. Los ricachones aprovechados, cada vez que a las autoridades se les despertaba la codicia, sabían darles una buena tajada de la torta y con ella taparles la boca, sosteniendo con pasmosa habilidad y en estado indefinible aquella situación que les permitía no sólo retener los capitales, sino los mismos intereses. (I, 75-76)

Como el padre del Llano, el padre Gutiérrez es libertino. Aún si Azuela insiste menos sobre este aspecto, se nos habla en su caso de "un flirt de sacristía" (I, 24). Además, y en esto se distingue de los otros dos, sabemos que es muy curioso y amante del chisme: "Al padre Gutiérrez, el bizco escrofuloso, le retozaba la más concupiscente curiosidad por mayores

---

[14](cont'd) económica a su hermano y aquél ha guardado silencio. La hija mayor de Dionisio -una chica de apenas dieciocho años- se prostituye para ganar algún dinero que contribuya al sostenimiento de la familia.

detalles." (I, 24)

Otro de los defectos del padre Gutiérrez es la cobardía demostrada cuando las autoridades civiles toman medidas para castigar a los instigadores de la procesión. Pancho González, quien iba al frente de la procesión, anuncia que le van a enviar a la cárcel. Si todos se espantan, el que más lo demuestra es el padre Gutiérrez:

> -¿Qué ocurre?
>
> -No, nada, cualquier cosa, que me van a meter a la cárcel.
>
> El regocijo se trocó al instante en terror. El padre Gutiérrez se meneaba como atacado por el mal de San Vito. (I, 95)

Será el primero que proponga la huída: "Pues señores, por ahora lo más prudente es que todos nos vayamos a casita (I, 95).

Menos delineado, pero no menos interesante, resulta Fray Cleto de Jesús, quien aparece como personaje secundario en *Sin amor*. La importancia de este cura en el relato reside en su condición de guía espiritual del grupo terrateniente de los Torralba y otros, situación en la cual él se siente muy confortable, disfrutando de una vida fácil, sin contratiempos. Es el "director espiritual de moda de la aristocracia local" (I, 310). Su actitud no difiere mucho de la del padre Romero; el "dulce" Fray Cleto de Jesús se entromete en la vida familiar de los Torralba para descartar al médico don Sebastián de la cabecera del enfermo Ramón Torralba, alegando que tanto el paciente como los peones de la hacienda donde debe ir a reposar Ramón necesitan ejercicios espirituales. Se trata de un verdadero duelo entre el médico y el cura, en el que la codicia de los adversarios se disimula detrás de dos ideales: ciencia contra religión:

> La conferencia entre el físico de las píldoras y el teólogo de las novelas degenera, impensadamente, en agria discusión. Repulgos profesionales por la codicia de la presa. Fray Cleto de Jesús quiere una tanda de ejercicios espirituales para celebrar el fausto acontecimiento, patrocinado por Ramón Torralba, cuya salud recobrada se debe al auxilio de la Divina Providencia. El doctor don Sebastián objeta: no son ejercicios espirituales sino corporales y a gran aire, sol y hermoso cielo, lo que

su ilustre paciente necesita para acabar de recobrarse. Fray Cleto de Jesús, patética tirada, demuestra que el indiferentismo religioso, esa gangrena que viene inficionando hasta los últimos baluartes de la religión, es la causa de la decadencia moral de la juventud. (I, 310-311)

De paso se puede notar que el médico tampoco se salva de la ironía de Azuela. Pero, aún si al enfermo no le gusta la idea de las misiones en la hacienda, vence el hipócrita Fray Cleto, quien "sonríe y baja humildemente los ojos" (I, 312). Y aunque don Ramón objeta que estas misiones le salen caras -"Doscientos pesos, poquito más, poquito menos me costaron las que el año pasado Su Reverencia les dio a mis sirvientes" (I, 312), su madre se deja convencer por el clérigo.

El mismo patrón de situación de *La luciérnaga* y el mismo tipo de maniobras del padre Romero, del padre del Llano y de Fray Cleto se encuentran luego en el padre De Anda, en *La maldición*.

El padre De Anda es un contertulio asiduo de los jueves de don Carlos, junto con el doctor Ruiz y el boticario don Eusebio. En casa de don Carlos, el padre De Anda realiza una labor paciente y sutil para alimentar el encono del viejo don Carlos en contra de sus sobrinos y de su cuñada, hasta que el viejo les deshereda en beneficio de la Iglesia. Cuando doña Emilia, la desheredada cuñada, una mujer humilde y crédula, aconsejada por otros, intenta poner una demanda en contra de la Iglesia, porque "la Iglesia conforme a la Ley no puede heredar" (II, 545), el padre De Anda interfiere brutalmente:

Tengo noticias de que usted ha presentado una demanda en el juzgado.

-Sí, padre, es verdad; no es justo que ese dinero se quede en manos ajenas y dejar a una pobre viuda en la miseria.

-Le advierto que la última voluntad de señor don Carlos fue donar a la Iglesia del Carmen sus bienes y que, en consecuencia, cuanto haga usted no es sólo, sino contra usted misma. (II, 547)

Puesto que en efecto, "la Iglesia no puede heredar", el cura, de acuerdo con el doctor Ruiz y con don Eusebio, ha usado su astucia para heredar al viejo Carlos, arreglándolo todo para aparecer -junto con sus acólitos como acreedor del difunto; todo lo donado a la Iglesia es declarado como "cancelado por deudas":

> -El activo no cubrió ni la mitad de sus deudas...
>
> Mi tío no le debía un centavo a nadie.
>
> -Sus acreedores son personas honorables: el padre De Anda, el doctor Ruíz, don Eusebio. (II, 598)

El cura De Anda además de intrigante, codicioso y astuto, es, como el padre Gutiérrez de *Los fracasados*, entrometido y chismoso:

> tiene la virtud en las narices, unas narices tan largas que no hay hogar, oficina, paseo, sitio público o secreto adonde no puedan meterse. Es el informador número uno de la sociedad con sus noticias siempre frescas y sabrosas. (II, 526)

Al compilar estos textos, nos damos cuenta de que la crítica de Azuela apunta siempre en la misma dirección.

Una figura más ambigua que las demás, pero que también resulta deshonesta es la del cura Martínez López, en *San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena*. La acción de la novela se sitúa -como lo hemos visto en el capítulo anterior- en plenas guerras revolucionarias entre 1916 y 1926.

En el año 1926, la intolerancia religiosa se veía reforzada por los agraristas "callistas". El cura Martínez López, a diferencia de los otros clérigos ya estudiados, se compromete personalmente en la lucha político-religiosa, hasta el punto que viene a ser un líder cristero. Si Azuela ve con ojos escépticos y desengañados todas las luchas armadas, sea cual sea la ideología del combatiente, sabe también rendir homenaje al heroísmo que supone un compromiso personal y voluntario en estas guerras. El cura Martínez López es un anciano "en canas" (I, 818), enrolado a la bandera de Cristo Rey. Pero, siguiendo el hilo de la narración, se descubre que este anciano venerable y valeroso no lucha sino por ambiciones personales, y que, tanto

como los padres Romero, del Llano, Gutiérrez y De Anda, es capaz de sacrificar a sus intereses cualquer amigo que estorbe sus planes. Este cura es el líder lugareño del grupo de cristeros del pueblo donde vive, San Gabriel de Valdivias. Es perseguido por los partidarios del gobierno de Calles. En una oportunidad, en que el cura se les escapa a sus perseguidores agraristas, el viejo Dámaso -padre de Ciriaco- le da refugio y luego le ayuda a huir. Desde ese momento ambos hombres se convirtieron en grandes amigos. Sin embargo, Ciriaco no piensa de la misma forma que su padre; el joven es anti-cristero:

> Sin más, al primer sorbo de chocolate, el cura les propone enrolarlos a la bandera de Cristo Rey. Ciriaco frunce las cejas, ostensiblemente molesto.
>
> -Con tu difunto padre, que de Dios ha de estar gozando, hablé mucho de este negocio.
>
> -Es que nosotros -acude en su ayuda el maestro rural- andamos en otras danzas...(I, 839)

Una vez que la lucha armada se ha trasladado a los cerros de la región, el retrato del cura se perfila más claramente. El financiamiento para su lucha cristera lo obtiene de los terratenientes, y la ayuda en hombres quiere conseguirla entre los grupos de agricultores que litigan con los "agraristas" del gobierno. Resulta una mezcla de individuos peleando por motivos absolutamente dispares:

> -De modo es que aquí el que suelta los centavos es don Arturo Valdivia- dijo don Marto en voz baja al cura y con aire candoroso.
>
> -No precisamente -respondió desconcertado-; digo, aquí todos nos ayudamos como buenos cristianos que somos,[...].
>
> Y para no meterse en un berenjenal sin salida, en vez de explicaciones optó, como táctico avisado, por hacer el reparto de armas y parque en seguida.
>
> [...]
>
> La habilidad del cura levantó un movimiento de desagrado entre los suyos; pero don Marto adelantó luego su explicación:

-Lo que yo quiero decir muy claro es que aquí unos vienen a pelear por una cosa y otros peleamos por otra... (I, 850)

Pero muy pronto entendemos qué intereses mueven al cura Martínez López a formar estos grupos tan dispares:

-Hijos míos, para el éxito mejor de nuestra santa causa- hablaba el cura a un numeroso grupo que le hacía ruedo- debemos ponernos de acuerdo para reconocer un solo jefe, porque si vamos a estar al tira y afloja...

[...]

La habilidad del cura levantó vimiento de desagrado entre los suyos...(I, 850)

Lo que le importa al cura es engrosar las filas de sus cristeros, reclutando hombres en el grupo de Ciriaco. Cuando el simpático e inofensivo maestro de escuela, don Ramón -amigo de Ciriaco se muestra demasiado suspicaz, el cura se preocupa: "este diablo de maistrito es peligroso, pensó el cura Martínez" López (I, 841), y manda que lo embriaguen: "una borrachera inocente. Ellos querían sacarle secretos al maistro, pero el maistro ninguno llevaba" (I, 851), para enterarse de los planes de Ciriaco.

Al final de la novela, mientras el maestro muere en un combate, el cura se refugia en una covacha. Frente al heroísmo desinteresado y sincero de las dos figuras agraristas del grupo - Ciriaco y el maestro don Ramón- el cura aparece como un ser fríamente calculador.

La novela *Domitilo quiere ser diputado* está centrada en un funcionario público, don Serapio, Tesorero Municipal del pueblo de El Perón. Don Serapio encarna al oportunista astuto que ha llegado a una posición de alto vuelo:

[...] si don Serapio ha sido hoy el de nuestras confianzas es porque a él debemos todos, hasta ustedes mismos los señores eclesiásticos, nuestra tranquilidad y bienestar. Su paternidad no podrá negarnos que si hemos logrado escapar de nuestros redentores, desde el señor Madero hasta ese señor Primer Jefe, sólo ha sido en gracia a las habilidades y mañas de nuestro don Serapio. Por él supimos matar a tiempo el círculo reeleccionista "Héroe del 2 de Abril", y cuando triunfó Madero ya nosotros teníamos

instalado el club "Aquiles Serdán". A iniciativa de don Serapio se organizó a su debido tiempo la junta restauradora del orden "Paz y Justicia"; un año después la liga de defensa social "Hijos del Perón"; cuando entraron los de Villa, don Serapio solo hizo Ayuntamiento, y antes de que ésos abandonaran la Plaza, ya nos había juntado para constituir el partido liberal "Jesús Carranza". ¿Podríamos en justicia, señor cura, sospechar de quien tantos bienes nos hacía, de un hombre tan hábil y de tantas mañas? (II, 927-928)

A pesar del oportunismo del viejo funcionario, irónicamente expresado en la cita anterior, la autoridad moral que el pueblo le otorga a don Serapio hace sombra a la del cura, quien a pesar de permanecer como una figura deslucida, desempeña un papel importante en los comienzos del relato, ya que se alza como el rival del viejo en la competencia del poder:

> En resumen, el señor cura está celoso porque al tesorero municipal, don Serapio, se le ha permitido establecer un Colegio Pío X, que no deja un solo niño decente en la escuela parroquial, como es de presumirse; y sobre todo, porque don Serapio y no él, el señor cura, sea de la banca del Perón. (II, 927)

La novela se abre con la exposición de esta rivalidad. El gobernador provisional del pueblo, el general Cebollino, y don Serapio quieren -para favorecer intereses personales- imponer a los habitantes del Perón, y entre ellos al cura, un "impuesto de guerra" (II, 926). El cura trata de explotar esta situación para recuperar algo de su perdida influencia y de su poder. Así es como en esta novela tenemos el conflicto Estado/Iglesia, planteado, como casi siempre, en un nivel personal. Pero aquí esta rivalidad no se esconde detrás de un conflicto ideológico, como es el caso de *San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena*. También es una situación diferente de la de *Los caciques*, donde en la sociedad porfirista, el padre Jeremías del Llano puede enriquecerse ilegítimamente. El caso del cura en *Domitilo*, puede compararse con el del padre Romero en *La luciérnaga*. Recordemos que *La luciérnaga* se sitúa en los tiempos del presidente Cárdenas. Por lo tanto estos dos curas, el padre Romero y el cura de *Domitilo*, han vivido las guerras revolucionarias con la perspectiva de enriquecerse personalmente. Pero,

mientras en el caso del cura Romero se trata de un eclesiástico avaro y muy astuto, el cura de *Domitilo* es mediocre y su ambición apunta hacia el poder y hacia el dinero. No se atreve a oponerse abiertamente al poder estatal y trata de explotar el descontento de los pueblerinos para volverlos en contra de la autoridad civil. Por otra parte, una nota anónima permite revelar parte de la vida privada del cura:

> "Si el cura insiste en meterse en asuntos que no debe tocar, mañana mismo la Sociedad del Perón sabrá el verdadero nombre y parentesco efectivo de la sobrina que le hace compañía". (II, 932)

Al pecado de la ambición se añade, alusivamente, el de libertinaje, otro defecto frecuente de los clérigos de Azuela.

Otra figura pálida, pero decididamente negativa, es la del joven padre Policarpo María Rincón, en *Los fracasados*, ranchero burdo cuya vocación se debe más a su pereza y a cierto oportunismo que a una fe y vocación sinceras:

> Nativo del rancho El Cuervo, no tuvo hasta entonces más horizontes que los ilimitados de la hacienda y luego los estrechos y sombríos del seminario y de los templos. Del mundo de las vacas y del calzón blanco, pasó, por obra de su amo, don Agapito, al mundo de los mantos y las becas. En premio de su virtud. Desde pequeño reveló su odio enconado al trabajo; su ideal fue el monaguillo. En un decir Jesús se aprendió el ritual de la capilla de la hacienda. Y los chicos de su edad veían con admiración y casi respeto al que tan bien sabía trepar en lo más alto del altar para encender las velas; que hablaba en otra lengua, que meneaba con tanta gallardía el incensario y que, por fin, platicaba con "el padrecito". Todos convinieron, don Agapito *in capite*, en que a Policarpo María le estiraba más la tonsura y los calcetines, que el sombrero de palma y los huaraches. Fue don Agapito el que encontró recomendaciones para que su favorecido obtuviera una beca de gracia en el Seminario Conciliar de Guadalajara. (I, 21-22)

Este joven, acaso por ser ya tonsurado, no se beneficia de la benevolencia con la cual Azuela representaba los jovenes seminaristas de sus cuentos, de quienes hemos hablado en el primer capítulo. Si se mostraban burdos y si eran también un pretexto para que el lector se diviertiera a expensas suyas, eran simpáticos, se comportaban con naturalidad y no llevaban la responsabilidad de su ridiculez. Aquí es diferente. El joven cura Rincón, a quien encontramos por primera vez cuando la familia de don Agapito Amezcua ofrece un banquete en honor de su canta-misa, no manifiesta otros signos que el embobamiento, la zozobra y la imbecilidad:

> El padre Rincón se mantenía embobado, no tanto por las gracias espirituales que todo el mundo le envidiaba y que de memoria se sabía desde antes de entrar al Seminario, cuanto por derroche de lujo de la casa. Por más que la presencia de otros sacerdotes amortiguara su zozobra, no podía menos de imaginarse que aquélla era la vida de refinamiento y molicie, que tanto se condena en la cátedra, en el confesonario y en los Santos Libros. (I, 21)

> Como nada le ocurría en respuesta al interminable florigeo de su felicidad, lanzaba suspiros entrecortados e inclinaba la cabeza sonriendo con beata imbecilidad; gesto calcado al señor rector del Seminario.(I, 22)

Su vanidad mundana va a la par con sus pretensiones intelectuales. Es el presidente de la tan beata como pedante "Société de Jeunes, María Estrella de los Mares":

> "La *Société de Jeunes* que se ampara con el nombre de su Sacratísima Madre, tiene el honor de invitar a usted y a su muy apreciable familia a una velada liricofilosófica-literaria, que tendrá verificativo el doce de los corrientes, a las nueve de la noche en la casa cural, y en honor de su muy amado Presidente Honorario, el Sr. Pbro. D. Policarpo María Rincón." (I, 19-20)

Esta figura de poco relieve, cuyo papel en la novela es accesorio, reaparece, sin embargo, al final de la novela, en el momento de crisis de la procesión religiosa, un acto de desacato y desafío a las autoridades gubernamentales. En la actitud del padre Rincón quedan de manifiesto algunos aspectos de su personalidad. Primero un antiliberalismo de corto alcance

que más que una convicción política, parece ser un odio personal dirigido a unas cuantas figuras del pueblo:

> Para no ser arrollados por la enorme masa de peregrinos, el licenciado, su secretario y muchos curiosos tuvieron que retroceder. El padre Rincón y sus acompañantes rebosaron de alegría: su encuentro con dos de los liberales del pueblo era un triunfo que no habían soñado. El padre Rincón pudo reírse en las propias barbas del redactor de *El defensor del pueblo,* que era la voz pública del literalismo alameño. (I, 91)

Quedan de manifiesto también su pedantería y su incapacidad oratoria, lo que coincide con la primera parte de su retrato:

> El padre Rincón ocupó la cátedra sagrada para dar gracias al Altísimo por el triunfo solemne que había dado a la religión y al pueblo de Alamos que desde tiempo inmemorial se encontraba en las garras de los prosélitos de Satanás. Dijo algunas otras cosas que nadie entendió, ni probablemente él mismo. Sus disposiciones para la oratoria eran fatales y sólo en fuerzas de las circunstancias se había atrevido a ocupar aquel lugar. (I, 93)

Naturalmente, esta imbecilidad y esta maldad triunfan:

> -De hoy en más, padre Rincón, su nombre no sólo pertenece a este pueblo que lo vió nacer, sino a todo el orbe cristiano que lo grabará con letras de oro en los anales de nuestra santa religión. (I, 93)

Entre todos estos clérigos, el más desinteresado y menos antipático es, como lo hemos visto, el cura Cabezudo. Sin embargo su intolerancia y su fanatismo lo conducen a cometer graves errores humanos.

Al lado del padre Cabezudo aparece otra figura claramente positiva, aún si, como clérigo, tiene sus defectos: es el padre Martínez, en *Los fracasados.* De él se podría decir que es un complemento del cura Cabezudo. Mal clérigo, se salva por su humanismo, y es evidente que, entre todos los eclesiásticos de quienes hemos hablado hasta ahora, él es el que goza de la plena

simpatía del narrador:

> El Padre Martínez, un corpulento sujeto ya peinando los cincuenta, no mal parecido, de maneras un tanto descuidadas, incorregiblemente bromista, franco y cachazudo, pero con un fondo de bondad inagotable, se había hecho querer del vecindario tanto, que en alguna ocasión en que el curato se quedó acéfalo, en ocurso firmado por centenares de gentes se le pidió como pastor. (I, 43-44)

Su total falta de ambición personal contrasta fuertemente con la ambición ciega que caracterizaba a todos los demás clérigos, con la excepción del cura Cabezudo

> cuyas actividades no eran precisamente las que más se necesitaban para llegar a cura. Sus pláticas en el púlpito ahuyentarían a la misma lámpara del Divinísimo; en el confesonario se quedaba dormido en el pasaje más interesante de alguna confesión general; se despachaba la misa en diez minutos: todo con la alarma consiguiente del mundo de crucero y sacristía. Lógicamente su carrera se había detenido en el puesto de sacristán mayor de la parroquia. (I, 44)

Bueno, generoso, tolerante, humilde, pero también inteligente, buen psicólogo y conocedor del ser humano, socarrón, de natural alegre y abierto, bastante culto con modestia, ha cometido sin embargo, en su pasado, un pecado grave, el de la lujuria. En el caso de los padres del Llano y Romero se trataba de un vicio; en cambio, en el simpático padre Martínez es un error de juventud, una aventura amorosa con una cómica:

> El caso dió cebo a la maledicencia hasta el punto de que la Sagrada Mitra inició un formal proceso; pero entonces llegó de improviso de la hacienda el tenedor de libros con un chisme que le dio el giro más inesperado al asunto. Que don Agapito se había raptado a la Chole una noche después de la salida del teatro y se la había llevado a la hacienda, donde la tuvo escondida hasta que ella se aburrió y se le escapó, dejándolo con un palmo de narices. (I, 44)

Don Agapito Amezcua, rico hacendado cuya familia está al centro de la acción de la novela, se portó generosamente:

Don Agapito en persona vino de su hacienda y se presentó con el señor cura: "Yo soy el autor de este lío, que lo sepa todo el mundo: el padre Martínez es inocente!"

El cura lloró de alegría y llenó de bendiciones a su bravo feligrés. (I, 44)

Pero luego de estos amores nació una niña, Consuelo, y mientras don Agapito cree ser el padre, el cura Martínez está convencido que en realidad Consuelo es hija suya:

El sacerdote sostenía una lucha formidable. Mantener en su error a un hombre que con tanta nobleza se había conducido, era indigno; [...]. (I, 46)

El padre meditó mucho tiempo, indeciso. Si lo confesaba todo, empujado por su sinceridad y honradez, sólo conseguiría quitarle a su hija un porvenir apetecible. ¿Y si él se presentaba a reclamarla, suponiendo lo indemostrable, que pudiera probar su paternidad, qué otra cosa conseguiría sino provocar un escándalo social, infamar su nombre e infamar el de su hija? (I, 46-7)

Don Agapito, con la ayuda del padre Martínez, logra que su hija bastarda sea aceptada en su propio hogar, pero la madre y las dos hijas legítimas la odian y la maltratan. El padre Martínez, padrino de Consuelo, actúa como conciliador y protector de la joven, pero, siendo ya adolescente Consuelo, llega un momento en que sus convivencias parecen sospechosas a las tres mujeres mal pensadas, y creen que existen amores ilícitos entre el cura Martínez y Consuelo.

Así es como este hombre bondadoso, sensible e inteligente, vive situaciones intensas y delicadas que le crean problemas morales:

¿El, seductor de Consuelo? Recorrió los suburbios más apartados y todavía tuvo que seguir más lejos. De haberse detenido se desploma muerto. Su sangre necesitaba circular con rapidez de vértigo; su cerebro y su corazón necesitaban arrojarla muy lejos, a su piel ardiente, a sus músculos convulsos, a sus huesos quebrantados por el cansancio. En aquella carrera loca hervían sus pensamientos; su presente le parecía de una injusticia monstruosa. Si es cierto que toda falta ha de purificarse por el dolor, la que él había cometido -momentos fugitivos de placer que a nadie hicieron daño- bastante la tenía purgada con una vida de continua zozobra y de desazones mil, sólo

por el cuidado de su hija, la calumnia infame era castigo infinitamente superior a la falta y superior a toda capacidad de resistencia. (I, 85)

A pesar de esta aventura de su lejana juventud, en la actualidad el padre Martínez es un hombre honrado cuya conducta contrasta también con la de todos los demás clérigos por su moderación y su tolerancia política, cualidades que le colocan al lado de los liberales, frente a una sociedad ciegamente conservadora. Lo mismo que el licenciado Reséndez y el cura Cabezudo, el cura Martínez debe huir del pueblo, llevando consigo a su "ahijada", escapando de la maldad y de la imbecilidad del medio.

De este modo resulta que, mientras todos los clérigos perversos que hemos analizado se salían con la suya al final de los relatos, el sacerdote simpático, en cambio, resulta víctima de la sociedad más perversa que él.

En la misma categoría del padre Martínez, o muy cerca, se ubican las dos figuras que vamos a estudiar a continuación.

El padre Pro Juárez, en *El camarada Pantoja*, es un héroe cristero, fusilado en público por los partidarios del gobierno de Calles, tal como otro cura anónimo, que también es detenido porque sospechan que es cristero. Estos dos curas aparecen en la novela cumpliendo el rol de héroes y mártires cristianos cuya muerte a manos de los "callistas" sirve para demostrar la crueldad y la injusticia de las leyes anticatólicas del régimen de Calles. Así, en oposición a la actitud crítica de Azuela hacia el clero que hemos visto en las obras anteriores, en *El camarada Pantoja*, estas dos figuras -aunque un tanto desdibujadas- son simpáticas. Con ellos Azuela quiere dar otra visión u otro ángulo de la clerigalla. El padre Pro Juárez hasta resulta admirable cuando muere heroicamente con la dignidad de un mártir cristiano:

[...] llegaron con otro de los acusados.

-¡El padre Pro Juárez...!

También se estremeció. Pidió con humildad unos segundos de vida. Se puso de hinojos oprimiendo entre sus dedos un pequeño crucifijo. Y Catarino exclamó con asco:

¡Qué hipócrita y qué cobarde!

[...]

Sin dejar de rezar, el sacerdote se había ya puesto de pie, levantó los ojos y abrió los brazos. (I, 686)

Y después de la muerte del padre, el relato pone énfasis en la barbarie de los gobiernistas y su actitud de revanchismo para con los clérigos. Al final del mismo día del fusilamiento del cura, Catarino Pantoja, el protagonista central, asiste a una fiesta en la cual los concurrentes se burlan de los acontecimientos del día:

Por la noche acompañó al General a una boda de correligionarios, apadrinada por el candidato oficial. Todo estuvo muy divertido. Se cantaron unas coplas alusivas a los fusilados de ese día: el gesto gazmón del cura, la cómica serenidad del ingeniero y la asquerosa cobardía del mocito. (I, 686)

Una segunda figura clerical en esta misma novela, es un cura anónimo que viaja en tren desde Ciudad de México a Querétaro. Su delito no consiste en ser enemigo del Régimen vigente, sino en ser cura, con lo que Azuela nos da a entender que se trata de una verdadera persecución religiosa:

La conversación a media voz se animó entre el hombre andrajoso que parecía cura y el otro de bombín claro al que aquél llamaba ingeniero.

El gordo le llamó la atención a su compañero sobre el contraste entre el aspecto descuidado, la mala ropa y hasta lo sucio del uno y su manera de hablar fácil, correcta y con cierto énfasis de orador sagrado.

-Sí, es padre.

Y se relamieron pensando en el rico bocado que le enviarían al General Roberto Cruz a la Inspección General de Policía en la capital.(I, 691)

En este rico bocado está incluido el ingeniero, sospechoso de ser reaccionario:

El cura y el ingeniero, legítimos bagres de agua dulce, como diría uno de los polizontes que los estaban oyendo, se pusieron a comentar el fusilamiento del padre Pro Juárez.

Uno atribuía el crimen al Presidente, el otro al candidato. El cura dijo:

-Es de los dos. Pero uno es más zorro y sabe callarse, mientras que el otro lo destapa y se destapa.(I, 692)

Este cura, cuyo nombre ignoramos, también está representado como mártir de las fuerzas de gobierno, y esta calidad de mártir, más que una actitud de valor o una acción relevante del propio cura, la subraya la actitud bárbara e inhumana que se atribuye a los representantes del gobierno:

Los polizontes, teniendo ya su presa en el hocico, no se cuidaron de enseñar sus dientes de chacales.

-¡Puro Payotitlán! -dijo el flaco-. Tan bien tragó el anzuelo el maldito reaccionario que hasta me ofreció su casa.(I, 694)

En contraste con esta conducta de indiscreto alarde del policía pueblerino luego de haber entregado el ingeniero a la Inspección de Policía por reaccionario, el cura es pintado como el polo opuesto, como un modelo de humildad, discreción y resignación de vencido:

Entonces el cura lo comprendió; sacó devotamente su rosario y rezó sin descansar hasta que llegaron a Querétaro. No aceptó el ofrecimiento de que le ayudaran a bajar.

-Yo mismo me entregaré a la policía- les dijo dejándolos asombrados.

Bajó al andén, se encaminó hacia los soldados de la escolta y esperó con la cabeza humillada a que vinieran los policías y lo entregaran. (I, 694)

Dejaremos de lado las otras numerosas menciones de clérigos que encontramos en las obras de Azuela, porque no desempeñan ningún papel en las novelas donde aparecen, excepto el de bendecir la unión de una pareja o la construcción de una presa o una obra pública y no ocupan más espacio que unas dos o tres líneas, lo que no impide a veces una calificación despreciativa.

En conclusión, todos estos clérigos sirven para denunciar lo que constituye, a los ojos de Azuela, los vicios mayores de la Iglesia Católica, su fanatismo e intolerancia, su codicia su

enriquecimiento a expensas de los bienes públicos y privados, su lujo excesivo, su ambición social, su alianza con los ricos y los privilegiados, su menosprecio por los pobres, su falta de caridad, de sinceridad, su hipocresía, sus mandamientos contra la naturaleza humana, tales como el voto de castidad que pocos hombres son capaces de observar. En fin, la lista es larga y el tono de Azuela violento.

La ausencia de curas totalmente buenos, nos prueba que Azuela no está interesado en hacer retratos psicológicos, sino en utilizar a los sacerdotes como representantes de todos los males de que adolece la Iglesia Católica.

Es evidente que Azuela no ataca a la religión, sino el uso que sus representantes hacen de ella. La Iglesia Católica, tal como aparece en su obra, en lugar de ejercer solamente una influencia espiritual en sus seguidores, controla la educación, el pensamiento de los individuos y además quiere un papel hegemónico en los asuntos económicos. La riqueza que la Iglesia y el clero han logrado acumular desde su establecimiento en México es uno de los aspectos más criticados por Azuela.

Si quisiéramos globalizar el pensamiento del autor en relación a la Religión y a la Iglesia, tendríamos que decir que Azuela deja en evidencia el control eclesiástico sobre todo los aspectos de la vida de los mexicanos, en un afán tenaz por ubicarse en un nivel paralelo al Estado, con el que entra en conflicto a partir de 1857, con la promulgación de las leyes de la Reforma.

Como en un rompecabezas, Mariano Azuela dejó en sus obras las piezas que constituyen una pintura completa del quehacer de la Iglesia y de sus representantes, haciendo de este quehacer una severa y constante crítica basada en la realidad histórica y social que él conoció muy bien, sobre todo en el ámbito rural, por haber sido parte de ese mundo, en ese contexto social de un México que buscaba sacudir sus lacras.

IV. Beatos y beatería en la obra de Azuela

Del mismo modo como Azuela perfiló cierto retrato del clero y su rol social a través de sus obras, asimismo desperdigó en ellas diferentes prototipos de beatos y beatas que ahora intentaremos rescatar para reconstruir una pintura representativa de ellos. Al lado de los beatos encontraremos también varias alusiones, esparcidas en la obra, a la vida religiosa de los mexicanos de la época.

Como ya lo hemos visto en el Capítulo I cuando describíamos el tema del breve relato *Avichuelos Negros,* Azuela no perdona la hipocresía, sino que la denuncia con un ardor feroz. Recordemos cómo entre los miembros del clero el único a quien se podía respetar era el sincero y genuino padre Cabezudo.

Curiosamente los dos tipos de beatos más individualizados son dos varones, mientras que las beatas resultan menos tipificadas.

En *Los fracasados,* don Hermógenes de la Torre es un viejo sucio que habita un tugurio aún más repugnante que va a la par con su persona:

> El vejete se levantó de un banco de tres patas y pasó a un cuartucho contiguo. Algo como trastienda de montepío: estampas de santos, libros desencuadernados, pergaminos llenos de polvo, restos de una vajilla de porcelana remendada con lacre rojo; cazuelas de barro, cepillos sin cerdas, botellas con etiquetas de botica, sucias de las pócimas ya evaporadas. Con la pocilga armonizaba el viejo don Hermógenes; himno viviente de la inmundicia: un saquitrón de indefinible color con grandes lamparones de aceite; un sombrero que solo se quitaba delante de los sacerdotes y para dormir. Y de aquella danza de la mugre salía un tufillo que pronto despachaba a la calle al más osado. (I, 62)

El hipócrita don Hermógenes tiene una fingida modestia revelada en sus palabras: "y dispense este tiradero... ¡Un hombre solo, enfermo y con los achaques de los años!" (I, 60); y: "no soy más que un pobre siervo del Señor: ojalá y en esta vez pueda servir de algo para su mayor gloria" (I, 62). Falsa humildad y falsa piedad, que sirven de pretexto para cubrir ambiciones sociales. En realidad, don Hermógenes, si respeta a los poderosos, es intolerante para con los humildes, faltando así a la más elemental caridad cristiana. Cuando los conservadores católicos hacen una procesíon a iniciativa del cura párroco que resulta en una abierta provocación a las leyes vigentes, además de constituir un acto de desacato a las autoridades locales, don Hermógenes reprueba al individuo que encabezó la procesión:

> -En mi concepto, señores, la falta principal estuvo en la designación de la persona que acaudilló la procesión. Nunca debió haberse puesto al frente de ella a un individuo tan poco caracterizado, mejor dicho de tan nulo prestigio. Líbreme Dios de un juicio temerario; pero todo el mundo asegura que ese señor Francisco González vende carne de perro, por carnero. (I, 96)

Como la mayoría de los píos hipócritas de Azuela, es chismoso y mal hablado:

> no conozco a ese señor; pero que si eso de los perros trastocados por carneros no es verdad, hay otro rumor más grave aún: que abusa del alcohol y de los narcóticos. (I, 96-97)

El mismo viejo reconoce que no está familiarizado con la vida del individuo a quien está cuestionando y que repite lo que se dice de González. Parece ser la norma de los beatos de la novela, hacer comentarios sin cerciorarse primero cuánto de verdad hay en los rumores:

> -Convengo también -prosiguió invulnerable don Hermógenes- en que el señor no sea ebrio ni toxicómano: pero lo que ninguno de ustedes me va a negar es que dos veces ha estado en el manicomio. Y eso de poner al frente de un acto tan grandioso como el que acabamos de realizar a un enajenado, o poco menos, es no comprender lo grandioso del movimiento cristiano que hoy se inicia. (I, 97)

Su reputación de hombre culto le vale cierta influencia sobre la burguesía local la que utiliza para saciar su odio en contra de los liberales:

Usted es persona muy religiosa y de mucho saber...

-Favores que no merezco, Recaredita. Debo esta reputación al señor Agente del Ministerio Público y al señor Juez de Letras. ¡El Señor les pague sus buenas intenciones! Yo solo, con mis pobres preces, pido a su Divina Majestad que les abra los ojos del entendimiento y les dé licencia de retirarse de esta vida que llevan y que yo lamento tanto. Porque mis buenos amigos viven, por decirlo asi, en las propias redes del demonio. Yo bien sé que como buenos católicos han rendido en el curato su contraprotesta; pero, ¿de qué les sirve si luego van a transigir con los liberales, con los ateos, con los impíos, con toda esa turba de abortos del infierno que tantas lágrimas hacen derramar a nuestra Madre Iglesia? Solo la Divina Providencia en sus inescrutables designios sabe por qué se prolonga tanto el reinado de Satanás. ¡Ah, Recaredita, es para su mayor gloria, para que en el fuego terrenal se purifiquen las buenas almas y para permitir la condenación eterna de los réprobos en el infierno! (I, 60-61)

Su libro de cabecera es *El liberalismo es pecado*,[15] lectura que recomienda a cuantos quieran escucharle:

-Aquí tiene usted, señora, el código del verdadero cristiano, el gran pequeño libro que no debería faltar jamás en un hogar. Lea usted al más eminente escritor moderno, al sabio entre los sabios, proclamado por los obispos, recomendado por los sacerdotes, admirado por el mismo Santo Sínodo. Lea usted, lea usted... (I, 62)

Como beato, don Hermógenes no es solamente anti-liberal, sino que es ferviente opositor de cualquier libertad de pensamiento. Así, condena violentamente la escuela laica; se horroriza con alharaca cuando doña Recareda le cuenta que su hijastra Consuelo ha sido

---

[15] Este título, que parece intencionalmente ridículo, es, sin embargo, el título más popular del sacerdote catalán Félix Sardá y Salvany (1844-1916), que se publicó por primera vez en 1880 y posteriormente tuvo numerosas ediciones, y fue traducida a varios idiomas.

educada en una escuela del gobierno:

> -¡Basta, señora! La escuela laica, la escuela sin Dios, en el seno del hogar cristiano. ¡El liberalismo, ese ícnón de la masonería, infiltrando su ponzoña en una de las familias más honestas y piadosas! (I, 61)

Del mismo modo su intolerancia se ejerce contra el clérigo de ideas avanzadas:

> Don Hermógenes, saco de triduos, novenas, trecenas, leyendas y tradiciones populares y erudición de calendarios, cultivaba el género narrativo. En nutrido folleto Había acumulado una enormidad de diatribas, injurias, anécdotas hirientes, de la vida del Cura Hidalgo y de otros sacerdotes insurgentes. Con gran dolor de su corazón y con el desengaño más cruel tuvo que retirar de la circulación su caro panfleto, porque sus mismos cófrades -los sacerdotes- lo habían encontrado poco oportuno. Cómo si la verdad alguna vez lo fuese! Lamentable debilidad: ¡defender la memoria de unos excomulgados! (I, 98)

Como todos los píos hipócritas de la obra de Azuela, ya sean clérigos o laicos, don Hermógenes es codicioso. Se mete en los turbios negocios de los burgueses caciques del pueblo que tratan de conservar, en nombre de la Iglesia, rentas que no les pertenecen:

> -Señores, perdónenme una nueva interrupción -habló don Hermógenes, cruzando los brazos humildemente sobre el pecho-. Declaro, y que Dios me sea testigo de esto, que no son intereses terrenales, ni mucho menos codicia personal, lo que aquí me trae. Aquí se versan bienes de la Iglesia que por milagro de su Divina Majestad hasta ahora han sido respetados, y si hago causa común con vosotros es únicamente porque represento los derechos de la Iglesia, hoy tan gravemente amenazados. (I, 71)

La crítica de Azuela es tan vehemente que el mismo narrador hace comentarios desagradables acerca de don Hermógenes a quien llama irónicamente "aquel soldado laico de Cristo" (I, 61).

Al lado de don Hermógenes de la Torre, en la misma novela encontramos otro beato que tiene los mismos defectos, don Pantaleón Deogracias:

"Estos dos bichos -decía el padre Martínez son como la yunta, Dios los cría y ellos solos se juntan". Si en punto a desaseo corrían parejas, su mentalidad tampoco los distanciaba. Gozando de gran prestigio entre las Hijas de María, las Damas de la Conferencia de San Vicente de Paul y de otras asociaciones piadosas, como hombres virtuosos y de mucho saber, eran consultados a menudo aun por la misma clerecía que respetaba sus dictados. Don Pantaleón se sabía al dedillo todos los argumentos, para anonadar a los impíos, entresacados, de la *Voz de México, El Tiempo, El País* y *El Regional,* amén de los muy especiales del púlpito y confesonario. (I, 98)

A la ignorancia y a la vanidad se une la intolerancia como en el caso de don Hermógenes:

"¡Este es un impío!", pensó el vejete don Pantaleón, con la gran tristeza de que no existieran ya los tribunales de la Inquisición adonde entregarlo inmediatamente para salvarle su alma. (I, 99)

Otro beato retratado con mucho cuidado y mucha insistencia en su ruindad es José María Bermejillo, en *La luciérnaga,* el cual constituye un caso más espectacular aún porque se trata de un beato relativamente joven. Está enfermo de tuberculosis y la muerte le acecha cuando aún no cumple cuarenta años. Durante su crisis de la enfermedad que le tiene al borde de la muerte, da rienda suelta a sus reflexiones y en sus delirios revela toda su existencia y su forma de actuar en el pasado, además de su psicología. En él compiten dos tendencias básicas: la codicia y la beatería. Su hipocresía es tal que se ciega acerca de sí mismo cuando le conviene. Y cuando su hermano Dionisio -cuya familia está muriéndose de hambre en la capital- le solicita ayuda ecnómica, es incapaz de resolverse a enviársela:

"Mis primeros pasos serán a la Casa de Correos a poner un giro de cien pesos para Dionisio. ¡No permita Dios que por mi desidia se pierda algún alma de su Reino!"

Se persignó otra vez, dio vuelta sobre un costado y rumoró: "por supuesto que será después de misa". Y se quedó profundamente dormido. No tan profundamente

como sus buenas intenciones, porque otro día y otros ocho días regresó de la parroquia, y hasta sus ojos se obstinaron en ignorar la Casa de Correos. (I, 595)

El fanatismo religioso de José María llega a un punto desconocido en el resto de la obra de Azuela. No hay otro retrato de beato ni beata, ni tampoco de clérigos, que llegue a tal extremo: José María se fustiga a-sí mismo cuando piensa haber pecado:

Y eso sobrepasa los límites de la más cristiana paciencia. Por lo que sus brazos, fláccidos, se levantan al cielo en protesta impía, en gesto casi amenazador.

Sus brazos, ellos no más. Por eso José María, al instante, desciñe el cordón de San Francisco de su cintura y con él los castiga hasta la sangre, hasta caer rendido en tierra:

-Señor, pequé, ten compasión de mí, pecamos y nos pesa, habed misericordia de nosotros.

Sus rodillas se cierran, sus mechones barren el polvo y sus labios acartonados lo besan. (I, 596)

Pero es evidente que el castigo corporal es una compensación a su falta de caridad para con su hermano, lo que le permite retrasar más el envío del dinero. De modo que el beato José María ofrece las características esenciales de los otros beatos en la obra: codicia, hipocresía, fanatismo, pero en un grado mayor y con mucha más complejidad. En realidad la codicia de José María, junto a su piedad hipócrita, crea en él verdaderos conflictos interiores:

"Supongamos que la taleguita que pende de mi cuello y las que tengo escondidas entre la borra de mi colchón y sirven de penitencia a esta mi carne pecadora, deducidos los gastos en lo que de vida me resta, ajusten apenas para mis honras fúnebres y las misas de San Gregorio, que el padre Romero ha de aplicar por el eterno descanso de mi alma, ¿qué pecado cometo negándole a mi hermano lo que tengo apenas para mí?" (I, 600)

Es buen negociante y lo demuestra al transar el aplazamiento de su conciencia, el perdón de un pecado, con regalos al cura:

> Su fino olfato lo puso sobre una pista cierta. Un día llamó a su casa el padre Romero, en solicitud de los diez centavitos semanarios para la edificación del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. José María lo siguió con los ojos, muy preocupado, hasta verlo desaparecer. "He aquí a mi hombre", debió haberse dicho; pero la verdad es que no lo pensó siquiera. Mejor que eso, el mismo día le envió un canastito de panelas, quesos frescos y mantequillas en panojas de elote. Al siguiente, un platón de tunas mansas, peladas en la misma penca, antes de la salida del sol. (I, 603-4)

Y consigue la reacción deseada: "¡Don José María, lo que usted hizo con él ni a pecado venial llega!..."(I, 604). En realidad se trata de la estafa de que hizo objeto a un conciudadano suyo, a quien pidió dinero en préstamo en plata fuerte y devolvió billetes en época de inestabilidad monetaria, cuando nadie aceptaba este tipo de transacción. Del cura necesita la absolución de sus pecados, pero no pierde la ocasión de demostrar que él conoce algunos detalles poco limpios del clero, como cuando se produjo la fuga de los sacerdotes ante la llegada de las tropas revolucionarias, unos años antes:

> -Líbreme Dios de ofender a nadie, ni mucho menos a los señores eclesiásticos; pero cuando se dijo que las avanzadas de los revolucionarios venían sobre esta plaza, los primeros que salieron de estampido fueron sus reverencias. Bueno. ¡Muy bien hecho! Hicimos rogativas porque el Señor los llevara por buen camino y los pusiera sanos y salvos en sus destinos. A ustedes los siguieron las personas de mayores comodidades: unos a México; otros, a Guadalajara, y algunos hasta los Estados Unidos. ¡Paciencia! Nos quedamos con el corazón en un puño y esperando nomás la voluntad de Dios. ¿Qué más podíamos hacer? Nos defendimos con nuestras propias uñas y como Su Divina Majestad nos lo dio a entender. (I, 606)

Todo este discurso que José María le endilga al cura Romero, le sirve al propio beato para acallar su conciencia llena de recuerdos molestos que le torturan el alma. Entre sus acciones pasadas fantasmales, está la de haber sido delator ante las tropas revolucionarias, para ganarse la simpatía de aquellos. El cura de aquel entonces que no había huido y se había

mantenido en el pueblo, había ocultado algunos bienes materiales de la Iglesia y algún dinero, y José María lo denunció. Ahora en su delirio de moribundo, este recuerdo le persigue y él lo justifica a su modo:

> "En efecto -pensó José María-, yo pude incurrir muy bien en la debilidad de denunciar el sitio en donde, entre el señor cura y yo, escondimos la custodia y los vasos sagrados. Pero de ese oro ¿qué se me quedó en las manos? Salvé mi vida, salvé mi caballo tordillo y me salvé de morir sin confesión y en pecado mortal. [...] El señor cura hace mal en buscarme con sus preguntas. Si hubo robo sacrílego, eso ya es cuenta de otro rosario. Pero tengo para mí que no es el sacrilegio lo que más apura al señor cura, sino el oro que se perdió. (I, 607)

El difunto don Onofre no es el único que ha sido estafado por el beato José María. Cuando éste y su hermano Dionisio se repartieron lo heredado de su padre, Dionisio recibió quince mil pesos en total, pero en la bolsa de José María quedó un saldo en contra de su hermano Dionisio que éste, por supuesto ignora. Cuando el beato se agrava, este pecado inconfeso de estafa a su propio hermano le acecha brutalmente hasta el extremo que el moribundo reconoce su mala acción:

> "Sí, hermano Dionisio, soy un pecador que de rodillas imploro tu perdón, dispuesto a reparar mis faltas..."
>
> [...]
>
> ¡Alerta, Dionisio; en el reloj de los tiempos ha sonado nuestra hora; tú, para el mundo y sus engañifas; yo, para la eternidad...Ven, por fin, a saciar tu sed de oro y de riquezas; ven por dos mil quinientos sesenta y ocho pesos, trece centavos, que, en justicia, son tuyos, que te tengo aquí guardados..." (I, 613)

Durante su enfermedad, a José María le cuida y le socorre un pequeño muchacho, quien resulta ser hijo del beato. Pero no es un hijo reconocido por su padre; nació de una aventura de José María en sus años de juventud, seguramente, y su hermano Dionisio había sido el primero en reconocerlo públicamente. José María sólo lo hace en el momento de su

muerte al nombrarlo su legítimo heredero, como en un acto de redención de sus pecados:

"En el nombre de Dios Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra... Yo, José María Valdivieso, de treinta y seis años de edad, hijo legítimo de ...vecino de Ciene guilla...declaro que nací, viví y muero en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia católica, apostólica y romana, y delante de Dios, ante cuyo Supremo Tribunal tengo que comparecer, declaro que es mi última voluntad..."

-Tú, niño, sal y espera en la calle hasta que yo te llame.

Don Federico no acierta a escribir las palabras que José María le dicta. Y duda: ¿estará todavía en sus cabales?

Y José María, ya con las quijadas caídas y tiesas, articula apenas, ratificando su última voluntad:

-A él...todo..., es mi hijo...(I, 620)

Sin embargo, anteriormente, él mismo se había encargado de negar ante su conciencia su paternidad. Incluso la negaba, achacándola a las habladurías de su hermano Dionisio:

"Sí, en efecto -pensó José María-; tiene la nariz aplastada, muy abiertas las orejas y las cejas encontradas. ¡Todo a su padre! ¡Jem!... Fue mi hermano Dionisio, ¿quién lo creyera?, el que propaló la especie calumniosa, y la madre la prohijó, ¿cómo no?. Desde entonces, para darle más consistencia de verdad, me lo envía todos los días, dizque a ver qué se me ofrece. Yo lo recibo porque es la mejor manera de taparle la boca a la maledicencia. Y si no lo consigo, debo recibirlo también porque es bueno purgar de alguna manera nuestros pecados en este mundo. La verdad? ¿Con una mujer de ésas, quién puede saber la verdad? ¡Sólo Dios! (I, 598)

José María, como se puede apreciar, es un beato joven que tiene a su haber una cantidad considerable de actos poco santos. Inteligente, está consciente de ellos, y a pesar de su falta de cultura tiene una concepción muy clara del bien y del mal; en la soledad de su habitación y de su vida se reconoce cobarde, y al recordar un episodio en que denunció el sitio donde se ocultaban las reliquias de la Iglesia, reflexiona para sí:

"Porque es mentira eso de que alguien me hubiera obligado a denunciarlos.

"Lo hice por flaqueza, por cobardía, por adulación servil. Porque siempre me humillé a los pies del poderoso, por necesidad y sin ella. Soy villano y soy felón. Y no tengo el valor de mis propios actos.

"Lo único vituperable es eso de que con los vasos sagrados y la custodia se quedaron también cuatrocientos pesos en monedas de oro.

[...] Sí, ese dinero me lo llevé a mi casa porque estuviera más seguro." (I, 614)

Además de cobarde, también se reconoce soberbio, gazmón y ladrón. Negó una deuda en plata fuerte y la canceló en billetes de valor inestable, al prestamista don Onofre; es decir, una estafa. Con su hermano Dionisio dividió mal la herencia paterna y le sustrajo algún dinero: "Desde luego, la contabilidad está turbia. Hay que revisarlo todo, desde la partición hereditaria" (I, 614).

Antes de esta autoconfesión, José María ha tenido un chispazo de sinceridad: "Una verdad deslumbrarora lo ofusca: "¡Soy ladrón!" (I, 612). Luego en su delirio, busca atenuantes para sus faltas: "Tampoco de eso eres culpable, porque cuando Dionisio te pidió dinero, ni vagamente existía en tu memoria esa deuda pendiente" (I, 615).

Aparte de la justificación, también encuentra soluciones que le parecen acertadas: "Porque esto va a ser prólogo, preámbulo, introducción de la obra magna: la restitución" (I, 612). Asi es como, en José María Bermejillo, Azuela ha condensado todas las características del beato tal como suele verlo: inculto, fanático, supersticioso, avaro, mal intencionado, mujeriego y ladino que busca acomodar las situaciones y la religión a sus coveniencias, y al mismo tiempo ha creado un tipo psicológico muy complejo e interesante. Es decir, un tipo de laico creyente pero con los vicios que resultan ser precisamente los más censurables en cualquier tipo humano, aún en un ateo, cuanto más indeseables en un católico fanático como es un beato. La negación de todo valor humano y espiritual.

Salta a la vista que la actitud religiosa y puritana de la que los beatos de Azuela hacen gala, no es genuina. Amparados en ese falso concepto religioso, los personajes de Azuela son

inescrupulosos. Este mismo José María ha hecho de su vida una cadena sucesiva de hechos repudiables, y en los momentos críticos, cuando cree que ha llegado su última hora, busca soluciones cómodas y gratuitas: "Con un acto de contrición te basta" (I, 615), se dice a sí mismo, borrando con una sola reflexión todo su pasado vergonzoso.

Al lado de estos dos tipos de beatos hay otros tan cabales. Sin embargo, hay varios tipos de hombres que unen una religiosidad ostentatoria a una conducta totalmente censurable.

Al contrario de los viejos sucios y repelentes que hemos visto, Barbarito Rodríguez en *Los fracasados*, es un joven-viejo, de maneras atildadas, pagado de sí mismo y preocupado de su apariencia exterior hasta un grado patológico. Es recargado en su atavío y obsesivo en sus gestos:

> Barbarito Rodríguez estira, bajo el pantalón doblado e impecable, sus choclos de charol ornados de enormes moños de seda; en sus dedos amarillos y larguiruchos, cuajados de piedras, lleva un bastón miñón que hace jugar coquetamente; pero lo que lo distingue mejor es su chaleco gualda; con grandes florones guinda y la manera de colocar el sombrero bolita sobre un guedejo de pelo negro ala de cuervo y brillantina. Ningún rasgo los caracteriza mejor que los ignorados por ellos mismos. [...] La obsesión de Barbarito es su traje inmaculado: cuando hace dar volteretas en el aire a su bastón, está siempre buscando polvo y pajitas en su ropa. (I, 11)

Barbarito, además de su ridícula apariencia exterior, tiene también actitudes ridículas, de santurrón inocente en algunas ocasiones, como cuando escucha misa:

> Sólo Barbarito Rodríguez, en vez de flechar a su novia Lolita Amezcua, sacó devotamente su Lavalle piel de Rusia y con mucha devoción se puso a mascullar sus rezos. (I, 12)

O como cuando corre hacia un superior suyo, con un chisme de oficina, para quedar bien: "Su perspicacia y tino le iban a poner en el pináculo de la gloria: ¡El salvador de los fondos del municipio!" (I, 58).

En realidad la pasión que mueve a Barbarito no es la codicia, como en el caso de don Hermógenes o de José María, sino la ambición y la vanidad social que hacen de él un intrigante. Sus emociones personales le obnubilan hasta hacerle mostrarse servil. Por lo tanto, Barbarito a pesar de su juventud, tiene un espíritu malévolo, semillero de muchas acciones censurables y nefastas que desembocan en una tentativa de crimen en la persona del licenciado Reséndez, liberal odiado por el beato. Su beatería hipócrita, como la de todos los beatos de Azuela, no es suficiente para permitirle ser generoso, sino que por el contrario, le lleva a exacerbar su fanatismo hasta el punto de poner en peligro la vida de otro ser humano, representante -para él- de ideas peligrosas:

> [...] cuando [Reséndez] oyó un disparo, se volvió rápidamente y vio el rostro amarillento de Barbarito Rodríguez, al mismo tiempo que sonaba un nuevo disparo. Su instinto de conservación lo hizo tenderse en el suelo. (I, 108)

Más inofensivo, pero igualmente insulso en su vanidad es el personaje de *Sin amor*, Chucho Fernández, tal como aparece descrito por amigos poco indulgentes:

> Sí, ciertamente Chucho Fernández era un joven de acendrada virtud y modelo perfecto de buenas costumbres; pero también, ¡Dios mío!, un holgazán que en veinticinco años de vida sólo había aprendido a llevar el varipalio en las procesiones del Santísimo y a peinar a su madrina doña Carlota Mena de las Angustias. (I, 227)

Jesús María Fernández es un individuo apegado a sus hábitos y a la tradición religiosa en que se crió y educó. Es un cristiano muy observante del catolicismo, asiduo a la misa de siete. Se puede pensar que aparentemente es un beato inofensivo, pero no hay duda de que es indiscreto y además tiene un perfil psicológico nada varonil: lo que mejor sabe hacer es "peinar a su madrina" y sus amigos chismosos aluden a esta supuesta debilidad porque "ponían en duda la capacidad matrimonial de Chucho"(I, 227). Si el narrador califica de "murmuración" (I, 227), las conversaciones citadas más arriba, él mismo las confirma cuando escribe: "Una muestra de picardía llenó su rostro de marimacho" (I, 249).

Aparte de su pobreza de espíritu, su masculinidad no definida, su lengua propensa al chisme absurdo y fácil, Chucho no resulta otra cosa que un beato inofensivo, sin papel relevante en la acción de la novela. Como en el caso de don Pantaleón Deogracias, Chucho manifiesta una fuerte vanidad social y se muestra servil con los ricos y poderosos. En aras de esa vanidad está preparado a sacrificar alegremente una misa:

> Oiga Chucho, ahora que me acuerdo, usted me puede hacer un gran servicio. Pero, no, váyase a su misa y hasta la vuelta deténgase por aquí un momento.
>
> Los ojos de Chucho relampaguearon de sorpresa y alegría al mismo tiempo. Intentó hablar, detenerse de una vez; pero Ramón Torralba no hacía más caso de él [...]. Por lo que, cogiendo su pasito adamado y meneando cadenciosamente sus anchas caderas y sus redondos hombros, oprimiendo bajo el brazo su *Lavalle* de tafilete y cantos dorados, se alejó rumbo a la parroquia.
>
> "Cuando se necesita de mí no me gusta hacerme del rogar; pero él no me ha instado y por eso no me detuve."
>
> Esto en nada desmentía su acendrada piedad ni su devoción inquebrantable. Sólo que ahora había reflexionado con rara cordura que misas se decían a diario y hasta de a pares se las podía despachar a un tiempo, mientras que la oportunidad de hacerle un favor a un Torralba no era canción de todos los días. No era esto, pués, motivo de remordimiento de conciencia. Lo único que sí fue pecado, pecado venial de los que se limpian con agua bendita, pan bendito, golpe de pecho, etc., fue el pensamiento tentador de ser el primero en llevar a la sociedad noticias fresquecitas y de la más pura fuente relativas al estado del noviazgo de Ramón con Ana María. (I, 246)

Como se deja ver, en la obra de Azuela el beato virtuoso no existe, como tampoco existe el clérigo virtuoso.

Las beatas son mucho más numerosas, sin que haya ningún tipo de beata tan caracterizado como don Hermógenes, o como José María. En cambio, la mayoría de las

burguesas, madres de familia o no, son beatas autoritarias y vanidosas, cuya religión es, por consiguiente, hipócrita. Y si el anti-liberalismo activo de los clérigos y de los beatos es fruto de unas convicciones personales, en cambio las beatas reflejan las ideas políticas de sus confesores o de sus maridos.

Doña Recareda Amezcua, por ejemplo, heroína de *Los fracasados*, está "habituada a matar sus largas horas de fastidio en los templos y en las sacristías" (I, 65). Sin embargo, es una mujer violenta, altanera, poco caritativa y de escaso criterio, además de impulsiva; es por descontado, inculta, vanidosa y vulgarota. Con su hijastra Consuelo se muestra injusta y malintencionada: "-Calla grosera... Comprende que ni yo ni mis hijas somos tus iguales... Aunque somos del mismo barro, no es lo mismo" (I, 15).

Conviene añadir que, como todos los personajes antipáticos, doña Recareda tiene una apariencia física ridícula, subrayada por sus pretensiones vulgares de elegancia. Tiene la barba "saliente" (I, 12), es poco femenina: "el coloso de doña Recareda" (I, 26), y la vemos siempre sudorosa: "-Lo que yo digo -habló doña Recareda, limpiándose los mechones empapados en sudor negruzco" (I, 13);

> -¿Qué tal vinito, señor licenciado? Usted que viene de donde de veras los hay, dígame si estoy mintiendo. Es una receta de Recaredita.
>
> -De las Adoratrices de Guadalajara -corrigió al punto doña Recareda, que entraba encendida y sudorosa. (I, 24)

Sus hijas han heredado de ella esa falta de gracia:

> Lolita era la primogénita de la familia. En ella se acentuaban las líneas de hierro de la casta, pero lo que en doña Recareda se disimulaba un tanto, su altivez grosera, en la muchacha resultaba grotesco: un rostro de vieja prematura en un cuerpo núbil y rebosante de savia. (I, 14)

Y con algunos de los beatos que acabamos de estudiar, doña Recareda comparte también la suciedad, aún si, en su caso, se disimula:

> Erguida con majestad de duquesa de zarzuela, doña Recareda, en efecto, dejaba ver una piltrafa mugrienta y piojosa que escapaba entre los encajes y sedas de su nuca. (I, 54)

Otro ejemplo de mujer beata y autoritaria lo encontramos en *Mala yerba*, en un escenario un poco diferente: se trata de un ambiente rural en la época del porfiriato y cuando aún no se vislumbraban aires de revolución. Entre los terratenientes sobresale la tía Ponciana, tía de los Andrade, solterona, enérgica, autoritaria, soberbia y beata acérrima. Aparece en un pasaje del relato como personaje secundario, con ocasión de asistir a la fiesta religiosa de la inauguración de los trabajos para construír una presa de agua: "el señor cura está convidado ya para el quince de agosto, y llueva o truene, el quince de agosto pondremos la primera piedra dedicada a María Santísima de San Juan." (I, 154)

Entre los defectos de la vieja Ponciana, la avaricia queda establecida incluso antes de su llegada al rancho de la familia. No es una visita grata para su sobrina Refugio: "No, Julianito, no nos traigas a la tía. ¡No la quiero, no la quiero, y no la quiero!" (I, 150), pero Julián piensa que es conveniente invitarla a la bendición de la primera piedra, porque cree que ella facilitará el dinero para sacar de la cárcel a los tres Andrade mayores, presos allí por homicidio:

> -No sabes lo que estás diciendo, Cuca. Tía Ponciana nos va a servir mucho a la mera hora de la hora. En la presa se nos va a ir un dineral y si la cosecha no se logra ella sabrá sacarnos de apuraciones: tiene plata como maíz.
>
> -He vivido en su casa y lo sé mejor que tú, hermano; pero sé decirte también que primero le sacas una onza al cromo del señor San José que tlaco a la tía Ponciana. ¡Dios te ampare si a ella te atienes! (I, 150-1)

En efecto, cuando Refugio pide que les preste dinero, se lo niega inmediatamente e incluso, demostrando verdadera avaricia, el pedido de la muchacha le produce un pánico incontrolable:

> Ante tan imprevisto ataque doña Poncianita abrió los ojos desmesuradamente, sin hallar al punto armas para repelar la agresión.

-¡Qué bueno fuera!... ¡Qué más quisiera yo!... Pero si vieran, de veras, qué escasa de centavos estoy ahora. Con estos años tan malos, las cosechas perdidas, el maíz tan caro... ¡Oh, les aseguro que ya no hallo la puerta!... ¡Callen, callen, ni me vuelvan a hablar de dinero!... (I, 158)

Su beatería exagerada se ve en el momento mismo de su llegada al rancho:

¡Dios de mi vida, escogí la burra canela por mansita y para no cansarme tanto, y estoy rendida! Las primeras leguas, sí, caminé tan a gusto que pude rezar mi rosario de quince cabalito; pero de la bajada de los Caballos para acá ¡qué trabajos Señor!... (I, 155)

Su primera acción, al llegar, es una breve visita a su hermano Esteban, ahora paralítico e inmovilizado en un sillón. De allí sale disparada porque es su hora de rezar:

-Pues ya te saludé, Estebanito -agregó imperturbable la tía, sacando grueso reloj chapeado de entre las pretinas-; ya volveré a platicar contigo más despacito, que tiempo no ha de faltar. Va a ser la una ya, y es mi hora de la guardia de honor del Sagrado Corazón de Jesús. (I, 155)

La tía Poncianita no parece estar al tanto de las fechorías que en el pasado hizo su hermano Esteban, y si está enterada, lo disimula muy bien:

Echóse sobre él doña Ponciana llorando a lágrima viva. Lo abrazó, lo besuqueó y lo estrechó con emoción cada vez más grande. Y para mejor afirmarle su cariño le espetó una jaculatoria: "¡Dios Nuestro Señor quiera y la Madre Santísima del Refugio me lo ha de conceder, hermanito, que tengas una muerte tan ejemplar y tan santa como la de nuestro padre: bién merecido te tienes el no pasar ni por las llamas del purgatorio!"

Su voz velada se entrecortaba por el llanto:

-Lo único que te encargo, hermanito de mi alma, es que ante la presencia de su Divina Majestad le pidas por nosotros los pecadores que nos quedamos sólo ofendiéndole con nuestros pecados en este destierro, en este valle de lágrimas... (I,

155)

Su soberbia burguesa de terrateniente rico y todopoderoso se manifiesta en todas sus actitudes y en todos sus discursos. Al encontrarse de nuevo en la casa ancestral de la familia, hace un panegírico orgulloso de la piedad ejemplar de sus antepasados. Una vez más, a través de este personaje, Azuela establece que la beatería burguesa está totalmente desprovista de caridad cristiana:

> [...] esta es la sala de mis padres. Ay Marcelinita, han hecho ya recámara de lo mejor que esta casa tiene, su sala. Miren, pónganme cuidado, el padre Comendador de la Merced, que era un sabio -fue de peregrino a los Santos Lugares- decía que sólo por las pinturas esta sala vale un dineral. ¡Dios tenga en su santo reino a mis padrecitos! ¡Cuánto recuerdo para llorar! Cuca, ábreme bien esa puerta; quiero verlo todo para hacer memorias.
>
> [...]"Aquí se sentaba a hacer costura mi nana Chonita, en aquel rincón rezaba el Sábado Mariano mi tata Monchito". Y a medida que evocaba un difunto, hacía un panegírico, resultando que de los Andrades no había uno que no llevara camino de beatificación. "Porque dirán lo que quieran de ellos, mialmas, pero los de nuestra sangre nunca pelearon en contra de la religión. ¡A gloria de Dios que si dieron guerra, sólo fue para matar chinacos!" (I, 156)

Ya se ve que en el concepto religioso de la beata Ponciana la "bondad" del ser humano consiste en defender la religión; lo demás no es digno de tomarse en cuenta. De acuerdo con esto, los Andrade no han delinquido jamás, porque "los Andrade siempre [han] sido muy religiosos" (I, 157):

> -Esta sala la hicieron mis abuelos. Por su recuerdo siquiera debían ustedes haberla conservado como ellos la dejaron. ¿Ven esa jaculatoria desteñida ahí en la pared de enfrente? Me la sé de memoria, como todas las que están escritas aquí. Mi padre nos la leía desde que tuvimos uso de razón y antes de aprender a leer ya nos la sabíamos de cuerito a cuerito. (I, 157)

En realidad los Andrade son facinerosos y alcohólicos: "¿quién de los Andrade no había asesinado a alguna de sus queridas, sin dejar de dormir una sola noche en su casa?" (I, 153):

> Yo no sé de donde le vendrá lo borracho a este muchacho; de nuestra familia no. Los Andrades toman, sí, toman su copita como toda la gente decente, sin descompasarse ni mucho menos. (I, 158)

Ponciana no acepta la culpabilidad de sus sobrinos presos y hasta lamenta que los Andrade se dejen golpear, como ha ocurrido con Julián, a quien un gringo le ha machucado el rostro a puñetes:

> ¡Dios me proteja! ¡Hijo de mi corazón, eso no es erisipela! ¡Las cinco llagas de Cristo! ¡Muchacho de mis pecados! (I, 156)

La hipocresía en este caso, se encuentra fortalecida por siglos de caciquismo.

Añadamos que, como todas las demás beatas, la tía Poncianita es poco femenina y poco atractiva:

> Enderezó su busto de salchicha, meneó tres pliegues de su cuello, entrecerró los ojos y carraspeando comenzó su recitación con voz ladina. (I, 157)

Hay algo histérico en su propensión a las lágrimas: "las lágrimas irrumpían en crisis y las carcajadas con igual facilidad" (I, 156); "al final de la primera estrofa un torrente de lágrimas le cortó la palabra" (I, 157).

Otro tipo de beata que desempeña un papel secundario, pero que aparece a menudo en las novelas, pertenece al tipo tradicional de beatas; son solteronas que dedican toda su vida a la religión y que muchas veces forman pares. En general, son todas parecidas; viejas, feas, malévolas o estúpidas, se dejan gobernar enteramente por el cura de la parroquia. Así son, por ejemplo, las hermanas Godínez, en *Los fracasados*, cuya edad sobrepasa los cuarenta; son mujeres que carecen de gracia y de atractivos físicos. Naturalmente son antiliberales por definición, sin tener -por otra parte- ninguna formación política, como todas las mujeres en las obras:

-Lo que a mí más me admira -dijo una de las señoritas Godínez, especie de lechuza de curva nariz, ojos muy pequeños y rojizos, frente estrecha y relamida, aparentando de sobra sus cuarenta- es su valor temerario para atacar al gobierno y a los liberales.

-Por cierto que en casa tuvimos que despedir a dos de nuestros sirvientes por liberales.

[...]Rupertita Godínez disfrutaba de reputación, más o menos bien adquirida, de "bienaventurada", y con sus salidas de tono era frecuentemente el tormento de su hermana. (I, 23)

Estas beatas representan siempre a la burguesía acomodada y su estupidez se manifiesta generalmente a través de cierta soberbia, de sentido de clase. Las hermanas Godínez, como todas las demás beatas de la obra son fatuas, vanidosas y presumidas:

-Rupertita, tome usted un trocito de tocino, está delicioso. ¡Pero si ha dejado su plato intacto niña!...

-No, padre Gutiérrez, muchas gracias. A nosotras, las Godínez, la carne de puerco nos hace mucho daño. Como si dijera: "Nosotras las Godínez, somos hechura especial del Creador. Puso sus cinco sentidos en fabricarnos".

Una de las formas del orgullo estúpido del burgués que presume de nobleza. (I, 29)

En el aspecto religioso son fanáticas hasta la exageración, de la misma forma como son anti-liberales, sin entender siquiera lo que ello significa:

-Pues nosotros -dijo Rupertita- jamás hemos tenido relaciones con esos del gobierno y ahora menos que nunca, porque, como dice el señor cura, son abortos de Satanás y donde ellos están todo lo infestan. Para nosotros lo primero es nuestra santa religión y lo último nuestra santa religión. (I, 33)

Estas beatas se distinguen poco de otra pareja, siempre en *Los fracasados*, las hermanas Caracas. Estas beatas con nombres un poco ridículos, Cuquita y Misericordita, son hermanas

de un médico, al cual el narrador lo apoda *el clown,* en varios pasajes. De familia muy acomodada, se muestran engreídas y fatuas: "Las Caracas hacían sentir demasiado el peso de su superioridad sobre todos los que no entraban en la alta sociedad" (I, 26). Muy vanidosas, quieren sentirse superiores incluso en el campo de la moda y destacan la elegancia de su indumentaria:

> Las señoritas Caracas, que aún no desavinagran sus resecos rostros, contaron que ellas acaban de regresar de Guadalajara y que los trajes que llevan se los habían hecho en la casa de Madame Boulet y cada uno de ellos les había costado cien pesos.
>
> Y para irritar a las Amezcuas, hacían crujir la seda entre los dedos.
>
> [...]
>
> Conchita paró el golpe:
>
> -Pues nosotras no quisimos hacernos más vestidos, porque tenemos los armarios llenos. (I, 28)

En este pasaje se ve que a pesar de su beatería, a estas mujeres les parece prestigioso dilapidar el dinero en vestidos. Y sin embargo, como beatas típicas en la obra, son tacañas, aunque buenas anfitrionas:

> Si las señoritas Godínez alimentaban sin tregua el bolsillo clerical, las Caracas, aunque escuetas y un tanto vejerrucas, eran adorables en el confort de su casa. (I, 33)

Y entre las beatas todo es materia de rivalidad; lo que compran, lo que hacen, lo que piensan, pero sobre todo, la vida social y las relaciones sociales. Las Caracas, defendiendo a su hermano, dicen:

> Tiene tanta y tan distinguidas relaciones que es su deber ser como es. Figúrense que hace echar las tripas de risa con sus chistes a don Porfirio; el gobernador lo llama con frecuencia para que le vaya a contar chascarrillos. ¡Es gracia que Dios le ha dado! ¿No saben ustedes que el señor Arzobispo se alojará en casa, ahora que viene a confirmaciones? Todo es cuestión de educación, de formas. Algo que no se aprende, que se lleva en la sangre...

Allí saltaron las señoritas Godínez. En hablándose de buena sangre, jamás habrían tolerado que la suya se ignorara. (I, 33)

Pero, con todo, estas mujeres no tienen, ni mucho menos, la malevolencia de las "avichuelas negras", del relato del mismo nombre que hemos analizado en el capítulo primero.

Otro par de beatas por el mismo estilo lo constituyen las Gutiérrez, en *La Malhora*. Tambien son feas, estúpidas y solteronas que han dedicado su vida a la religión:

Las Gutiérrez, de Irapuato -mamá enfisematosa, dos niñas mirando venir los cuarenta, tápalos de cucaracha en cucurucho, cinta azul, faldas amplias y reptantes, tacón de piso- oyeron decir un día: "Carranza y Villa vienen cerrando templos y expulsando sacerdotes", y mirando hacer, ellas también liaron sus maletas, su piedad acrisolada y su irreprochable estupidez, metieron en un canasto un gallo y tomaron el tren, rezando: "Santo... Santo...Santo, es Dios de bondad, siendo Trino y Uno por la Eternidad... Que se haga, Señor, tu Voluntad..." (II 967-8)

Huyendo de las "hordas" revolucionarias, las Gutiérrez buscaron refugio en la capital, pero los pocos haberes que poseían en su tierra fueron confiscados por el gobierno, y las tres mujeres se vieron a merced de sus propios medios para sustentarse, de modo que de terratenientes campesinas se transformaron en obreras capitalinas:

Abandonadas en la resaca, las Gutiérrez, suspirando, dijeron otra vez: "...y que se haga Señor tu Voluntad..."; pero ya sin sus tres casitas en Irapuato -cuarenta y cinco pesos mensuales- y sí con un letrero en su accesoria, "Se cose ajeno". (I, 968)

Estas mujeres acogen en su casa a una pobre desvalida y le dan hospedaje y alimentación a cambio de sus servicios como doméstica. Le atosigan el alma con interminables rosarios, ardor divino y años de "letargo y de opio místico" (I, 970). No obstante, en una oportunidad en que Altagracia -la recogida por caridad- se trenzó a golpes en un duelo callejero con otra mujer, las beatas -alegando una honestidad no puesta a prueba- cierran sus puertas de su casa a Altagracia y le arrebatan de golpe y sin explicación todo lo que antes le han dado:

En trémolo sobreagudo, las santas mujeres entonan ante el altar:

"¡Santo...Santo...Santo! ¡Es Dios de bondad! Siendo Trino y Uno por la Eternidad!"

Y la puerta está atrancada y los cerrojos corridos.

¿A qué llamar, pués?. (I, 970)

Vemos pues, que el exceso de religiosidad es siempre una máscara, más o menos consciente, para encubrir varios vicios.

Así como no había clérigos ejemplares, tampoco encontramos actitudes religiosas genuinas o modelos dignos de admiración entre los fieles católicos. La actitud religiosa es siempre hipócrita y además peligrosa, porque ciega las facultades y la capacidad de razonamiento del individuo y le induce a cometer grandes y graves errores e injsticias, en nombre de la religión.

Se pueden citar solamente dos ejemplos de mujeres que tienen una fe sincera y ejemplar. Es curioso que las dos son humildes mujeres del pueblo, lo que no es sorprendente, dado que, como lo hemos señalado antes, los factores mayores de corrupción son el afán de riqueza y la vanidad social. En cambio, otra característica común a estas dos mujeres, es que ambas son víctimas de la maldad ajena. Una de estas figuras es doña Marcelina, en *Mala yerba*, quien, mal casada con un Andrade, familia de terratenientes brutales, engendra hijos degenerados. Toda la historia de esta mujer hace de ella una víctima:

> La muchacha del pueblo que gustó al rapaz latrofaccioso y que es arrebatada del hogar en cualquier noche orgiástica de aguardiente, de mujeres y de sangre. Si algo tenía que agradecer a don Esteban sólo era el que se hubiese prendado de sus cualidades hasta el punto de hacerla su legítima esposa.
>
> El primer vástago trajo la resignación; con los siguientes la casa se pobló de gritos y de alegría; paréntesis muy breve de felicidad para la madre; porque los cachorrillos muy pronto sacaron las uñas y enseñaron los dientes. En hora aciaga renacían sus turbios atavismos. (I, 152)

Doña Marcelina es víctima como esposa y como madre, y su hija Refugio es la única persona decente de la familia:

> En medio de tal negrura discurrían dos vidas dolorosas y tristes, la de doña Marcelina, madre abnegada hasta el heroísmo, y la de Refugio, su hija, que poseyendo los rasgos varoniles y fieros de la casta, su gesto altivo y recio continente, llevaba el alma profundamente sencilla y recta de la madre.
>
> Como es de regla en gentes de esta ralea, las mujeres no tenían voz ni voto en su propia casa; su misión era la de contemplar atónitas la grandeza de sus terribles señores, estar prontas a adivinar sus menores pensamientos y a servirles de rodillas si ellos así lo pedían. (I, 153)

Su religión, de carácter popular porque en ella entra una parte de superstición, constituye su único consuelo:

> Doña Marcelina, como todas las noches, luego que se quedó sola, encendió un cabo de vela de Nuestro Amo y comenzó a rezar y a persignarse bendiciendo rincones, puertas y ventanas, hasta acabar por una abierta al occidente en dirección de la capital, de la penitenciaría, donde sus dos hijos mayores purgaban delitos de sangre.
>
> Madre cristiana, poseía la firmísima esperanza de que, mediante sus preces y sus lágrimas, sus hijos volverían regenerados. (I, 151)

Este ejemplo de fe sincera, si no es admirable, porque es evidente el deplorable resultado de la ignorancia, es profundamente conmovedor y se sitúa al extremo opuesto de la fe de los beatos a quienes acabamos de estudiar.

El segundo caso de una mujer que demuestra abnegación en su vida familiar tanto como en su religiosidad es Conchita en *La luciérnaga.*

A diferencia de Marcelina en *Mala yerba,* quien es una madre abnegada y mal recompensada, Conchita es la esposa abnegada de un alcohólico y es capaz de olvidar todos sus sufrimientos y de otorgar un perdón verdaderamente cristiano. Tanto como Marcelina, Conchita es muy piadosa, y su fe es sencilla, como innata, profundamente arraigada, sin

ninguna manifestación llamativa. Es una fe auténtica, armoniosa, en correspondencia con la naturaleza, donde, fuera de la corrupción de la ciudad, cobra su significado profundo. Lo mismo que Marcelina, Conchita busca en la religión un amparo y un consuelo:

> El frío de Conchita de otro calor habría de necesitar. Por eso corrió a la iglesia. Y la iglesia se lo dió en el canto agreste de las doncellas de la misa mayor que nadie dice, el olor del copal que ha dejado de arder en los incensarios, sus doce años revividos en azahares y linón del mes de María, las botellas de aguas de colores, los pebeteros de barro sobredorado, los manojos de cebada y de trigo tiernos, atados con listoncitos de raso color de rosa, las naranjas claveteadas de popotes, banderitas de oropel y el cauce de un llanto que se le había perdido. Lágrimas ardientes, castas, puras, dignas de Dios.
>
> [...]
>
> Y ese llanto, a diario derramado, va a ser su estación en su calvario. (I, 650)

De vuelta de la capital a su pueblo en el momento del boycot religioso, ella y sus hijos, a pesar de su pobreza, se ven aceptados, porque los cristianos necesitan unirse para luchar contra el enemigo común:

> En gracia al *boycot religioso*, Cirilo y Nicolasa han dejado de ser los perros sarnosos de quien se apartaban los niños decentes del colegio. Unificados todos en la lucha, han olvidado sus diferencias sociales; ya no hay plebe y aristocracia, ricos y pobres; hay una sola familia: la familia cristiana. Los defectos ajenos se ignoran, las envidias se apagan, los rencores se aplazan, el chisme se da tregua. momentáneamente les rodea el halo del más viejo y puro cristianismo. (I, 648)

Pero luego su sinceridad simple la aparta de la masa vulgar y pretenciosa de los creyentes:

> Pero si el boycot religioso le allanó el camino, fue el boycot también el que poco a poco fue abriendo una brecha entre ella, espíritu sencillo y cristiano, y el fanatismo católico del ambiente. Ajena al odio que iba enconando la lucha, les pareció

pronto a los demás como una tibia, una indiferente. Y no fue porque ella no sintiera también que el templo sin sacerdote es un absurdo, una irrisión; que los muros se ensombrecen y se congelan solos con su tradición y su leyenda; pero sintió con plenitud la inmensa soledad de los campos y de los cielos infinitos de estrellas llenos de Dios, y no pudo hablar con Dios en todas partes. (I, 653-4)

Es esta misma sencilla cristiandad, la que, más tarde, la llevará a reunirse con su marido preso por implicaciones involuntarias en negocios turbios, en el momento en que Dionisio sale de la cárcel:

En vez de la audacia y la ambición con que Dionisio llegó un día a la conquista de México, ella trae su esperanza condensada en una vulgarísima frase: "¡Nunca le faltó Dios a sus criaturas!" Pero esa frase significa para ella la posesión del universo. (I, 666)

Estas dos mujeres, Marcelina y Conchita, constituyen excepciones dentro de los cánones de las beatas de Azuela.

El caso de la hija de doña Marcelina en *Mala yerba*, Refugio, cuya historia continúa después en *Esa sangre*, ofrece la imagen de una religiosidad sincera, pero en lucha constante con malos instintos. Es acaso el único ejemplo en la obra de Azuela, de una "religiosidad espiritual" con miras a una regeneración total. De terrateniente poderosa, Refugio se ha convertido en una mujer "flaca, alta, huesuda y canosa" (I, 612), según la impresión que le causa a su hermano Julián cuando éste regresa después de casi cuarenta años de ausencia del pueblo. De su riqueza pasada no queda nada y ahora Refugio debe trabajar para subsistir: "-No me falta qué comer, visto como la gente, pago mi renta y no le debo un centavo a nadie" (II, 613), le declara a su hermano cuando se re-encuentran. Lleva una vida piadosa y simple desde que se quedó sola a la muerte de su madre:

Por tanto, no varió sus costumbres: se levantaba con el alba, iba a misa, dejando libre todo el día para sus compras y venta de pollos, gallinas y huevos, iba a la estación del ferrocarril y embarcaba cajas de aves y blanquillos y a su regreso se metía

a la parroquia, siendo de las que salían cuando el sacristán sonaba las llaves para cerrar. Extraño tipo de beata que no se relacionaba con las beatas sino con un saludo de la más estricta cortesía. Educada en el rancho con la visión más amplia de la vida y del mundo, cuyas ventanas fueron sus padres, sus hermanos y todos sus parientes, gente de aventura, holgorio, fiesta y escándalo, nada la asustaba y su espíritu de tolerancia y generosidad rompía en absoluto con el chismorreo, mezquindad y gazmonería tan comunes en la gente de sacristía. (II, 630)

Cuando su hermano vuelve del extranjero, ella le acoge en su hogar y trata de inculcarle una idea de regeneración, paz y trabajo.

Desafortunadamente, Julián no se enmienda y sólo trae problemas a Refugito, llegando incluso a sustraerle algunas joyitas y reliquias que ésta conserva de su madre. A consecuencias de este incidente, Refugio pierde la paciencia y amenaza a su hermano con un martillo; se lo lanza, pero por fortuna yerra el golpe y el artefacto se incrusta en la pared. Este acto de violencia la lleva a hacer penitencia en la iglesia para expiar su pecado:

> Refugito entró a la parroquia y todavía le temblaban las piernas y le repicaba el corazón. Se detuvo en uno de los altares laterales, se puso de hinojos ante Jesús Nazareno y sollozando y rezando permaneció allí muchos minutos. Besó la orla dorada de la túnica morada cuando hubo de recobrar por fin su equilibrio. No lloraba por Julián, ni por sus reliquias, lloraba por ella misma, con la tristeza de ser la misma de antes. Ni el dolor, ni la pobreza ni los trabajos y sacrificios pasados pudieron lavar las impurezas de aquella sangre que a veces la abrazaba las carnes, se le subía a la cabeza y la hacía perder todo el dominio sobre sí. Tristeza y terror, porque sabía que en esos momentos de arrebato podía llegar a los peores extremos.(II, 656)

En esos encuentros con Dios, Refugito deja vagar su pensamiento y ello nos la muestra de cuerpo entero. La sangre violenta y pendenciera de los Andrade tambíen la dimina a ella. La dominó desde pequeñita: a los diez años causó un daño irreparable a uno de los peones del rancho, a los catorce, disparó sobre uno de sus hermanos mayores con una escopeta que por

fortuna estaba descargada. Ahora, cuando escucha la relación que su hermano Julián le hace de cómo la han recibido y tratado en el pueblo desde que llegó, Refugito siente que sus buenos propósitos de enmendar a su hermano han sido ingenuos, y que ella es la culpable por indicarle la ruta pacífica, cuando en realidad debió haber sido al estilo de las acostumbradas matonerías de la familia. Ella le había sacado las balas al revólver de Julián para evitar desgracias mayores. Ahora, en el colmo de la ira, repone las balas en el arma y se la entrega. No obstante esta acción suya, quiere librarse de sus malos instintos y para ello acude al templo donde busca consuelo y refugio:

> Después del rosario el sacerdote en el púlpito abrió un libro y comenzó a leer. Su voz era lenta, monótona, fatigosa. Sentadas sobre sus talones algunas beatas cabecearon, otras fueron al confesonario y se acercaron a las celosías.
>
> "Los pecados de los padres se transmiten a los hijos y a los hijos en muchas generaciones."
>
> Las palabras de las Sagradas Escrituras pronunciadas por el sacerdote llegaron a la mente de Refugito como un chispazo que iluminó repentinamente su alma. Sintió, a la vez que una inundación de luz en su cerebro, una angustia tremenda en el corazón. [...]
>
> Salió de la iglesia arrepentida de su pecado, contrita y perdonada.
>
> Todo se reduce a hacer desaparecer esa pistola y a que Dios me ayude para alejarlo de aquí. (II, 700-701)

Sin embargo, esta mujer que lucha en contra de su sangre violenta heredada de sus ancestros no puede resistir la visión de su hermano herido de muerte en feroz lucha con un contrincante. Ha llegado demasiado tarde para evitar la muerte de su hermano, pero con tiempo suficiente para arrebatarle la pistola al otro foragido y con extraordinaria sangre fría, darle muerte. Pero a él también le da tiempo para matarla a ella.

Así vemos que la religión ha sido incapaz de salvar a esta mujer de sus malos instintos. Pero acaso lo más importante para Azuela se encuentra en la frase final de la novela:

> Cuentan en San Francisquito, como cosa de milagro, que doña Cuca la pollera se había quedado con los ojos abiertos como mirando al cielo y que tenía cara de santa. (II, 704)

La hace aparecer como una especie de mártir, no de la religión, sino de la familia.

Y con esto se acaban los retratos de algún relieve de personajes particulares. Nos quedan por examinar las varias pero breves descripciones de la religiosidad del pueblo mexicano en general. Naturalmente, éstas no van a desmentir lo ya establecido a través de una serie de individuos; según la obra de Azuela la religión católica en el México de esos años se apoya en la hipocresía, la vanidad, la ambición social, el anhelo de riquezas, la maldad y la tontería.

Las escenas en las que Azuela describe las prácticas religiosas como costumbres desprovistas de cualquier significado espiritual o moral son numerosas. En *Los fracasados*, por ejemplo, Alamos es una ciudad muy devota, con "rotulones de Ave María en cada puerta"(I, 5); "Pueblo piadoso, santo pueblo seguramente" (I, 5). Sin embargo, los alamenses asisten a la misa porque se aburren, porque no saben cómo matar el tiempo:

> Si Alamos se echa en raudal dentro del templo es porque ahí son sus reuniones y sus puntos de cita; ahí nacen y se cultivan unas amistades, se enfrían y se pierden otras. Es el centro único a donde se puede llevar el fastidio de una vida mortalmente monótona, alegrada muy de tarde en tarde por el chismillo que salió de las alcobas y se hizo callejero. Alamos es sólo una ciudad muy aburrida, como todas las de su categoria y nada más. (I, 36)

Como se deja ver, Alamos es una "población del interior de doce mil habitantes" (I, 9), que representa al pueblo provinciano.

Los servicios religiosos, por su parte, sirven para evidenciar más la enorme separación social existente entre la burguesía y los obreros:

> En un domingo de invierno. La última llamada. La campana más sonora de la parroquia llama a misa en un repiqueteo juguetón y precipitado. Presurosas y cariacontecidas, llegan damitas emperifolladas, los carrillos amoratados de frío, [...].

La soberbia gradería del atrio es invadida por un oleaje continuo de faldas de frescos colores, enanchados por el vestido negro de merino de una que otra dama venerable que asciende los escalones de cantera, sudando y pujando, con fatigante lentitud. Escasas son las humildes blusas de obreros y más aún los paupérrimos chomites. Es la misa de ocho, la de la gente decente y la de los novios de moda. (I, 10)

De la celebración religiosa no queda sino una comedia formal y mecánica:

Se hace un silencio profundo: el padre se ha hecho tres dobleces frente al altar. Cesan los carraspeos, comienza la misa y no se oye mas que el gangoreo monótono del oficiante, [...].

La misa prosigue: golpes de pecho, sordos murmullos, suspiros al cielo, clamores aburridos, hasta las últimas oraciones que producen un movimiento cínico de descanso, de bienestar, de alegría. (I, 12)

Bien se ve que la vida pueblerina gira en torno al quehacer religioso. La misa es un pretexto para la reunión del poblacho burgués y zafio que busca ahogar su tedio en la chismografía de los domingos.

La actitud de los beatos burgueses de este pueblo no parece resultar sólo de la propia maldad o ignorancia de la gente, sino que está sustentada por el quehacer de los mismos clérigos y de un sector de la Iglesia que lucha por mantener sus privilegios que ya veía en peligro. Esto lo vimos ya en el capítulo anterior, pero conviene recordarlo aquí solo por allegar un antecedente para entender mejor la forma de actuar de este conglomerado burgués beato. La Iglesia, en la obra de Azuela, contribuye a la manera de vivir y de actuar de esta gente:

Jamás se imaginó la mentalidad de aquel pueblo, ni sospechó su fanatismo, ignorancia y torpezas tan grandes. Bastaron los gritos de un fraile desaforado para hacerlo salir de quicio y dar lugar a una serie de escenas [...] grotescas [...]. Y lo más curioso era que de ello no tenían la culpa las autoridades, de una morosidad y de una tolerancia irritante, sino la propia clerigalla con su miopía asombrosa. (I, 107)

Los beatos de la burguesía alamense están encastillados en una actitud poco sana no sólo frente a ideas nuevas, sino frente a ellos mismos: la amistad de que hacen alarde, no es sincera. Se toleran unos a otros solamente porque tienen en común los mismos intereses materiales, o simplemente porque pertenecen al mismo grupo social.

Si la fe burguesa se distingue por su vanidad, la fe en el medio campesino está caracterizada por la ignorancia y se confunde con la superstición, la mayoría de las veces.

En *La maldición*, Emilia "nunca había salido del rancho donde nació, creció y se hizo madre" (II, 471). Don Carlos, su hermano político, un viejo astuto y neurótico que luego la deshereda en favor de la Iglesia, resume así las actividades religiosas de Emilia:

> Para esta vieja, religión y superstición hacen una. Dios es un agente de buenos negocios y para eso hay que rezarle y pedirle el cumplimiento de nuestros antojos. Dios es infinitamente misericordioso a quien con buenas razones convencemos de que nuestras pilladas están siempre justificadas. Sólo necesitamos un confesor que nos dé el visto bueno y todo el problema consiste en encontrarlo. (II, 532)

En *Las tribulaciones de una familia decente*, Agustinita da muestra de ser supersticiosa y sumamente fanática, como cuando se enfada con su marido porque aquél ha vendido unas reliquias religiosas para proveer de alimentos a la familia:

> -Seguramente que ha vendido lo que yo jamás quise tocar- rumoreó Agustinita, resignada-: el relicario de oro con auténticos huesecitos de los Santos Mártires, que mis tíos los generales Prados nos trajeron de Tierra Santa. ¡Sea por el amor de Dios!. (I, 487)

Cuando los hijos del matrimonio Agustinita-Procopio, solos por las calles, son espectadores de la entrada de las tropas revolucionarias en ciudad de México, no les sucede nada porque, según Agustinita, los protegió la Virgen de Guadalupe:

> Dice Procopio que no nos pasó nada, precisamente porque no les mostramos miedo ni desconfianza. Pero Agustinita se empeño en que fue la Virgen de Guadalupe, en cuyas manos nos encomendó, la que nos hizo el milagro en tan aflictivos

momentos. (I, 442)

Cabe hacer notar que Agustinita no es una mujer de extracción popular, sino, por el contrario, una exponente indiscutida de los burgueses pueblerinos. Sin embargo su fanatismo y su condición de supersticiosa no difieren en nada de las mujeres del pueblo. Una de esas mujeres del pueblo es la que encontramos en el personaje de tía Melquiades, la anciana alcahueta de *Mala yerba,* tan cargada de años, como de beatería y de superstición:

> Tía Melquiades, regocijada de dejar solos a los pichones, musita por el camino padrenuestros y avemarías. "Animas benditas del Purgatorio, que este milagro se me haga. Santo Niño de Atocha, te prometo una vela de a dos riales y una misa rezada con devoción si me lo haces." (I, 183)

Finalmente la presencia de la religión en la obra de Azuela se manifiesta también a través de los grandes conflictos religiosos de su época. Y lo mismo que a través de los protagonistas de sus novelas, Azuela se involucra en el momento histórico en forma explícita. Es interesante ver cómo precisamente en estos casos toma partido a favor de la religión en contra de sus perseguidores. En primer lugar, más de una novela alude a ciertos momentos álgidos de persecución religiosa.

Las violencias ocasionadas por la política anti-católica vienen representadas siempre como una carnicería totalmente absurda, como una serie de crímenes bárbaros y totalmente injustificados. Aparecen muy brevemente en *Los de abajo,* donde los protagonistas, hombres rudos, se ven arrastrados a una lucha que no sólo no desean, sino que además no entienden y cuya vida intensa llegan -finalmente- a disfrutar. Estos hombres con una formación vagamente católica que deja en ellos algunas supersticiones y unos cuantos reflejos linguísticos, matan a un puñado de cristianos sin manifestar ni odios ni preocupación alguna, sin establecer ningún enlace con su propia religión:

> Cerrando la retaguardia, y al paso, venían Demetrio y Camila; ella trémula aún, con los labios blancos y secos; él malhumorado por lo insulso de la hazaña. Ni tales orozquistas, ni tal combate. Unos cuantos federales dispersos, un pobre diablo de

cura con un centenar de ilusos, todos reunidos bajo la vetusta bandera de "Religión y Fueros". El cura se quedaba allí bamboleándose, pendiente de un mezquite, y en el campo, un reguero de muertos que ostentaban en el pecho un escudito de bayeta roja y un letrero: "¡Detente! El Sagrado Corazón de Jesús está conmigo!". (I, 390)

En *Regina Landa*, un breve párrafo sobre la persecución en contra de los católicos en la época de Lázaro Cárdenas,[16] muestra elocuentemente la forma como se producían actos de barbarie:

Los Camisas Rojas, dependencia oficial de la Secretaría de Agricultura, destinada a la "desfanatización de las masas", abatieron a balazos a muchos católicos pacíficos que salían de misa de la parroquia de Coyoacán. Viejos, mujeres y niños quedaron tendidos en charcos de sangre, sobre las baldosas del atrio. Hubo un grito de protesta general y para acallarlo se organizó una manifestación de respaldo al gobierno, con todos los elementos oficiales y sus dependencias gremiales, bajo la expresa pena de *cese* inmediato al que se rehusara a concurrir. (I, 875)

Pero la novela en la que se aprecia mejor la suerte que corren los católicos, es *El camarada Pantoja*, donde se ofrece una evidencia sobre la persecución de los cristeros.

Catarino Pantoja, originariamente obrero de una industria grande, "La Consolidada", tropieza por casualidad con un personaje del gobierno de Calles. Luego de ingresar al ejército gobiernista, su ascenso se produce en forma veloz. Pantoja le cae en gracia a un general y éste le acoge bajo su protección. Una de las invitaciones que recibe Pantoja es para presenciar el fusilamiento de un par de cristeros y de un sacerdote.[17] El último era casi un niño. Se aferraba a

---

[16] Los "camisas rojas" fueron, en efecto, una dependencia de la Secretaría de Agricultura. Realizaban una labor desfanatizante con los católicos fanáticos. Este grupo de jóvenes fue traído desde Tabasco a la capital por el licenciado Tomás Garrido Canabal, ministro de Agricultura de Cárdenas. Mariano Azuela menciona a este personaje histórico por su verdadero nombre en *Regina Landa* (I, 932). La matanza a la que alude Azuela es efectivamente un hecho histórico: los jóvenes "camisas rojas" provocaron a los fieles que salían de misa en Coyoacán (barrio capitalino), donde la situación degeneró en insultos de ambas partes, a los que siguieron los balazos y la violencia que dejó como saldo a una joven muerta y a varios heridos. este hecho ocurrió en los primeros meses de 1935.

[17] Este episodio corresponde a un hecho histórico en el cual se vió involucrado un sacerdote cuyo nombre real corresponde al del personaje de la novela, el padre Pro

la vida:

-Mi madre! Quiero ver a mi madre!

-Se abrazaba de las rodillas de los soldados y sus ojos, horriblemente abiertos, no podían apartarse de los cadáveres yacentes en un charco de sangre y encogidos en la última convulsión. (I, 686)

Pantoja asiste a estas agonías sin conmoverse ni sentir culpabilidad. En aquella oportunidad, Pantoja es testigo ocular de este fusilamiento de cristeros, pero a partir de ese instante se convertirá en un hombre del régimen. Enviado en una comisión para hacer méritos a Guadalajara, Pantoja se ve involucrado en la persecución de cristeros:

> Arregla tus petacas, porque esta misma tarde vas a salir en el tren de Guadalajara. Te mando a San Nicolás con mi amigo el general Lechuga. Vas bien recomendado. Yo quiero algo mejor para ti; pero tienes que hacer méritos para taparle la boca a los habladores. Es cosa nomás de matar cristeros. (I, 687)

La persecución y muerte de aquéllos se hace al azar y sin ninguna discriminación:

> -Mañana es domingo y no tenemos todavía ni un cristero en el cuartel. Capitán Pantoja, ve enseguida con una escolta y tráeme unos dos o tres pelados.
>
> [...]
>
> Aquello había sido más fácil que remachar un clavo de un sólo golpe, por ejemplo. Cuando llegaron a orillas del pueblo, los soldados se desperdigaron en pequeñas patrullas por las rancherías y él se sentó a la sombra fresca de un sauce a esperarlos. Y no se acababa de meter el sol, cuando aquéllos regresaban con dos

---

[17](cont'd) Juárez.

Carlos Alvear Acevedo, en su obra *La Iglesia en la historia de México,* lo consigna de la siguiente manera: "El 13 de Noviembre de 1927, Obregón fue objeto de un atentado en Chapultepec, al arrojársele una bomba que mal dirigida, no lo lesionó siquiera. Hechas algunas investigaciones, se aprehendió al sacerdote jesuita Miguel Agustín Pro, a su hermano Humberto, al obrero Juan Tirado, a otras personas, y después, porque él se presentó voluntariamente, al ingeniero Luis Segura Vilches. Algunos de ellos sí habían tenido parte en la organización del atentado, pero no el sacerdote ni su hermano. Sin embargo, tampoco se llevó adelante ningún procedimiento judicial. El gobierno dispuso su fusilamiento en la Inspección de Policía, de la que era jefe el general Roberto Cruz" (p. 307).

rancheros bien trincados. A uno lo habían cogido cuando conducía su burro cargado de leña a su casa; al otro durmiendo a pierna suelta en un rincón de su jacal.

[...]

Al otro día, cuando la gente salía de la misa mayor, los soldados tampoco esperaron las órdenes de su capitán que no sabía todavía su oficio. Cuando el segundo de los ahorcados se balanceó de la soga, pendiente del barandal de la parroquia, y negro y amoratado, echó tamaña lengua algo vino a romper la monotonía de aquella faena semanal. Se oyó un grito agudo y estridente:

-¡Viva Cristo Rey!.

[...]

No hizo la más leve resistencia. Se le formó el cuadro. Un verdadero honor. Pero ya cuando los soldados se habían echado los rifles a la cara, el general Lechuga, que también tenía ideas, marcó el alto.

-Vamos a ver, mocoso, no oí yo lo que gritaste: repítelo aquí otra vez.

-¡Viva Cristo Rey!

Con la misma energía, pero con acento ya de una vasija rota. El general se echó sobre él con la navaja abierta. Hubo un ligero forcejeo y nada se pudo ver hasta que el general se apartó gritando:

-¡Fuego!...!

El muchacho dió un salto mortal, y de su boca serpenteaba algo así como una guirnalda de claveles. (I, 713-14)

Al heroísmo del niño, Azuela opone la barbarie sádica del general, haciendo resaltar así la grandeza de la fe de este joven cristiano.

La represión religiosa y las guerras cristeras durante el gobierno de Calles, están presentes en la obra varias veces y es evidente que Azuela reprueba los extremismos de violencia y lo hace imprimiendo a la descripción un lirismo indiscutible, tal como en el ejemplo que hemos señalado antes. En algunas oportunidades el narrador muestra el carácter absurdo y la

ineficacia de las leyes anti-católicas, como ocurre en *El camarada Pantoja*, cuando los protagonistas:

> se encontraron de repente entre la enorme multitud de obreros y gente de trabajo que llenaba las iglesias, en víspera de suspenderse los cultos católicos, por la agresividad insoportable del gobierno contra ellos. México, apático e indiferente de suyo, había logrado salir de su modorra de más de medio siglo. En menos de una semana se hicieron y remendaron más creyentes que en cinco lustros corridos. Obispos y curas, rendidos de echar bendiciones, reventaban de satisfacción y contento. (I, 675)

Luego, cuando se hallan en un acto multitudinario en la vía pública,

> Por la calzada de Nonoalco se encaminan a Guadalupe y se pierden en la blanca polvareda que, desde que amaneció Dios, levantan las peregrinaciones por caminos y veredas confluentes al Santuario. Milagro de San Plutarco Elías Calles: hace un año eran más las guitarras y las garrafas de pulque; ahora Catarino y la Chata se sienten animales raros entre la devota multitud que, rumurosa y cabizbaja, avanza con cirios en las manos. Nunca la religiosidad metropolitana recibió espolonazo más saludable que la suspensión de cultos, provocada por el callismo. (I, 678)

Más tarde, la pareja se ve mezclada con otra manifestación callejera:

> Les sorprendió una peregrinación numerosa que venía por camino: hombres, mujeres y niños, ellos descubiertos, todos con la cabeza en alto, los ojos en el cielo y removiendo los labios en un apagado canto religioso. La gendarmería montada y los de a pie, diseminados a lo largo de caminos y veredas para cuidar de la estricta observancia de la Ley de Cultos, hacíanse los desentendidos. En sus propias narices les pasaron los devotos peregrinos cantando y con velas encendidas en las manos. (I, 679)

También en *La luciérnaga*, cuya acción transcurre en la época de Calles, como lo hemos anticipado, Azuela presenta la persecución católica como un factor de unidad y de estímulo de la religiosidad:

> Desde que los pequeños Cirilo y Nicolasa entraron, brazo a brazo, con los demás niños

decentes al Santuario de Guadalupe, en un tumulto de gentes exaltadas, plegarias, jaculatorias y alabanzas, en un incendio de millares de cirios y corazones. En gracia al *boycot religioso*, Cirilo y Nicolasa han dejado de ser los perros sarnientos de quien se apartaban los niños decentes del colegio. Unificados todos en la lucha, han olvidado sus diferencias sociales; ya no hay plebe y aristocracia, ricos y pobres; hay una sola familia: la familia cristiana. Los defectos ajenos se ignoran, las envidias se apagan, los rencores se aplazan, el chisme se da tregua. Momentáneamente les rodea el halo del más viejo y puro cristianismo. (I, 648)

Otras veces Azuela insiste de nuevo sobre lo justo y lo absurdo de esta intolerancia, pintando la detención de una familia católica sorprendida mientras celebran una misa clandestina en el propio hogar:

En vano el viejo se precipitó a apagar las velas y a recoger el crucifijo del altar; el sacerdote a despojarse de su ornamento y las devotas a esconderse en las recámaras. El humo de las mechas apagadas apenas, el perfume del incienso en fina niebla inundando la sala, la casulla bordada de hilo de oro sobre una silla, la patena refulgente y los blancos manteles del altar constituían el cuerpo del delito y se les entraban por los ojos y las narices a los insolentes y arrogantes esbirros de rostros morenos y dientes relucientes. (I, 758-59)

Así fue como don Benedicto y sus hijas se encontraron revueltos con ebrios consuetudinarios, rateros y asesinos, en los sótanos de la Inspección General de Policía. (I, 759)

Azuela expresa su indignación ante esta política a través de la voz narrativa propiamente tal, en ocasiones como la siguiente:

Luego el espéctaculo singular al que México se había acostumbrado ya: una docena de rufianes conduciendo por en medio de la calle a otras tantas mujeres indefensas y llorosas, ancianos encorvados y niños azorados, a los antros oscuros, húmedos y hediondos donde Elías Calles y su verdugo principal, Roberto Cruz,

> castigaban a los católicos por el delito de serlo, con multas mínimas de quinientos pesos a quienes podían darlos, o con un puntapié en el trasero o una bala en la cabeza a los demás, según el humor del momento. (I, 759)

En conclusión, es evidente que Azuela quiere denunciar los excesos de toda clase. Si por un lado condena muy enérgicamente cualquier clase de persecución religiosa, por otra parte, como lo hemos comprobado, es poco generoso para con los devotos. Censura ferozmente la gazmonería la codicia, la vanidad y la ignorancia de las clases sociales acomodadas, tanto como había tachado de fanatismo la intolerancia del clero. Sólo la religiosidad sencilla e ingenua de la gente de campo le parece aceptable. En ningún caso la religión ofrece una solución radical a los problemas espirituales y morales de la sociedad, tampoco el clero ni los beatos contribuyen a crear vías o canales razonables para alcanzar mejores condiciones de vida, o para cambiar radicalmente los cánones morales corruptos de esa misma sociedad que no es capaz de reconocer sus errores.

Conclusión

Al finalizar nuestro estudio sobre los personajes religiosos en la obra de Mariano Azuela -tanto de la clerecía, como de los beatos - podemos afirmar que existe en los relatos una gran cohesión. El mismo pensamiento y la misma ideología presiden la creación de *Los fracasados*, en 1908, y la de *Esa sangre*, en 1956.

En las obras estudiadas, la religión no aparece como tema en sí, como sucede con la presencia de las guerras revolucionarias en *Los de abajo*, por ejemplo. Sin embargo, muchas veces se proyecta en la dinámica de la novela, ya sea en forma de un personaje -sea éste clérigo o beato- o de un hecho en relación con eventos religiosos. El conflicto de la Iglesia Católica con el estado mexicano en aquellos días contribuye a que la religión se perfile como un todo significativo del marco social de las novelas.

El punto de vista de Azuela no es en absoluto el de un ateo, y sus novelas no contienen discusiones filosóficas acerca de la existencia de Dios. La mayoría de los protagonistas son creyentes, muchas veces por costumbre y rutina, pero la fe está vista con benevolencia y hasta como elemento positivo que puede ayudar al individuo en momentos de conflicto interior, como es el caso de Conchita en *La luciérnaga*, o de alivio de conciencia, como en el ejemplo de Refugito Andrade en *Esa sangre*. Bien entendida, la religión está representada aquí como algo positivo que permite al individuo purificarse y elevar su espíritu, además de ser elemento que favorece la cohesión y la comunión espiritual de los hombres, como en *Mala yerba*.

No obstante lo anterior, como lo hemos constatado, muy pocas veces se hace uso sincero e inteligente de la religión en la obra de Azuela. Hay en ella algunos cristianos que, a causa de la persecución estatal, alcanzan la categoría de héroes, de mártires, como en la evocación de las ejecuciones históricas que encontramos en *El camarada Pantoja*, ocasión en la

cual la fe eleva al ser humano por encima de sí mismo.

Por otra parte, hay una insistencia significativa de tipo realista de Azuela sobre las descripciones de las torturas infligidas por los gobiernistas a ciertos católicos en algunos momentos, y en estas descripciones Azuela no nos dispensa de los detalles más atroces, como por ejemplo el pasaje donde un general le corta la lengua a un chico de doce años que grita "Viva Cristo Rey", antes de que se lo fusile (*El camarada Pantoja*). Lo horrible de la situación descrita detalladamente haría redundante cualquier comentario adicional. Es con una imágen poética con la que Azuela evoca la enorme superioridad espiritual del niño heroico, contrastrándola con la brutalidad del militar: "De su boca serpenteaba algo así como una guirnalda de claveles" (I, 714).

En general, son los abusos de la religión, el mal uso que los individuos hacen de ella -ya sean clérigos o laicos- lo que Azuela denuncia en sus relatos, y lo hace con indiscutible vehemencia.

A veces las críticas van dirigidas a la Iglesia como institución, a su pompa excesiva, a su falta de caridad cristiana, a su distanciamiento de los verdaderos valores del ser humano, a su codicia y a su afán evidente de poder, lo que Azuela destaca y deja en descubierto. Ello significa que a Azuela las instituciones le parecen razonables, pero no sucede lo mismo con los hombres que sacan provecho de ellas para sus propios fines. Así hemos visto cómo casi todos los representantes del clero son hombres viciosos, intolerantes, desprovistos de bondad, ególatras, ambiciosos, y sobre todo, codiciosos. Incapaces de cumplir con las obligaciones morales y sociales en que su condición de clérigo los pone, se vuelven hipócritas impenitentes. El sacerdote mujeriego, sin embargo, puede verse redimido por Azuela y transformado en personaje simpático si es sincero consigo mismo, si admite que hay o ha habido contradicción entre su condición de religioso y su conducta. Es el caso del padre Martínez en *Los fracasados*, quien, como se advierte en las descripciones que el narrador hace de él y de sus sentimientos y acciones, ha mantenido una paternidad oculta por años.

El único exponente de sacerdote virtuoso, el cura Cabezudo -en la misma novela- cae en excesos, ya que su virtud le conduce al fanatismo, el cual, mal interpretado por sus feligreses, resulta tan peligroso como los malos clérigos que le rodean. Sin embargo, entre todos los clérigos presentes en la obra, éstos dos son los únicos que tienen un real valor humano; el resto cobra proporciones caricaturescas.

En otro plano de este estudio, los fieles van a la par con los clérigos y en ellos los vicios más intolerables son los mismos: hipocresía, intolerancia, codicia. Los vemos apartados del verdadero espíritu religioso el que, según se desprende de la obra, tiene que residir en el corazón del hombre y del cual no se debe hacer ostentación, sino que debe resultar sencillo e ingenuo.

De este modo se puede concluir que Azuela toma, en cuanto a la religión, una posición original, personal, en el contexto político de su época. Si su obra revela con meridiana claridad e incluso proclama su liberalismo y su posición al lado del pueblo en la contienda entre la rica burguesía y los obreros y el campesinado, en el conflicto entre Estado e Iglesia no toma partido ni por uno ni por otra, sino por el hombre íntegro y sincero, condenando siempre los excesos que se advierten en ambos bandos. Si las instituciones católicas son incapaces de ayudar al hombre, si ellas se abanderizan siempre con el grupo de los privilegiados de la fortuna, en cambio, nada hay que justifique los impedimentos de las prácticas religiosas o de la restricción de libertad individual.

Azuela denuncia la estupidez de los gobiernos responsables de esta política. Pero por otra parte, poco bueno parece salir de quienes practican la religión católica. Muy por el contrario, tanto los clérigos, como los beatos, son casi invariablemente fuentes de maldad y de desdichas para con el prójimo.

Bibliografía selecta

I Obras de Mariano Azuela

Azuela, Mariano. *Obras completas.* 3 Vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.

II Estudios críticos sobre Azuela

Andins, B. "Juegos políticos en Azuela". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 370, pp. 144-150.

Glass, E. S. "La actitud de Mariano Azuela e Isaac Babel hacia la Revolución". *Cuadernos Americanos*, 195, No. 4, 1974, pp. 160-164.

Herbst, G. R. *Mexican Society as Seen by Azuela.* New York: Abra, 1970.

Leal, Luis. *Mariano Azuela.* New York: Twayne Publishers Inc., 1971.

Leal, Luis. *Mariano Azuela: vida y obra.* Colección Studium 30. México: Ediciones de Andrea, 1971.

Monterde, Francisco. *Mariano Azuela y la crîtica mexicana.* Septentas 86. México: Secretaría de Educación Pública, 1973.

Rivas Sáinz, Arturo. *El estilo de Mariano Azuela.* México: Ediciones Departamento de Bellas Artes, 1974.

Rivera, Feliciano. *Social and Political Aspects of the Mexican Revolution as Seen Through the Writings of Mariano Azuela.* California: University of Southern California, 1970.

Robe, Stanley Linn. *Azuela and the Mexican Underdogs.* Berkerley and Los Angeles, California: University of California Press, 1979.

Rufinelli, Jorge. *Literatura e ideologîa: el primer Mariano Azuela (1896-1918).* México: Premiá Editora, 1982.

Santana, J.A. "El oportunista en Azuela." *Cuadernos Hispanoamericanos,* 275, pp. 297-330.

III Historias de la Literatura Mexicana

Aub, Max. *Guîa de narradores de la Revolución Mexicana.* México: Fondo de Cultura Económica, 1969.

Brushwood, John S. y José Rojas Garcidueñas. *Breve historia de la novela mexicana.* México: Manuales Studium, 1959.

Dessau, Adalbert. *La novela de la Revolución Mexicana.* México: Fondo de Cultura Económica, 1972.

González Peña, Carlos. *Historia de la Literatura mexicana desde los orîgenes hasta nuestros dîas.* México: Editorial Porrúa S.A., 6a. edición, 1958.

Ocampo, Aurora María. *Literatura mexicana contempóranea.* México: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.

IV Estudios históricos y documentos

Alvear Acevedo, Carlos. *La Iglesia en la historia de México.* México: Editorial JUS, S.A., 1975.

Andrade, Manuel(ed.). *Constitución Polîtica Mexicana.* México: Ediciones Andrade, S.A., 1977.

Báez Gorostiaga, Jorge. *La Revolución Mexicana.* México: Editorial Epoca, 1972.

Carreño, Alberto María. *Pastorales, Edictos y otros documentos del Excmo. y Rvmo. sr. Dr. D. Pascual Dîaz, Arzobispo de México.* México: Ediciones Victoria, 1938.

Ceja Reyes, Víctor. *Los cristeros.* México: Editorial Grijalbo, 1970.

De la Villa de Helguera, Margarita. *Constituciones vigentes en la república mexicana.* México: Imprenta Universitaria, 1962.

Dooley, Francis Patrick. *Los cristeros, Calles y el catolicismo mexicano.* Sepsetentas. México: Secretaría de Educación Pública, 1976.

Dussel, Enrique. *Hipótesis para una historia de la Iglesia en América Latina.* Barcelona: Estela, S.A., Instituto Estudios Para América Latina, 1967.

Enciclopedia Universal Ilustrada Europea Americana. Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1925.

Fuentes Mares, José. *La Revolución Mexicana.* México: Editorial Joaquín Mortiz, S.A., 1978.

García Treviño, Rodrigo. *El Catolicomunismo.* México: Ediciones Sociopolíticas, 1970.

Gutiérrez Casillas (S.J.), José. *Historia de la Iglesia en México.* México: Editorial Porrúa, S.A., 1974.

Larin, Nicolás. *La rebelión de los cristeros.* México: Ediciones ERA S.A., 1965.

Mercader Martínez, Manuel. *Cristianismo y revolución en América Latina.* México: Editorial Diógenes, S.A., 1974.

Meyer, Jean. *La Revolución Mexicana: 1910-1940.* Barcelona: Dopesa, 1973.

Morales, Francisco. *Clero y Política en México (1767-1834).* Sepsetentas. México: Secretaría de Educación Pública, 1975.

Navarrete, Alfredo. *Alto a la contrarrevolución.* México: Testimonios de Atlacomulco, 1971.

Navarrete, Heriberto. *Por Dios y por la patria.* México: Editorial JUS, S.A., 1973.

Olivera Sedano, Alicia. *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y sus consecuencias.* México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966.

Ortiz, Orlando. *La violencia en México.* México: Editorial Diógenes, S.A., 1971.

Pattee, Richard. *El catolicismo contemporáneo en Hispanoamérica.* Buenos Aires: Editorial Fides, 1951.

Pérez Lugo, J. *La cuestión religiosa en México.* México: Publicaciones del Centro Cultural "Cuauhtemoc", 1926.

Rivera, Luis M. *El clericalismo y el militarismo en la evolución política de México y en el porvenir de la república.* Guadalajara: Tipografía de México Libre, 1914.

Rodríguez, Cristóbal. *Cristeros contra cristianos.* México: Editorial "Revolución", 1967.

Rodríguez Pedrezuela, Antonio. *La legislación mexicana en relación con la Iglesia.* Cuadernos 3. Pamplona: Colección Canónica de la Universidad de Navarra, 1965.

Rutherford, John. *La sociedad mexicana durante la Revolución.* México: Ediciones "El Caballito", 1978.

Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la revolución mexicana.* México: Fondo de Cultura Económica, 1973.

Toro, Alfonso. *La Iglesia y el Estado en México.* México: Talleres Gráficos de la Nación, 1927.

Vasconcelos, José. *Breve historia de México.* México: Compañía Editorial Continental, S.A., 1965.

Wilkie, James W. *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change Since 1910.* Berkerley and Los Angeles: University of California Press, 1970.